

EL BEST-SELLER DEL *NEW YORK TIMES*

# DEFENDIENDO PRINCIPIOS

10 VIRTUDES OLVIDADAS  
QUE SANARÁN NUESTROS  
CORAZONES Y HOGARES

GORDON B.  
HINCKLEY

PRÓLOGO POR MIKE WALLACE

# Defendiendo Principios

## 10 Virtudes Olvidadas que Sanarán Nuestros Corazones y Hogares

Gordon B. Hinckley

---

Gordon B. Hinckley analiza los desafíos morales, sociales y espirituales que enfrenta la sociedad moderna. Escrito en una época de creciente secularización y relativismo moral, el libro constituye una invitación a redescubrir las virtudes fundamentales que han sostenido a las personas, las familias y las naciones a lo largo de la historia. Con un estilo sencillo, accesible y profundamente optimista, Hinckley enseña que la verdadera fortaleza de una sociedad no depende de su riqueza, poder o avances tecnológicos, sino del carácter y la integridad de sus ciudadanos.

A lo largo de sus páginas, el autor destaca diez virtudes esenciales: amor, honestidad, moralidad, cortesía, aprendizaje, perdón, misericordia, laboriosidad, gratitud, optimismo y fe. Cada una es presentada no solo como un ideal abstracto, sino como una cualidad práctica capaz de transformar vidas, fortalecer hogares y elevar comunidades enteras. Hinckley argumenta que estas virtudes, aunque frecuentemente ignoradas en el mundo contemporáneo, siguen siendo la base indispensable para una vida plena y significativa.

La segunda parte del libro centra la atención en dos instituciones que el autor considera guardianes fundamentales de la virtud: el matrimonio y la familia. Desde su perspectiva, la estabilidad de una nación está íntimamente ligada a la fortaleza de sus hogares. Por ello, anima a los lectores a cultivar relaciones familiares basadas en el amor, el sacrificio, la fidelidad y el respeto mutuo. Sus

reflexiones constituyen un poderoso recordatorio de que los grandes cambios sociales comienzan en el corazón de las personas y en el ambiente del hogar.

Más que una crítica a los problemas de la sociedad, *Defendiendo Principios* es una obra de esperanza. Gordon B. Hinckley expresa su confianza en la capacidad de cada individuo para influir positivamente en el mundo mediante la práctica diaria de principios correctos. Su mensaje invita a hombres y mujeres de todas las edades a levantarse con valentía, defender aquello que es bueno y verdadero, y convertirse en ejemplos de fe, virtud y liderazgo moral en una época que necesita desesperadamente tales cualidades. Es un llamado a vivir con propósito, convicción y compromiso, edificando una vida y una sociedad fundamentadas en valores eternos.

# Contenido

PRÓLOGO .....	5
INTRODUCCIÓN .....	8
1. Amor: La Estrella Guía de la Vida.....	22
2. Donde Hay Honestidad, Otras Virtudes la Seguirán .....	31
3. En Defensa de la Moralidad.....	47
4. Nuestra Civilidad en Declive .....	61
5. El Aprendizaje: “Con Todo lo que Adquieras, Adquiere Entendimiento” .....	73
6. Las Virtudes Gemelas del Perdón y la Misericordia.....	82
7. La Frugalidad y la Diligencia: Poniendo Nuestra Casa en Orden .....	91
8. Gratitud: Una Señal de Madurez .....	100
9. Optimismo Frente al Cinismo .....	108
10. La Fe: Nuestra Única Esperanza.....	116
MATRIMONIO: Lo que Dios Ha Unido .....	130
Podemos Salvar Nuestra Nación al Salvar Nuestros Hogares.....	145
La Soledad del Liderazgo Moral.....	167

# PRÓLOGO

---

Hace cuatro años, me sorprendió una inesperada invitación a un almuerzo en el Harvard Club de la ciudad de Nueva York. Por experiencias anteriores, supuse que la comida sería mediocre en el mejor de los casos, pero como me habían invitado a compartir la mesa con el hasta entonces misterioso presidente octogenario de la Iglesia Mormona, y dado que la invitación me fue extendida en su nombre por una firma de relaciones públicas de propiedad judía, resultaba demasiado intrigante como para rechazarla.

Durante décadas había intentado conseguir que algún alto líder mormón — cualquier alto líder mormón— hablara con *60 MINUTES* acerca de sí mismo y de su iglesia, y siempre me habían rechazado. Algunos amigos mormones se habían ofrecido a recomendarme; habían hecho saber a la jerarquía de Salt Lake City que mi intención no era realizar una investigación, sino más bien explorar qué clase de persona dirigía a los mormones, cómo había llegado a ocupar ese cargo, qué ocurría con los mormones y la poligamia, qué ocurría con los mormones y las personas negras, y si los líderes de la Iglesia Mormona realmente creían aquella historia sobre José Smith, quien afirmó haber sido ungido a la edad de catorce años en una granja del norte del estado de Nueva York. Eran simplemente el tipo de preguntas curiosas que regularmente planteamos a toda clase de figuras prominentes en *60 MINUTES*. Apenas esperábamos recibir un “sí” como respuesta, del mismo modo que tampoco esperábamos un “sí” cuando extendíamos invitaciones similares al papa de la Iglesia Católica Romana.

Por eso, estaba totalmente desprevenido cuando Gordon B. Hinckley me recibió con una cordialidad e incluso una alegría radiante durante aquel almuerzo. Y seguía dudando cuando, después de sus comentarios posteriores a la comida, abrió la sesión para preguntas de cualquiera de los presentes. Con cierta timidez, le pregunté si estaría dispuesto a considerar la idea de una entrevista y perfil para *60 MINUTES*. Los ojos de Gordon B. Hinckley, detrás de sus gafas, literalmente brillaron mientras admitía con buen humor que le parecía una idea atractiva; después de todo, realmente no tenía nada que ocultar y suponía que no tendría mucha dificultad para responder cualquier

pregunta que yo pudiera formularle. Estaba seguro de haber escuchado y contestado cosas peores durante sus años de joven misionero en Londres, donde había enfrentado todo lo que escépticos e incrédulos le lanzaban en sus apariciones y confrontaciones en Hyde Park.

Así que todos los detalles y arreglos necesarios se realizaron rápidamente. Puso a nuestra disposición prácticamente a cualquier persona con quien quisiéramos hablar dentro de la estructura de Salt Lake City; no puso objeciones a que habláramos con sus críticos, tanto dentro como fuera de la Iglesia; nos concedió todo el tiempo de cámara que necesitábamos; y cuando solicitamos una segunda entrevista algunas semanas después de la primera para plantearle algunas preguntas que habíamos omitido inicialmente, estuvo completamente de acuerdo. Resultó ser tan fiel a su palabra como lo había prometido en el Harvard Club.

Como resultado, obtuvimos un perfil fascinante de un hombre verdaderamente extraordinario. Lo cual desconcertó a más de unos pocos amigos mormones míos, quienes más tarde me hicieron saber cuán preocupados habían estado cuando se enteraron por primera vez de lo que yo estaba haciendo. Su reacción inicial fue: “¿Hinckley va a hablar con Wallace? ¿Se ha vuelto loco? ¿No entiende lo que puede ocurrir cuando *60 MINUTES* decide hacer uno de sus reportajes destructivos?”.

Pues bien, lo que ocurrió fue que mis colegas de *60 MINUTES* y yo aprendimos, por el tiempo que pasamos con Gordon Hinckley y su esposa, con su equipo de colaboradores y con otros mormones que hablaron con nosotros, que este cálido, reflexivo, íntegro y optimista líder de la Iglesia Mormona merece plenamente la admiración casi universal que recibe. Sé que esto puede sonar un poco sentimental viniendo de un cínico periodista neoyorquino, curtido por los años y difícil de impresionar. Pero era difícil no llegar a esa conclusión después de hablar no solo con él, sino también acerca de él con personas de pensamiento práctico como Orrin Hatch, Bill Marriott, Steve Young y Dave Checketts. Este último dirigía el Madison Square Garden de Nueva York y había sido uno de los mormones preocupados por lo que podría suceder si el presidente Hinckley se exponía a nuestras críticas. Checketts quedó tan sorprendido cuando vio nuestro reportaje al aire que me dijo (y menciono esto únicamente por transparencia) que lo llamara en cualquier momento que tuviera problemas para conseguir entradas para una pelea de boxeo o un partido de baloncesto en el Garden.

También en aras de la transparencia, siendo yo mismo una persona de ochenta y un años, quizá se me pueda disculpar por recordar el intercambio que tuve con el presidente Hinckley cerca del final de aquel perfil de *60 MINUTES*.

**Wallace:** Hay quienes dicen: “Esto es una gerontocracia... una iglesia dirigida por ancianos”.

**Hinckley:** ¿No es maravilloso tener al frente a un hombre maduro? ¿A un hombre que no es llevado de aquí para allá por todo viento de doctrina?

**Wallace:** Absolutamente, siempre y cuando no esté senil.

**Hinckley:** Gracias por el cumplido.

Está muy lejos de ser senil. A medida que continúe leyendo, encontrará una mente ágil, reflexiva y cautivadora, empeñada en persuadirnos para que reflexionemos, junto con él, sobre valores tradicionales: la Virtud y la Integridad.

**Mike Wallace**

# INTRODUCCIÓN

## La secularización de Estados Unidos

*Si hemos de continuar disfrutando de las libertades que surgieron de la inspiración del Todopoderoso dada a nuestros Padres Fundadores, debemos volver al Dios que es su verdadero Autor.*

---

Soy un hombre de iglesia. Reconozco abiertamente, por tanto, que mi perspectiva es un reflejo de mi crianza, de mi formación, de las virtudes y principios en los que creo y de mis observaciones personales al acercarme a los noventa años de edad.

El siglo veinte apenas tenía una década de existencia cuando nací de padres amorosos y temerosos de Dios. En 1910, un varón nacido en los Estados Unidos podía esperar vivir hasta los cincuenta años, y me complace decir que he superado considerablemente esa expectativa.

De hecho, todavía me siento joven, con amor por la vida y por sus desafíos y placeres. Mi vida ha sido rica porque ha estado llena de problemas que resolver y de relaciones que apreciar. He luchado con dilemas grandes y pequeños. He conocido algo del desaliento y, en algunas ocasiones, he sentido la exaltación del logro. Siento un profundo agradecimiento por las maravillosas y generosas bendiciones del Todopoderoso.

Como resultado de una buena salud, una larga vida y las diversas oportunidades y obligaciones derivadas de mis responsabilidades en La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, a la cual tengo el privilegio de representar, he recorrido y viajado por este mundo durante la mayor parte de noventa años. He visitado más de 150 países, muchos de ellos decenas de veces. He caminado sobre la Gran Muralla China, recorrido Vietnam durante su período de intenso conflicto y visto de primera mano los despojos y estragos de la guerra; he escuchado el silbido de las balas pasar junto a la ventana de mi hotel durante un golpe de Estado en Seúl; he llorado con los sobrevivientes de un naufragio mortal en el Pacífico Sur; he buscado víctimas de terremotos en

Perú y he contemplado la devastación causada por huracanes en Honduras y Nicaragua.

Tales experiencias me han llevado a través de los mares hacia el sur, el oeste y el este. Los paisajes del mundo han sido gloriosos de contemplar. He admirado la simetría del monte Fuji en Japón y me he maravillado ante la sublime belleza de las grandes montañas de Suiza, Francia e Italia. He visto el Taj Mahal a la luz de la luna en Agra, India; los huertos de Rusia en la floración de la primavera; y los arrozales de China en tiempo de cosecha. He admirado las pampas de Argentina y los imponentes picos de Bolivia, y he caminado por las grandes y hermosas ciudades de Europa. He conocido las bellezas de Nueva Zelanda, la inmensidad de Australia, las tierras altas de los Andes, la exótica fauna del Amazonas y las montañas y llanuras de todas las naciones de América del Sur.

¡Amo a los pueblos del mundo! Amo sus paisajes y aromas, las grandes variedades de cultura con sus vestimentas, costumbres y música; los ojos oscuros y claros, el cabello negro y rubio, y la increíble diversidad de creatividad en todo, desde la arquitectura hasta la comida. Creo que este mundo es la creación de Jehová, y me deleito en su diversidad.

Pero por mucho que ame a los pueblos y lugares del mundo, regreso de cada viaje al extranjero con un amor especial por mi patria. Muchas veces, mientras volaba sobre el Atlántico o el Pacífico rumbo a casa, las palabras de Henry Van Dyke acudían a mi mente:

*Es hermoso contemplar el Viejo Mundo y viajar de un lugar a otro  
entre famosos palacios y ciudades de renombre,  
admirar los castillos en ruinas y las estatuas de los reyes;  
pero ahora creo que ya he tenido suficiente de cosas antiguas.  
Así que regreso a casa, regreso a casa, ¡América es para mí!  
Mi corazón vuelve al hogar y allí anhelo estar,  
en la tierra de la juventud y la libertad más allá de los mares,  
donde el aire está lleno de luz solar y la bandera está llena de estrellas.*

¡Amo a Estados Unidos!

Amo a Estados Unidos por su gran y vigorosa fortaleza, por los productos de sus dinámicas fábricas y por la ciencia de sus laboratorios. Lo amo por la gran capacidad intelectual de su pueblo, por sus corazones generosos y sus manos dispuestas a ayudar. Amo la inmensa herencia y fortaleza espiritual de Estados

Unidos. Es una nación única entre las naciones de la tierra: única en su descubrimiento, en su nacimiento como nación, en la amalgama de razas y culturas que han llegado a sus costas y en la consistencia y fortaleza de su gobierno.

Amo a Estados Unidos por el extraordinario genio de sus científicos, investigadores, laboratorios y universidades, así como por las decenas de miles de instalaciones dedicadas al mejoramiento de la salud y el bienestar humano, al sostenimiento de la vida y al perfeccionamiento de las comunicaciones y el transporte. Sus grandes e intensas industrias han bendecido al mundo entero. El nivel de vida de su pueblo ha sido la envidia de toda la tierra. Sus tierras agrícolas han producido una abundancia inimaginable para la mayoría de las naciones del mundo. El entorno emprendedor que ha sostenido su industria ha sido admirado y tomado como modelo por todas las naciones.

Mi esposa y yo visitamos Jerusalén por primera vez hace muchos años, antes de la guerra de 1967. En aquel entonces era una ciudad dividida. Contratamos los servicios de un guía que era árabe y, durante nuestro recorrido, nos encontramos en una elevación desde donde podíamos ver el otro lado de Jerusalén. Con lágrimas en los ojos, aquel hombre señaló la casa de la que había sido desposeído. Luego dijo con profunda emoción: “Ustedes pertenecen a la nación más grande sobre la faz de la tierra. La suya es la única nación que ha salido victoriosa de la guerra y jamás ha reclamado territorio alguno como premio de conquista. Su pueblo ha dado millones, incluso miles de millones, a los pobres de la tierra sin pedir nada a cambio. Más aún, después de haber vencido como conquistadores, han derramado otros miles de millones para ayudar a reconstruir a quienes habían sido sus enemigos en sangrientos conflictos”.

Nunca había considerado antes esta importante perspectiva. En ninguna ocasión durante mi vida —ni en la Primera Guerra Mundial ni en la Segunda, ni en la Guerra de Corea, ni en Vietnam, ni en el Golfo Pérsico— nuestra nación se apoderó y conservó territorio alguno como premio de conquista. Todo lo contrario: en un viaje en tren desde Fukuoka, en la isla sur de Japón, hasta Tokio, he pasado junto a kilómetro tras kilómetro de enormes y modernas aceras construidas en gran medida con dinero de los Estados Unidos después de la devastación sufrida por Japón. Ahora los japoneses son formidables competidores nuestros en los mercados del mundo. No solo no tomamos territorio alguno al final de la Segunda Guerra Mundial, sino que

proporcionamos el impulso que condujo a su superioridad en muchas empresas comerciales. ¡Seguramente no existe una historia semejante en todos los registros de la historia!

En otra ocasión acompañé al agregado agrícola de los Estados Unidos a los muelles de Bombay, en la India, y allí conté catorce cargueros en el puerto, cada uno esperando descargar su cargamento de trigo. Permanecimos allí durante una hora mientras tonelada tras tonelada de trigo procedente de los campos de América era extraída de las bodegas de aquellos barcos. Ese grano significaba vida para millones de hambrientos en aquella tierra. Cuando regresamos a la oficina del agregado, él reunió sus estadísticas de sus archivos y se sentó a introducirlas en una calculadora. Más tarde concluyó que la cantidad de trigo estadounidense entregada a la India aquel año equivalía a toda la producción de grano cultivada en los Estados Unidos desde Colorado hacia el oeste. La nuestra es una nación generosa que ha respondido con rapidez cuando otros han estado necesitados.

Amo especialmente a Estados Unidos por su gran fortaleza espiritual. Es una tierra de iglesias y sinagogas, de templos y tabernáculos, de púlpitos y altares. En nuestras monedas y billetes tenemos un lema nacional. Dice sencillamente: “En Dios confiamos”. Creo que este es el fundamento sobre el cual se estableció esta nación: una confianza inequívoca en el poder del Todopoderoso para guiarnos y defendernos.

La mano del Todopoderoso fue manifiesta en este continente incluso antes de que los Estados Unidos de América llegaran a existir. He caminado a bordo de la réplica del *Mayflower*, aquella diminuta embarcación en la que un centenar de hombres, mujeres y niños cruzaron el Atlántico en busca de la libertad para adorar a Dios de acuerdo con los dictados de su conciencia. Incluso antes de desembarcar del *Mayflower* y poner pie en tierra después de su largo y agotador viaje, nuestros padres peregrinos redactaron y firmaron el Pacto que se convirtió en el instrumento de su gobierno, el primer documento de esa naturaleza redactado en este continente. Comenzaba con estas palabras: “En el nombre de Dios, amén”. Luego declaraba que los firmantes “por medio de la presente, solemne y mutuamente, en la presencia de Dios y unos de otros, nos comprometemos y unimos en un cuerpo político civil... y en virtud de ello promulgamos... tales leyes justas e iguales... como se consideren más apropiadas y convenientes para el bien general de la colonia”. Esta fue la primera carta de libertad civil redactada en América, la primera de una

sucesión de instrumentos que llegaron a ser el fundamento del milagro que es Estados Unidos.

Consideremos a George Washington, Benjamin Franklin, James Madison, Patrick Henry, Thomas Jefferson y sus asociados que firmaron la Declaración de Independencia o participaron en la Convención Constitucional. Tengo la convicción de que, aunque desde entonces hemos tenido algunos grandes líderes, nunca antes ni después ha existido un grupo tan numeroso de hombres talentosos, capaces, dedicados e inherentemente buenos como aquellos a quienes llamamos los Padres Fundadores de nuestra nación. Mientras vivieron y dirigieron, reconocieron la mano del Todopoderoso en los asuntos de esta república.

Imaginemos la escena del Congreso Continental reunido en Filadelfia durante el sofocante mes de junio de 1776. Allí se redactó una Declaración de Independencia que concluía diciendo: "Y para sostener esta Declaración, con firme confianza en la protección de la Divina Providencia, nos comprometemos mutuamente nuestras Vidas, nuestras Fortunas y nuestro sagrado Honor". Quienes firmaron ese documento entregaron sus vidas; algunos de ellos literalmente se consumieron en prisión como prisioneros de guerra. Entregaron sus fortunas. Pero conservaron su sagrado honor.

Siguió entonces la guerra por la independencia. Aquella fue una época de crisis en nuestra historia, no solo porque todo el poder de Gran Bretaña estaba en contra de las Colonias, sino aún más porque los celos, las disputas y las recriminaciones entre los colonos provocaron una falta de apoyo adecuado para el ejército. Ese ejército, en su momento de mayor tamaño, contó con apenas 35.000 hombres. Según reconocieron algunos de quienes estuvieron allí, el Dios de los cielos peleó sus batallas.

Cuando terminó la guerra, las disputas continuaron. Pero nuestros Padres Fundadores eran hombres a quienes el Dios de los cielos había levantado, hombres que veían con una visión más amplia y soñaban un sueño mejor y más inspirado, hombres más preocupados por el bien común que por su propia comodidad, reputación o imagen ante el pueblo. El 14 de mayo de 1787, cincuenta y cinco de ellos se reunieron en Filadelfia. El calor de aquel verano era opresivo, el peor que recordaban los habitantes de la ciudad. Había diferencias de opinión, profundas, agudas y amargas. Pero de alguna manera, bajo la inspiración del Todopoderoso, se forjó la Constitución de los Estados

Unidos. El 17 de septiembre de 1787, treinta y nueve de los cincuenta y cinco asistentes firmaron el documento. Comenzaba con este notable preámbulo:

“Nosotros, el Pueblo de los Estados Unidos, a fin de formar una Unión más perfecta, establecer la Justicia, asegurar la Tranquilidad interior, proveer la Defensa común, promover el Bienestar general y asegurar para nosotros y nuestra posteridad las Bendiciones de la Libertad, ordenamos y establecemos esta Constitución para los Estados Unidos de América”.

Más tarde, el gran William Gladstone dijo acerca de ella:

“Así como la Constitución británica es el organismo más sutil que ha surgido de la historia progresiva, la Constitución estadounidense es, hasta donde puedo ver, la obra más maravillosa jamás producida en un momento determinado por la mente y el propósito del hombre”.

La Constitución y la Carta de Derechos constituyen la piedra angular de nuestra nación.

Tengo la convicción de que no surgieron únicamente de la mente y el propósito de los hombres, sino también de la inspiración del Todopoderoso; que Dios mismo dirigió la fundación de esta nación. El documento elaborado por los hombres de 1787 en el milagro de Filadelfia dispuso los mecanismos para cambios ordenados de gobierno, y lo maravilloso es que, a lo largo de dos siglos, ese orden se ha preservado y respetado.

Hoy nos apoyamos sobre los hombros de quienes nos precedieron, hombres y mujeres de valor y convicción que, en medio de la adversidad, pusieron su confianza en el Todopoderoso y trabajaron incansablemente para hacer realidad sus sueños; hombres y mujeres que no tenían nada que los sostuviera sino la esperanza y la fe, pero que, aun así, lograron establecer la nación que hoy honra esta tierra.

No soy de los que creen que todo era bueno en el pasado y que todo es malo hoy. Por muchas razones, proclamo que esta es la época más grandiosa que el mundo ha conocido. Pero hay problemas en la tierra.

Hoy enfrentamos desafíos que los Padres Fundadores jamás podrían haber imaginado o concebido; nuestros problemas sociales los habrían horrorizado. Hemos atravesado guerras, tanto civiles como internacionales, y hemos salido

victoriosos, encontrando la paz. Sin embargo, ahora somos un pueblo de contención. Voces estridentes y acusadoras se escuchan en discusiones a lo largo de toda la nación. Surgimos de la nada para convertirnos en la mayor potencia industrial de la historia de la tierra, pero hemos perdido parte de nuestra ventaja competitiva y hemos visto a otras naciones adelantarse a nosotros en diversos campos, tanto en investigación como en producción. Gastamos miles de millones de nuestros recursos en litigios unos contra otros. Nuestro poder espiritual está siendo debilitado por una marea creciente de pornografía, por una devastadora epidemia del uso de narcóticos y drogas que destruyen tanto el cuerpo como la mente, y por una decadencia moral que resulta alarmante y devastadora para las relaciones, las familias y la integridad de nuestra nación en su conjunto.

Estamos olvidando a Dios, cuyos mandamientos hemos descuidado y, en algunos casos, olvidado por completo, y que parecemos reacios —o demasiado indisciplinados— para obedecer. De demasiadas maneras hemos sustituido la sabiduría del Todopoderoso por la sofistería humana.

Estados Unidos sigue siendo fuerte, pero fuerzas destructivas han estado actuando y continúan actuando. Existe una seria inestabilidad en la postura de nuestro país en cuanto a moralidad, ética, principios y conducta. Como pueblo y como nación, hemos descuidado y abandonado cada vez más las virtudes consagradas por el tiempo, aquellas que han demostrado a lo largo de los siglos mantener fuertes a los seres humanos individualmente y, por lo tanto, colectivamente.

Estos problemas son solamente síntomas de muchos otros problemas que tenemos como pueblo. Durante los últimos años, las encuestas y las circunstancias han sugerido que una mayoría sin precedentes de estadounidenses cree que la vida privada de los funcionarios públicos no necesita ser considerada como un factor para determinar su idoneidad para ocupar cargos públicos, y que la moral privada no tiene relación alguna con la conducta pública ni con la credibilidad. Me preocupa mucho más el creciente déficit moral que el déficit monetario.

Desde hace bastante tiempo se ha estado desarrollando en esta nación un proceso que he denominado la secularización de Estados Unidos. El factor más importante en la degeneración de los valores y la moral de nuestra sociedad es que, como nación, estamos abandonando al Todopoderoso, y temo que Él

comience a abandonarnos. Estamos cerrando la puerta al Dios cuyos hijos e hijas somos.

He escuchado a Margaret Thatcher, ex primera ministra de Gran Bretaña, decir en más de una ocasión: “Ustedes utilizan el nombre de la Deidad en la Declaración de Independencia y en la Constitución de los Estados Unidos, y sin embargo no pueden usarlo en las aulas escolares”. Sus palabras son una reprensión y una acusación contra Estados Unidos. La reverencia hacia el Todopoderoso, la gratitud por Sus bendiciones benéficas, las súplicas por Su guía y la disposición a reconocer Su omnisciencia y omnipotencia están siendo cada vez más excluidas de nuestro discurso público.

Los juramentos de cargo y las promesas solemnes de decir la verdad en otros procedimientos legales tradicionalmente concluían con la frase: “Que Dios me ayude”. Hace varios años, el estado de Nueva Jersey aprobó una ley que eliminó toda mención de Dios de los juramentos realizados en los tribunales estatales. Tras esta acción de la legislatura de Nueva Jersey, un juez de condado decidió prohibir las Biblias para tales juramentos “porque ya saben Quién es mencionado en ellas”. Y en años recientes, los Boy Scouts de América han sido atacados debido al lenguaje contenido en el Juramento Scout: “Por mi honor, haré todo lo posible por cumplir con mi deber para con Dios y mi patria”.

Contrastemos tales actitudes con la de George Washington, expresada hace más de doscientos años en su Primer Discurso Inaugural:

“Sería particularmente impropio omitir, en este primer acto oficial, mis fervientes súplicas a ese Ser Todopoderoso que gobierna el universo, que preside en los consejos de las naciones y cuya ayuda providencial puede suplir toda deficiencia humana, para que Su bendición consagre a las libertades y a la felicidad del pueblo de los Estados Unidos un gobierno instituido por ellos mismos para estos propósitos esenciales”.

Las personas que llevan en su corazón una firme convicción acerca de la realidad viviente del Todopoderoso y de su responsabilidad ante Él por lo que hacen con sus vidas tienen mucha menos probabilidad de verse envueltas en problemas que inevitablemente debilitan a la sociedad. La pérdida de esta convicción, la secularización casi total de nuestras actitudes públicas, ha sido en gran medida responsable de las terribles enfermedades sociales que hoy se extienden desenfrenadamente entre nosotros.

En resumen, estamos apartando nuestro corazón del Dios del universo. La ley divina se ha convertido en una expresión sin significado. Lo que antes se consideraba pecado ahora se describe simplemente como un error de juicio. La deshonestidad descarada es mencionada abiertamente y justificada como “inducir a otros al error”. La virtud es demasiado a menudo descuidada, cuando no despreciada o ridiculizada como algo anticuado, restrictivo y poco ilustrado. Lo que antes se consideraba una transgresión ahora se etiqueta simplemente como mala conducta, algo que hemos llegado no solo a tolerar sino, en demasiados casos, a racionalizar, aceptar e incluso abrazar.

En épocas anteriores, los hijos y las familias eran considerados dones de Dios, y una gran mayoría de los padres reconocía y aceptaba su responsabilidad de criar a sus hijos y educarlos en entendimiento, luz y verdad. El trabajo era una virtud que debía ser exaltada como un medio para engrandecer la dignidad humana.

El matrimonio alguna vez fue considerado generalmente como un sacramento sagrado, pero para la población en general se está convirtiendo cada vez más en una ceremonia secular. Ahora, la epidemia del divorcio continúa extendiéndose mientras un número alarmante de adultos decide dejar de lado los compromisos vinculantes que ha contraído, en lugar de someterse al esfuerzo y la lucha que implica corregir errores y reparar relaciones. Mientras los padres discuten, los hijos sufren. El fundamento mismo de sus vidas —un hogar seguro y feliz— es arrancado de debajo de ellos. Estamos perdiendo algo que habla de responsabilidad, no solo unos hacia otros, sino también ante Dios, quien es nuestro Padre y quien nos juzgará.

Necesitamos ser profundamente conscientes y preocuparnos por nuestros hijos, hablando de ellos en conjunto. Me preocupan los millones que vienen al mundo con discapacidades aparentemente imposibles de superar; niños cuyas vidas están marcadas por el abandono y el abuso, niños que poseen capacidades ilimitadas pero casi ninguna oportunidad. A largo plazo, este puede llegar a ser el problema más grave que enfrenta nuestra nación, porque sus consecuencias se multiplican y se proyectan a través de las generaciones.

La falta de autodisciplina y de sentido de responsabilidad es uno de los frutos de la creciente secularización de nuestra sociedad. Me horrorizó leer no hace mucho que, en una comunidad, se propuso pagar a las jóvenes un dólar al día

para que no quedaran embarazadas. ¡Qué lamentable! ¿Dónde está nuestro sentido de los valores?

Entre 1972 y 1990 se realizaron veintisiete millones de abortos en los Estados Unidos. Piénselo. ¿Qué está ocurriendo con nuestro concepto de la santidad de la vida?

La terrible plaga de las pandillas afecta a nuestras ciudades y a nuestra juventud. Estos jóvenes —muchos de los cuales son atraídos a las pandillas en un intento de imitar el sentido de pertenencia que debería encontrarse en el hogar— conspiran, vagan por las calles, destruyen propiedades y pelean. Se asesinan unos a otros, así como a víctimas inocentes que simplemente se cruzan en su camino. Son un desafortunado grupo de jóvenes que deambulan en un lodazal de terror y cuyas vidas —si sobreviven— conducen únicamente al encarcelamiento.

Tratamos de apostar para alcanzar la prosperidad y, en el proceso, nos empobrecemos aún más. Solo en 1994, los estadounidenses gastaron 482 mil millones de dólares en juegos de azar, más de lo que gastaron ese año en cine, deportes, música, cruceros y parques temáticos combinados. No hace mucho tiempo, las loterías estaban prohibidas por ley. Ahora, en muchos de nuestros estados, se consideran comúnmente una forma indolora y políticamente conveniente de gravar a las personas sin realmente imponerles impuestos, y de ayudar a equilibrar presupuestos que a menudo están desajustados debido al gasto desenfrenado e indisciplinado de funcionarios públicos que han despilfarrado los recursos de sus representados.

Demasiados de nuestros jóvenes, a edades alarmantemente tempranas, tienen acceso a las drogas y las consumen. Y vemos un relato tras otro, aterrador, de masacres escolares: niños matando a otros niños, a sus padres y a sus maestros.

Tenemos en esta nación más de un millón de personas en prisión, y no podemos construir instalaciones con la suficiente rapidez para satisfacer la creciente necesidad.

¿Puede haber alguna duda de que una gran enfermedad ha invadido nuestra tierra y de que se necesita desesperadamente sanidad en nuestros corazones y en nuestros hogares? Nuestro sistema de valores se está deteriorando y

desmoronando ante nuestros propios ojos. La autosuficiencia secular ha reemplazado la adoración en la vida de muchas personas.

Esas son las malas noticias. Al enumerar todos nuestros males, la situación puede parecer desesperada. Pero hay grandes razones para tener esperanza, porque existe un remedio. Nuestra enfermedad no es difícil de diagnosticar, ni el remedio es complicado de prescribir. La sanidad en nuestros corazones y en nuestros hogares, y posteriormente en toda la sociedad, comenzará a producirse cuando, individual y colectivamente, regresemos al código de ética y a los principios de verdad divina por los cuales vivieron nuestros honorables antepasados.

Podemos tratar e incluso curar la enfermedad que nos aflige restableciendo los elementos morales y espirituales que han desaparecido durante las últimas décadas. Ha llegado el momento de volver la mirada hacia las virtudes y los valores que hicieron grande a Estados Unidos, no solo en términos de su incomparable prosperidad y abundancia, o de su poder militar, sino también en la amplitud y profundidad de su liderazgo moral. Para lograrlo, debemos inculcar virtudes y valores fundamentales en la vida de los hombres y mujeres, niños y niñas de esta tierra.

Se dijo antiguamente: “Donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad” (2 Corintios 3:17). Y el salmista escribió: “El consejo de Jehová permanecerá para siempre; los pensamientos de su corazón por todas las generaciones. Bienaventurada la nación cuyo Dios es Jehová” (Salmo 33:11–12).

Haríamos bien en enfatizar las virtudes celebradas por el apóstol Pablo:

Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad. Lo que aprendisteis y recibisteis y oísteis y visteis en mí, esto haced; y el Dios de paz estará con vosotros (Filipenses 4:8–9; énfasis añadido).

Valores como estos, que constituyen las raíces de la civilidad, florecen en hogares donde padres y madres, esposos y esposas, e hijos viven juntos con amor, aprecio y respeto mutuo. Así fue en Plymouth. Así puede y debe volver a ser, para mantener a Estados Unidos fuerte y vigoroso, y para hacer felices a sus habitantes mientras miran hacia el futuro. Nosotros, como pueblo, vivimos

un momento en el que debemos abrazar y celebrar abiertamente las virtudes que defendemos.

Aun con la larga lista de problemas que enfrentamos, todavía existe mucha fortaleza en Estados Unidos. ¡Soy optimista! Amo esta nación por su grandeza inherente. Creo que aún permanece una enorme reserva de bondad en su pueblo. En su mayoría, las personas aprecian aquello que es bueno, bello y edificante. Reconocen y valoran principios que conducen a la paz, a la buena voluntad y a una conducta basada en la integridad personal. Ha surgido un renovado interés por las cosas de naturaleza espiritual, otra evidencia de los buenos instintos y anhelos que muchas personas llevan dentro.

Hombres y mujeres de todas las denominaciones ayudaron a establecer esta tierra: católicos y protestantes, judíos y griegos, musulmanes e hindúes. Con pocas excepciones, quienes contribuyeron a fundar este gran país creían en Dios y lo adoraban, aunque sus interpretaciones acerca de Él pudieran variar.

Construyeron para nosotros una extraordinaria herencia porque fueron hombres y mujeres de fe y convicción. No contaban con la generosidad del gobierno para apoyarse, sino que acudían a Dios en toda dificultad y le daban gracias por cada bendición.

Nuestra gran preocupación, nuestro gran interés, debe ser preservar para las generaciones venideras aquellos maravillosos elementos de nuestra sociedad y forma de vida que les legarán las fortalezas y la bondad de las cuales nosotros hemos sido beneficiarios. Para lograrlo, debemos frenar y luego detener la decadencia que observamos a nuestro alrededor, la cual proviene de abandonar al Dios que nuestros antepasados conocieron, amaron, adoraron y a quien acudieron en busca de fortaleza.

Desde la fundación de esta República, las raíces de nuestra nación han recibido sustento de las aguas de la fe en Dios. Al entrar en el siglo veintiuno, es imperativo que renovemos nuestros anclajes espirituales.

Dios bendiga a América”, cantamos con reverencia, súplica y convicción. Las bendiciones futuras llegarán únicamente en la medida en que las merezcamos. ¿Podemos esperar paz y prosperidad, armonía y buena voluntad, cuando damos la espalda a la Fuente de nuestra fortaleza?

Si hemos de continuar disfrutando de las libertades que surgieron dentro de la estructura que fue inspirada por el Todopoderoso a nuestros Padres

Fundadores, debemos volver al Dios que es su verdadero Autor. Necesitamos adorarlo en espíritu y en verdad. Necesitamos reconocer Su mano todopoderosa. Necesitamos humillarnos ante Él y buscar Su guía. Si individual y colectivamente resolviéramos defender algo, alzar nuestras voces en favor de la verdad y la bondad y ofrecer nuestras súplicas a nuestro Padre Eterno, esas súplicas serían escuchadas, y el resultado sería extraordinario.

¿Compromete esto la separación entre la Iglesia y el Estado? Por supuesto que no. Tal disposición no impide una constante petición al Todopoderoso en busca de sabiduría y guía mientras atravesamos tiempos peligrosos.

¿Es demasiado esperar que la oración, pública y privada, vuelva a establecerse en nuestra vida nacional y personal? Entonces, con un reconocimiento general del Dios en quien depositamos nuestra confianza, podremos esperar una disminución de nuestros problemas sociales, un aumento de la moralidad pública y privada y un renovado sentido de libertad. Esperaría que todos nosotros, en nuestro corazón, resolviéramos entonces vivir más cerca de Dios y de los mandamientos que Él nos ha dado como guía para nuestra vida; caminar con gratitud ante Él por Sus generosas misericordias; incorporar la virtud en sus muchas formas a nuestra vida; reconocer que algún día todos tendremos que rendir cuentas de nuestra vida ante Él; fortalecer y defender el hogar; y buscar Su fortaleza, Su sabiduría, Su inspiración y Su amor mientras servimos en la gran sociedad de la cual cada uno de nosotros forma parte.

Hay algo reconfortante en defender algo y saber exactamente qué es lo que defendemos. Para los hombres y mujeres que son fieles a sí mismos y a las virtudes y normas que han adoptado personalmente, no es difícil ser fieles a los demás. Quienes están comprometidos con un Poder Superior y han modelado su vida conforme a Él no necesitan depender de la opinión pública, que con frecuencia está claramente distorsionada.

Aquí está la respuesta a los conflictos que nos aquejan. Aquí está la respuesta a los males de la pornografía, el aborto, las drogas y el desperdicio de nuestros recursos en actividades perversas. Aquí está la respuesta a la gran epidemia de litigios que consume tiempo, debilita nuestra fortaleza financiera y encadena nuestro espíritu emprendedor. Aquí está la respuesta a una política mezquina que coloca los intereses y ambiciones personales por encima del bien común.

Que todas las casas de adoración resuenen con rectitud. Que las personas en todas partes se inclinen con reverencia ante el Todopoderoso, quien es nuestra única y verdadera fuente de fortaleza. Miremos hacia nuestro interior y ajustemos nuestras prioridades y normas, comprometiéndonos nuevamente con las virtudes consagradas por el tiempo, que abrazan lo correcto y rechazan lo malo. Miremos hacia afuera con el espíritu de la Regla de Oro. Trabajemos incansablemente para defender y fortalecer a la familia, que es la unidad fundamental de la sociedad.

A pesar de los problemas, a pesar de las disputas, a pesar de la mano cada vez más pesada del gobierno, a pesar del espíritu de arrogancia que tan a menudo mostramos, a pesar de la creciente marea de pornografía y permisividad, a pesar de la corrupción en los cargos públicos y la traición a la confianza sagrada, me maravillo ante el milagro de Estados Unidos, la tierra que el Dios de los cielos declaró hace mucho tiempo como una tierra escogida sobre todas las demás tierras, y ante el pueblo que Él ha designado para habitar esta nación.

Esta es una buena tierra, una gran tierra con un pasado glorioso y un futuro brillante, si tratamos y curamos la enfermedad que se está extendiendo por toda nuestra sociedad.

Que Dios bendiga a Estados Unidos, porque es Su creación.

## PRIMERA PARTE

### Las Diez Virtudes

*Necesitamos un nuevo énfasis en la honestidad, el carácter y la integridad. A medida que incorporemos en la fibra misma de nuestra vida individual las virtudes que constituyen la esencia de la verdadera civilización, también cambiará el patrón de nuestra época. La pregunta que se presenta ante nosotros es: ¿Por dónde debemos comenzar?*

## UNO

### **Amor: La Estrella Guía de la Vida**

*El amor es la única fuerza capaz de borrar las diferencias entre las personas o de tender puentes sobre los abismos de la amargura.*

---

Cuando era un niño pequeño, los niños de la escuela dibujábamos corazones de papel para el Día de San Valentín. Por la noche, los dejábamos en las puertas de nuestros amigos, golpeábamos el piso del porche y luego corríamos a escondernos en la oscuridad.

Casi sin excepción, aquellas tarjetas de San Valentín llevaban impresa la frase: "Te amo". Desde entonces he llegado a comprender que el amor es mucho más que un corazón de papel. El amor es la esencia misma de la vida. Es la olla de oro al final del arcoíris. Sin embargo, no se encuentra únicamente al final del arcoíris. El amor también está al principio, y de él brota la belleza que se extiende por el cielo en un día de tormenta. El amor es la seguridad por la que lloran los niños, el anhelo de la juventud, el adhesivo que mantiene unido el matrimonio y el lubricante que evita las fricciones devastadoras en el hogar; es la paz de la vejez, la luz del sol de la esperanza que brilla a través de la muerte.

¡Cuán ricos son aquellos que disfrutan de él en sus relaciones con la familia, los amigos y los vecinos!

El amor, al igual que la fe, es un don de Dios. También es la virtud más duradera y más poderosa. En nuestra juventud, a veces adquirimos ideas equivocadas acerca del amor, creyendo que puede imponerse o simplemente crearse por conveniencia. Hace algunos años observé lo siguiente en una columna de periódico:

Uno de los grandes errores que tendemos a cometer cuando somos jóvenes es suponer que una persona es un conjunto de cualidades, y entonces sumamos sus virtudes y defectos, como un contador que trabaja con débitos y créditos. Si el balance resulta favorable, podemos decidir dar el salto [hacia el matrimonio]... El mundo está lleno de hombres y mujeres infelices que se casaron porque... parecía una buena inversión. Sin embargo, el amor no es una inversión; es una aventura. Y cuando el matrimonio resulta ser tan monótono y cómodo como una inversión segura, la parte descontenta pronto busca en otra dirección... Las personas ignorantes siempre dicen: "Me pregunto qué ve él en ella", sin darse cuenta de que lo que él ve en ella (y lo que nadie más puede ver) es la esencia secreta del amor.

Pienso en dos amigos de mis años de escuela secundaria y universidad. Él era un muchacho de un pequeño pueblo rural, de apariencia sencilla, sin dinero ni promesas aparentes. Había crecido en una granja y, si tenía alguna cualidad atractiva, era su capacidad para trabajar. Llevaba emparedados de mortadela en una bolsa de papel para el almuerzo y barría los pisos de la escuela para pagar sus estudios. Pero, a pesar de su aspecto campesino, tenía una sonrisa y una personalidad que parecían cantar de bondad. Ella era una muchacha de ciudad que provenía de un hogar acomodado. No habría ganado un concurso de belleza, pero era íntegra en su decencia y atractiva en su comportamiento y en su manera de vestir.

Algo maravilloso ocurrió entre ellos. Se enamoraron. Algunos susurraban que había muchachos mucho más prometedores para ella, y uno o dos chismosos comentaban que quizá otras muchachas habrían podido interesarle a él. Pero ellos reían, bailaban y estudiaban juntos durante sus años escolares. Se casaron cuando la gente se preguntaba cómo podrían ganar lo suficiente para sobrevivir. Él luchó para completar sus estudios profesionales y se graduó con honores. Ella economizó, ahorró, trabajó y oró. Lo alentó y lo sostuvo, y cuando

las cosas se ponían realmente difíciles, decía con tranquilidad: “De alguna manera saldremos adelante”. Impulsado por la fe que ella tenía en él, continuó avanzando durante aquellos años difíciles. Llegaron los hijos, y juntos los amaron, los cuidaron y les brindaron la seguridad que provenía de su propio amor y lealtad mutua. Ahora han pasado muchos años. Sus hijos son adultos y constituyen un honor duradero para ellos y para las comunidades donde viven.

Hace algunos años coincidí con este matrimonio en un vuelo. Caminé por el pasillo en la penumbra de la cabina y vi a una mujer de cabello blanco, con la cabeza apoyada sobre el hombro de su esposo mientras dormía. La mano de él sostenía cálidamente la de ella. Él estaba despierto y me reconoció. Ella despertó y conversamos. Regresaban de una convención donde él había presentado un trabajo ante una prestigiosa sociedad académica. Él habló poco de ello, pero ella mencionó con orgullo los honores que había recibido.

Desearía haber podido captar con una cámara la expresión de su rostro mientras hablaba de él. Cuarenta y cinco años antes, la gente, sin comprender, había preguntado qué veían el uno en el otro. Pensé en ello mientras regresaba a mi asiento. Sus amigos de aquellos días solo veían a un muchacho campesino del campo y a una muchacha sonriente con pecas en la nariz. Pero ellos encontraron el uno en el otro amor y lealtad, paz y fe en el futuro. En ambos floreció algo divino, sembrado allí por ese Padre que es nuestro Dios. Durante sus años escolares vivieron de manera digna de ese florecimiento del amor. Vivieron con virtud y fe, con aprecio y respeto por sí mismos y el uno por el otro. Durante los años de sus difíciles luchas profesionales y económicas, encontraron su mayor fortaleza terrenal en su compañerismo. Ahora, en la madurez de la vida, encontraban juntos paz y serena satisfacción.

No hay nada tan energizante, tan fortalecedor de la confianza y tan sustentador como el poder del amor. ¡Cuán profunda es su influencia sobre la mente y el corazón humanos! ¡Cuán grande y magnífico es su poder para vencer el temor y la duda, la preocupación y el desaliento!

Existen otras grandes y necesarias manifestaciones del don del amor. Consideremos las palabras del Señor respecto al día del juicio, cuando “el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo; porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me

recibisteis; estuve desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; estuve en la cárcel, y vinisteis a mí”.

“Entonces los justos le responderán, diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te sustentamos, o sediento y te dimos de beber? ¿Y cuándo te vimos forastero y te recogimos, o desnudo y te vestimos? ¿O cuándo te vimos enfermo o en la cárcel, y fuimos a ti?

“Y respondiendo el Rey, les dirá: De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis” (Mateo 25:34–40).

Uno de los mayores desafíos que enfrentamos en nuestras vidas apresuradas y centradas en nosotros mismos es seguir este consejo del Maestro: dedicar tiempo y esfuerzo a cuidar de los demás, desarrollar y ejercer la cualidad que nos permite cambiar la vida de otras personas, lo que las Escrituras llaman caridad.

Tendemos a pensar en la caridad como donaciones a un refugio para personas sin hogar o como un cheque entregado a una institución favorita que distribuye fondos a los necesitados. Pero, en su mejor definición, la caridad es ese amor puro ejemplificado por Jesucristo. Abarca la bondad, el tender la mano para elevar y ayudar, el compartir nuestro pan cuando sea necesario.

Consideremos la gran declaración de Pablo:

“Aunque yo hablara lenguas humanas y angélicas, y no tengo caridad, he venido a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe. Y aunque tuviese el don de profecía, y entendiese todos los misterios y todo conocimiento; y aunque tuviese toda la fe, de tal manera que trasladase los montes, y no tengo caridad, nada soy. . . . La caridad nunca deja de ser; pero las profecías se acabarán, cesarán las lenguas y el conocimiento desaparecerá” (1 Corintios 13:1–2, 8).

El Maestro enseñó: “Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, éste la salvará” (Lucas 9:24).

Este notable y milagroso proceso ocurre en nuestra propia vida cuando nos extendemos con caridad para servir a los demás. Cada uno de nosotros puede, con esfuerzo, arraigar profundamente la virtud del amor en su ser para ser nutrido por su gran poder durante toda la vida. Porque es al recurrir al poder

del amor que llegamos a comprender la gran verdad escrita por Juan: “Dios es amor; y el que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él” (1 Juan 4:16).

Hace años, una joven fue enviada a una zona rural como maestra de escuela. Entre los alumnos de su clase había una niña que había fracasado anteriormente y que estaba fracasando de nuevo. La estudiante no sabía leer. Provenía de una familia que no tenía los medios para llevarla a una ciudad más grande y someterla a un examen que determinara si tenía algún problema que pudiera corregirse. Percibiendo que la dificultad podía estar en los ojos de la niña, la joven maestra, con sus propios recursos, hizo los arreglos para llevarla a que le examinaran la vista. Se descubrió una deficiencia que podía corregirse con anteojos. Con los lentes, se abrió ante la estudiante un mundo completamente nuevo. Por primera vez en su vida pudo ver claramente las palabras que tenía delante. El salario de aquella maestra rural era modesto, pero de lo poco que tenía hizo una inversión que cambió por completo la vida de una alumna que estaba fracasando. Al hacerlo, encontró una nueva dimensión en su propia vida.

Muchos de nosotros podemos relatar experiencias en las que nos hemos olvidado de nosotros mismos al servir a los demás y hemos descubierto que esos momentos se cuentan entre los más gratificantes de la vida. Toda persona activamente comprometida en servir a Dios al extender la mano a otros puede contar historias semejantes, así como padres dedicados y cónyuges que han entregado su tiempo y sus recursos, que han amado y sacrificado tanto que su preocupación mutua y por sus hijos casi no ha conocido límites.

Qué terapéutico y maravilloso es que un hombre o una mujer deje de lado toda consideración de beneficio personal y se esfuerce con energía, fortaleza y propósito por ayudar a los desafortunados, mejorar y embellecer la comunidad, y limpiar el medio ambiente. ¡Cuánto mayor sería el sufrimiento de las personas sin hogar y de los hambrientos en nuestras propias comunidades sin el servicio de cientos de voluntarios que ofrecen su tiempo y sus recursos para ayudarlos! Todos necesitamos aprender que la vida es una misión y no simplemente una carrera.

Una inmensa felicidad y paz mental son el resultado del servicio amoroso a los demás. Nadie puede vivir plenamente y con felicidad si vive únicamente para sí mismo.

No hace mucho estuve en Vietnam del Norte y Vietnam del Sur. Hice el viaje porque deseaba regresar a los lugares que había visitado durante la guerra de la década de 1960. En cada ciudad —en Ciudad Ho Chi Minh y en Hanói— encontré a un pequeño grupo de estadounidenses que enseñaban inglés, médicos estadounidenses que enseñaban y practicaban la medicina para aliviar el sufrimiento, y otros que compartían sus habilidades. Uno aquí, otro allá, prestando servicio, amándolo y diciendo una y otra vez: “Es lo mejor que he hecho en mi vida”. Es al servir, al dedicar tiempo a mostrar interés y preocupación por alguien más que por nosotros mismos, cuando tenemos más probabilidades de obtener una visión de quiénes somos realmente y de lo que finalmente podemos llegar a ser.

A la vuelta de la esquina de la Plaza Trafalgar, en Londres, se alza una hermosa estatua de una joven inglesa. En esa estatua están grabadas las palabras: “Bruselas, amanecer de 1918”, y: “El patriotismo no es suficiente; debo tener amor por todos los hombres”. La estatua celebra el heroísmo de Edith Cavell, quien fue fusilada por los conquistadores alemanes en Bruselas acusada de ser espía inglesa, aunque estaba allí trabajando como enfermera y haciendo el bien cristiano. Vi esa estatua por primera vez hace más de sesenta años, y el impacto de su mensaje ha permanecido conmigo: “El patriotismo no es suficiente; debo tener amor por todos los hombres”.

El amor es la única fuerza capaz de borrar las diferencias entre las personas o tender puentes sobre los abismos de amargura. Pienso con frecuencia en estos versos de Edwin Markham, que de manera sencilla respaldan la virtud de extender amor y bondad incluso hacia quienes nos despreciarían:

Él trazó un círculo que me dejó afuera,  
Hereje, rebelde, objeto de burla.  
Pero el Amor y yo tuvimos la sabiduría para vencer:  
¡Trazamos un círculo que lo incluyó a él!

Quien enseñó de la manera más hermosa esta verdad eterna fue el Hijo de Dios, el único ejemplo perfecto, maestro y personificación del amor. Su venida a la tierra fue una expresión del amor de Su Padre. “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él” (Juan

3:16–17). En la expresión suprema del amor, Él hizo por nosotros algo que nosotros no podíamos hacer por nosotros mismos.

Ahora, a todos nosotros que deseamos ser Sus discípulos, Él nos ha dado el gran mandamiento: “Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros” (Juan 13:34).

Si el mundo ha de mejorar, el proceso del amor debe producir un cambio en el corazón de los seres humanos. Puede hacerlo cuando miramos más allá de nosotros mismos para ofrecer nuestro amor a Dios y a los demás, y lo hacemos con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con toda nuestra mente.

Al mirar con amor y gratitud a Dios, y al servir a los demás sin esperar una recompensa aparente para nosotros mismos, surgirá un mayor espíritu de servicio hacia nuestros semejantes, menos preocupación por nosotros mismos y una mayor disposición a tender la mano a los demás. Este principio del amor es la esencia fundamental de la bondad:

Cuando era niño, vivíamos en una granja durante el verano. Estaba en el campo, donde las noches eran oscuras. No había alumbrado público ni nada parecido. Mi hermano y yo dormíamos al aire libre. En las noches despejadas — y en aquellos días la mayoría de las noches eran despejadas y el aire era limpio— nos acostábamos boca arriba y contemplábamos las miríadas de estrellas en los cielos. Podíamos identificar algunas de las constelaciones y otras estrellas que aparecían ilustradas en nuestra enciclopedia. Cada noche seguíamos la Osa Mayor, el mango y el cuenco, para encontrar la Estrella Polar.

Llegamos a conocer la constancia de aquella estrella. Mientras la tierra giraba, las demás parecían moverse durante la noche. Pero la Estrella Polar mantenía su posición alineada con el eje de la tierra. Y así llegó a conocerse como la Estrella Polar, la Estrella del Norte o la Estrella Guía. Durante siglos, los marineros la utilizaron para orientarse en sus travesías. Calculaban su rumbo por medio de su constancia, evitando así navegar en círculos o en dirección equivocada mientras cruzaban los vastos e inexplorados mares.

Debido a aquellas reflexiones de mi niñez, la Estrella Polar llegó a significar algo muy especial para mí. La reconocí como una constante en medio del cambio. Era algo en lo que siempre se podía confiar, algo seguro y confiable, un ancla en medio de un firmamento que de otro modo parecía estar en constante movimiento e inestabilidad.

El amor es como la Estrella Polar. En un mundo cambiante, es una constante. Es algo que, cuando es sincero, nunca se mueve. Es la esencia misma de las enseñanzas de Cristo. Es la seguridad del hogar. Es la salvaguarda de la vida comunitaria. Es un faro de esperanza en un mundo de aflicción.

Al contemplar el amplio espectro de la humanidad y ver a las multitudes que caminan con hambre y pobreza, y que sufren constantemente las aflicciones de la enfermedad y la miseria, seamos generosos con nuestros bienes para ayudarles.

Que el amor se convierta en la estrella guía de nuestras vidas al tender la mano a quienes necesitan nuestra fortaleza. Hay muchos entre nosotros que viven con dolor: dolor emocional y espiritual, así como dificultades físicas. Hay muchos que caminan en circunstancias aterradoras, llenos de temor e incapaces de afrontar solos sus desafíos. Del Salvador se dijo que “anduvo haciendo bienes” (Hechos 10:38). Él es el modelo supremo para cada uno de nosotros.

Dijo Isaías:

“Fortaleced las manos cansadas, afirmad las rodillas debilitadas. Decid a los de corazón temeroso: Sed fuertes, no temáis; he aquí vuestro Dios vendrá con retribución, con pago de Dios; él vendrá y os salvará” (Isaías 35:3–4).

Tales son las exhortaciones —estas y muchas más— para extender la mano a quienes están angustiados con una medida del amor ejemplificado en la vida y las obras del Salvador.

Es cierto que no siempre es fácil seguir la Estrella Polar del amor. Requiere una disciplina que para muchos parece casi imposible de observar. Pienso que es el más difícil y también el más importante de todos los mandamientos. Pero de su observancia surgen una disciplina extraordinaria y una influencia refinadora que son maravillosas de experimentar. Pocos de nosotros vemos ya la Estrella Polar. Vivimos en centros urbanos, y las luces de la ciudad afectan nuestra visión del maravilloso firmamento que se extiende sobre nosotros. Sin embargo, como ha sido durante siglos, la estrella permanece allí en su lugar; su constancia es una guía y un ancla. De igual manera es el amor: firme e inmutable.

La virtud del amor transforma vidas: la nuestra y también la de todos aquellos con quienes entramos en contacto. Es la virtud que encierra en sí misma el poder de producir el bien más duradero.

## **Donde Hay Honestidad, Otras Virtudes la Seguirán**

*En nuestros días, a quienes se les encuentra actuando con deshonestidad no se les condena a muerte, pero algo dentro de ellos muere. La conciencia se asfixia, el carácter se marchita, el respeto por sí mismos desaparece, la integridad muere. ¡Qué barato venden algunos hombres y mujeres su buen nombre!*

---

El año en que mis compañeros y yo ingresamos a la escuela secundaria básica, el edificio no podía albergar a todos los estudiantes, y se decidió que nuestra clase de séptimo grado sería enviada de regreso a nuestra antigua escuela primaria.

Nos sentimos insultados. Estábamos furiosos. Habíamos pasado seis años en aquel edificio de escuela primaria y estábamos listos para avanzar. Nos considerábamos demasiado mayores para pasar un año más estudiando junto con los grados inferiores. Sentíamos que merecíamos algo mejor. Como resultado de este insulto percibido, todos los muchachos de la clase nos reunimos después de la escuela. Decidimos que no toleraríamos ese tipo de trato y que debíamos demostrar nuestro descontento haciendo una huelga.

Al día siguiente no nos presentamos a clases. Pero no teníamos ningún lugar adonde ir. No podíamos quedarnos en casa porque nuestras madres harían preguntas. No pensamos en ir al centro a ver una película porque no teníamos dinero para ello. No pensamos en ir al parque, donde podría vernos el oficial encargado de la asistencia escolar. No pensamos en ir detrás de la cerca de la escuela para contar historias dudosas porque, para ser sinceros, no conocíamos ninguna. Nunca habíamos oído hablar de cosas como las drogas ni de nada parecido. Así que simplemente deambulamos y desperdiciamos el día.

A la mañana siguiente, el director, el señor Stearns, cuyo porte correspondía perfectamente al sonido de su apellido, estaba en la puerta principal de la

escuela para recibirnos cuando entramos. Nos dijo algunas cosas bastante directas y luego nos informó que no podríamos regresar a clases hasta que lleváramos una nota de nuestros padres. Esa fue mi primera experiencia con un cierre patronal. Dijo que una huelga no era la manera de resolver un problema. Se esperaba que fuéramos ciudadanos responsables y que, si teníamos una queja, podíamos acudir a la oficina del director y discutirla. Solo había una cosa que hacer: ir a casa y conseguir la nota.

Nunca olvidaré entrar en casa con aire avergonzado. Mi madre, por supuesto, se sorprendió de verme y me preguntó qué ocurría. Le conté lo que había hecho y le expliqué que necesitaba una nota. Ella escribió esta breve nota, el reproche más severo que jamás me dio:

Estimado señor Stearns:

Por favor excuse la ausencia de Gordon el día de ayer. Su acción fue simplemente un impulso de seguir a la multitud.

Nunca he olvidado la nota de mi madre. Ni yo ni mis amigos volvimos a intentar esa táctica. De nuestros padres y de nuestro director aprendimos que existen medios apropiados para resolver las quejas, y que el problema fundamental de nuestro acto había sido el engaño involucrado. Allí mismo resolví que nunca haría nada simplemente por seguir a la multitud. Determiné que tomaría mis propias decisiones sobre la base de sus méritos y de mis principios, y que no permitiría que quienes me rodeaban me empujaran en una dirección u otra. También decidí que sería honesto y que nunca volvería a recurrir al engaño.

Esa decisión me ha bendecido muchas veces, a veces en circunstancias muy incómodas. Me ha impedido hacer algunas cosas que podrían haber resultado en graves daños y problemas y que, como mínimo, me habrían costado mi respeto propio y mi integridad. Me ha ayudado a ser fiel a lo que creo y honesto conmigo mismo y con los demás. Muchas veces he agradecido en silencio a mi madre por aquel reproche que tuvo tanta influencia en mí cuando era un muchacho de séptimo grado.

Cuando éramos escolares, mis amigos y yo estábamos lejos de ser perfectos. No éramos muy buenos atletas, pero éramos decididos en nuestras competencias. Nos peleábamos a puñetazos hasta que la sangre corría por nuestras narices. Pero, hasta donde puedo saber, ningún muchacho de aquella clase fue arrestado jamás por algo peor que una infracción de tránsito. Todos

continuaron estudios superiores y llevaron vidas productivas. Cuán agradecido estoy por los valores que se nos enseñaron, por la disciplina que se esperaba de nosotros y por los padres que nos señalaron una mejor manera de vivir.

Algunos pueden considerar que la cualidad de carácter conocida como honestidad es una virtud poco espectacular y un tema común y corriente para la reflexión y el análisis. En los últimos años hemos sido testigos de amplios debates públicos acerca de la gravedad de la mentira. El aparente número de ciudadanos que parecen notablemente despreocupados por graves violaciones de confianza cometidas por figuras públicas ha sido desalentador y sorprendente. El deterioro de nuestro clima moral es serio, no solo en el presente, sino también por sus consecuencias para los líderes y generaciones futuras.

Reclamaciones fraudulentas de seguros, cuentas de gastos infladas, cheques falsos, documentos falsificados: todos estos son síntomas de una epidemia de proporciones increíbles. En la mayoría de los casos, la cantidad involucrada individualmente es pequeña, pero en conjunto representa una enorme escala de deshonestidad personal.

La falsedad no es algo nuevo. Es tan antigua como la humanidad. “Y Jehová dijo a Caín: ¿Dónde está Abel tu hermano? Y él respondió: No sé. ¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?”

*(Génesis 4:9)*. Este fue, por supuesto, el primer intento conocido de ocultar la muerte de una vida inocente.

En nuestros días, la deshonestidad no siempre gira en torno a una ofensa tan grave, ni quienes son hallados culpables de ella son condenados a muerte por sus malas acciones, como ocurría en los tiempos bíblicos. Pero algo dentro de ellos muere. La conciencia se asfixia, el carácter se marchita, el respeto por sí mismos desaparece, la integridad muere.

Sin honestidad, nuestra vida se desintegra en fealdad, caos y una ausencia de toda clase de seguridad y confianza. Imagine una sociedad en la que no fuera prudente ni seguro confiar en nadie: desde los funcionarios elegidos hasta los asesores financieros, los ajustadores de seguros, la niñera de sus hijos o la maestra de jardín infantil. Imagine ser operado por alguien que hizo trampa en la escuela de medicina o que encontró la manera de eludir los requisitos de la residencia médica. Imagine el terror de una sociedad que aprueba la

deshonestidad o, al menos, cierra colectivamente los ojos ante ella. ¡Las perspectivas son aterradoras!

Entre las muchas cartas que he recibido de remitentes anónimos hubo una que contenía un billete de veinte dólares y una breve nota que decía que el autor había visitado mi casa muchos años antes. Al no obtener respuesta al tocar el timbre, había probado la puerta y, al encontrarla sin llave, entró y recorrió la casa. Sobre una cómoda vio un billete de veinte dólares, que tomó. Con el paso de los años, su conciencia lo había atormentado, y ahora estaba devolviendo el dinero.

No incluyó ninguna cantidad por concepto de intereses por el tiempo durante el cual había utilizado mi dinero. Pero al leer su patética carta, pensé en la usura a la que él mismo se había sometido durante un cuarto de siglo: el incesante reproche de su conciencia. Para él, no había habido paz hasta que hizo restitución.

Un periódico local publicó una historia similar. El estado de Utah recibió una nota sin firma que decía: "Lo adjunto es para pagar materiales utilizados a lo largo de los años en que trabajé para el estado: sobres, papel, sellos, etc.". Junto con la nota había doscientos dólares.

Imagine la inundación de dinero que llegaría a las oficinas gubernamentales, empresas y comercios si todos los que hubieran tomado un poco aquí y un poco allá devolvieran aquello que habían obtenido deshonestamente.

El costo de cada bolsa de comestibles, de cada corbata o blusa, incluye un porcentaje destinado a cubrir la carga de los hurtos en tiendas y las "pérdidas", como los comerciantes las llaman hoy. Cada vez que abordamos un avión, pagamos un recargo para que nuestras personas y nuestro equipaje sean inspeccionados en interés de la seguridad. En conjunto, esto asciende a millones de dólares, todo debido a la alarmante deshonestidad de unos pocos que, mediante amenazas y chantajes, intentan obtener aquello a lo que no tienen derecho, o cuya falta de integridad y decencia común los tienta a perjudicar o amenazar a otros para obtener beneficio personal. Somos bombardeados cada noche en las noticias con vívidas muestras de deshonestidad. Los medios de comunicación desfilan ante nosotros una verdadera procesión de engaños en sus muchas y desagradables formas.

Lo que antes estaba controlado por las normas morales y éticas de la gente, ahora intentamos regularlo mediante leyes públicas, y aun entre los guardianes de esas leyes existe debate. Así, los estatutos se multiplican, las agencias encargadas de hacer cumplir la ley consumen miles de millones cada vez mayores, y las instalaciones penitenciarias se expanden constantemente; sin embargo, el torrente de deshonestidad continúa fluyendo y aumenta en volumen.

¡Qué barato venden algunos hombres y mujeres su buen nombre! El caso de una figura prominente que fue arrestada por llevarse un artículo que costaba menos de cinco dólares recibió amplia publicidad. El resultado legal de su caso es casi insignificante; su pequeña falta lo condenó ante la opinión pública, especialmente ante sus colegas, sus amigos y, lo más importante, su familia. En cierta medida, su acto insensato anuló gran parte del bien que había hecho y que todavía era capaz de hacer. Una vez que la mancha de la deshonestidad ha desfigurado a un hombre o a una mujer, es difícil eliminar la persistente duda y desconfianza que deja como resultado. Dijo Shakespeare por medio de su personaje Yago:

“El buen nombre en hombre y mujer... es la joya inmediata de sus almas; quien roba mi bolsa roba basura... pero quien me arrebató mi buen nombre me despoja de aquello que no lo enriquece a él y me deja verdaderamente pobre.”

Y sin embargo, no hace mucho, en un popular programa radial de llamadas en Salt Lake City, el conductor dijo al menos dos docenas de veces: “Nadie es honesto todos los días”.

Una acusación tan generalizada no solo es increíble, sino también insultante. Todavía hay personas en este mundo —solo podemos esperar que sean muchas— que son impecablemente honestas día tras día. Personas que hacen lo que dicen que harán. Personas cuya palabra vale tanto como cualquier contrato.

Nunca olvidaré un viaje en tren que mi esposa, Marjorie, y yo hicimos de Osaka a Nagoya, Japón. Unos amigos nos esperaban para recibirnos en la estación de Nagoya y, en medio de la emoción, Marj dejó su bolso en el tren. Cuando descubrimos que faltaba, llamamos de inmediato a la estación de Tokio, hacia donde se dirigía el tren, para informar de la pérdida. Pero teníamos pocas esperanzas de que el bolso fuera encontrado. Para nuestra gran alegría, sin

embargo, cuando el tren llegó a Tokio tres horas más tarde, un funcionario ferroviario llamó para decir que el bolso estaba allí, en el asiento donde Marj lo había dejado. No regresaríamos por Tokio, así que prometió enviarnoslo a los Estados Unidos. Nuevamente, nuestras expectativas eran bajas. Pasó más de un mes. Pero entonces, un día, para nuestra sorpresa, llegó a nuestra casa en Salt Lake City. El bolso y todo su contenido, incluidos los yenes japoneses, estaban intactos.

La integridad está en el corazón mismo del comercio en el mundo en que vivimos. La honestidad y la integridad constituyen los fundamentos mismos de la sociedad. Todo presidente de banco y todo director bancario sabe que, aun con todas las regulaciones y posibles salvaguardias, en última instancia la fortaleza y la seguridad de cualquier institución financiera descansan en la integridad de su gente. Lo mismo ocurre con los bancos, los comerciantes, los políticos, los profesionales y los líderes de toda condición. En realidad, la fortaleza y la seguridad de cualquier organización —incluida la familia— descansan en la integridad de sus miembros. Sin integridad personal, no puede haber confianza. Sin confianza, no puede haber perspectiva de éxito duradero.

Siempre me ha fascinado Lloyd's de Londres, que tiene la reputación de ser el asegurador definitivo frente a posibles catástrofes. Sin embargo, quedé aún más impresionado después de leer un artículo que describía la filosofía empresarial de esta compañía:

Los costos de un secuestro aéreo, la recuperación de grandes desastres como terremotos... [y así sucesivamente], casi invariablemente terminan llegando a Lloyd's. El tamaño y la naturaleza de los riesgos hacen que la manera comparativamente sencilla en que opera Lloyd's resulte aún más impresionante. Porque Lloyd's no es una compañía: no tiene accionistas y no acepta responsabilidad corporativa por los riesgos asegurados allí. Es una sociedad de aseguradores individuales y funciona como un mercado. Su existencia está edificada sobre dos principios: la absoluta integridad de todos los que pertenecen a Lloyd's y hacen negocios allí, y la responsabilidad personal ilimitada.

El liderazgo —de la familia, de una organización, de nuestra sociedad o incluso de una nación— se erosiona y finalmente se desmorona sin honestidad e integridad. La honestidad es la piedra angular que mantiene unida a cualquier organización. Tom Peters, en su influyente tratado de administración *En busca*

*de la excelencia*, informó que las empresas más exitosas eran aquellas que se enfocaban internamente en la integridad. Él resumió: “Sin duda, la honestidad siempre ha sido la mejor política”.

Los códigos y convenios, las promesas y los principios, son tan antiguos como la humanidad y tan contemporáneos como el matrimonio. Y constituyen el fundamento mismo de una sociedad segura, unida y próspera.

Atenas fue reconocida en una ocasión como la ciudad más grande del mundo entonces conocido. Era sede no solo del gobierno de Grecia, sino también del aprendizaje y el comercio, del arte y la ciencia. Cada joven ateniense, al cumplir dieciocho años, hacía este juramento:

Nunca traeremos deshonra a nuestra ciudad mediante un acto de deshonestidad o cobardía.

Lucharemos por los ideales y las cosas sagradas de la ciudad, tanto solos como junto con muchos otros.

Respetaremos y obedeceremos las leyes de la ciudad, y haremos todo lo posible por inspirar ese mismo respeto y reverencia en aquellos que están por encima de nosotros y que sean propensos a anularlas o despreciarlas.

Nos esforzaremos constantemente por despertar un mayor sentido del deber cívico en la población.

Así, por todos estos medios, transmitiremos esta ciudad no disminuida, sino más grande y más hermosa de lo que nos fue entregada.

Este solemne compromiso, y su posterior expresión en la vida de los jóvenes de Atenas, llegó a ser el fundamento de los principios y la conducta que hicieron de Atenas la capital cultural del mundo. Los códigos de conducta no son algo nuevo ni están pasados de moda.

Los presidentes de nuestra nación, los jueces de la Corte Suprema, nuestros legisladores y los funcionarios públicos que sirven en muchos niveles levantan su brazo derecho y prometen solemnemente defender las leyes del país y cumplir sus responsabilidades con fidelidad y honor.

La ceremonia matrimonial de muchas religiones es un convenio celebrado con solemnidad.

Todos los que somos ciudadanos de esta nación saludamos la bandera y prometemos lealtad a ella y a la nación que representa.

Jehová hizo un convenio con Abraham y su posteridad de que Él sería su Dios y ellos serían Su pueblo.

Seguramente no es coincidencia ni casualidad que cinco de los Diez Mandamientos traten esencialmente de la honestidad en su sentido más amplio. “No matarás” (Éxodo 20:13). Quitar la vida a otro es un acto de la más grave deshonestidad y traición. “No hurtarás” (Éxodo 20:15). Robar es, evidentemente, un acto de deshonestidad. Abarca toda la amplia gama del hurto, desde el engaño y el plagio hasta la mentira, el fraude y la apropiación de aquello que pertenece a otro. Es algo reprehensible, injustificable y una violación de la norma de conducta que constituye el fundamento mismo de la civilización.

“No cometerás adulterio” (Éxodo 20:14). ¿Ha existido alguna vez adulterio sin una profunda deshonestidad? En el lenguaje común, este mal se describe como “engañar”. Y realmente lo es, porque roba la virtud, roba la lealtad, roba las promesas sagradas y roba la verdad. Implica engaño. Es una deshonestidad personal de la clase más egoísta e insultante, porque se convierte en una traición a la más sagrada de las relaciones humanas y en una negación de los convenios y promesas hechos ante Dios y la sociedad. Es una vil violación de la confianza. Es un rechazo egoísta de la ley de Dios y, como ocurre con otras formas de deshonestidad, sus frutos son tristeza, amargura, cónyuges con el corazón destrozado e hijos traicionados. No es menos que el robo de los sagrados votos y promesas matrimoniales.

“No darás falso testimonio contra tu prójimo” (Éxodo 20:16). La difusión maliciosa de acusaciones falsas con el propósito de perjudicar a otra persona es la forma más perversa de deshonestidad.

Un programa de noticias informó recientemente sobre una mujer que estuvo encarcelada injustamente durante veintisiete años. Había sido condenada basándose en el testimonio de testigos que más tarde confesaron haber mentido. Reconozco que este es un caso extremo, pero ¿acaso no conocemos todos ejemplos de reputaciones dañadas, corazones quebrantados y carreras destruidas por las lenguas mentirosas de quienes han dado falso testimonio? Recuerdo un libro de historia, un relato largo y detallado de los engaños

practicados por las naciones involucradas en la Segunda Guerra Mundial. El tema del libro se basa en estas palabras de Winston Churchill: “En tiempos de guerra, la verdad es tan preciosa que siempre debe estar custodiada por una escolta de mentiras”. El libro trata de los numerosos engaños practicados por ambos bandos del conflicto. Al leerlo, uno vuelve a llegar a la conclusión de que la guerra es el propio juego del diablo y que una de sus víctimas máspreciadas es la verdad.

Lamentablemente, el uso fácil de la falsedad y el engaño, racionalizado y explotado durante la guerra por los estrategas militares, continúa mucho después de que se firman los tratados de paz. Algunos de los que fueron instruidos en el arte de mentir durante el combate encuentran difícil desprenderse de lo que se ha convertido en una forma cómoda de deshonestidad, y continúan practicando esas habilidades en tiempos de paz. Entonces, como una enfermedad endémica, el mal se propaga y aumenta en virulencia.

“No codiciarás”. ¿No es la codicia —ese mal deshonesto y corrosivo— la raíz de la mayoría de las tristezas del mundo? Codiciar implica el deseo egoísta de poseer aquello que pertenece a otro. Es malo porque conduce a consecuencias malas.

Por supuesto. Aquí tienes la traducción al español, manteniendo la estructura de cada párrafo:

Por un precio tan miserable las personas avaras truecan sus vidas. Recuerdo una serie de desafortunados acontecimientos relacionados con los dirigentes de una importante institución financiera. Después de la muerte del presidente, un vicepresidente ejecutivo compitió por reemplazarlo. Siempre había sido un hombre honorable y capaz, pero en su avaricia por ascender, comprometió principio tras principio hasta quedar completamente destruido. En el proceso, estuvo a punto de llevar a la ruina a la misma institución que había procurado dirigir. La historia de los negocios, de los gobiernos y de instituciones de muchas clases está repleta de ejemplos de personas codiciosas que, en su egoísta y deshonesto afán de ascender, destruyeron a otros y finalmente se destruyeron a sí mismas. Personas buenas, bien intencionadas y de gran capacidad cambian su carácter por baratijas que luego se derriten como cera ante sus ojos. Sus sueños se convierten en pesadillas que los atormentan. La deshonestidad no da resultado; ni ahora ni nunca.

Todos desean tener éxito. La pregunta es: ¿éxito en qué? ¿Éxito en ganar dinero, éxito en el matrimonio, éxito ante nuestros propios ojos y ante los ojos de nuestros amigos? Ninguna de estas aspiraciones es necesariamente incorrecta. Pero la codicia es una trampa insidiosa que tiene el poder de destruir a aquellos cuya búsqueda ansiosa del éxito se convierte en la fuerza impulsora de sus vidas. La codicia es la influencia engañosa, siniestra y maligna que hace que las personas digan: “Lo que tengo no es suficiente. Debo tener más. Y haré lo que sea necesario para conseguirlo”.

Cuando escuché por primera vez la palabra *yuppie*, no sabía qué significaba. Más tarde aprendí que generalmente se refería a una generación de personas jóvenes, en su mayoría bien educadas, que con cuidadosa planificación emprendían un camino para hacerse ricas, conducir automóviles lujosos, vestir la mejor ropa, tener un apartamento de lujo en Nueva York y una casa de campo, y mucho más. Ese objetivo era el fin total por el que vivían; para algunos, la manera en que llegaban allí, en términos de ética y moralidad, carecía de importancia. Codiciaban el estilo de vida que otros tenían, y el egoísmo y la codicia formaban parte de su proceso de adquisición.

¡Cuán maravilloso sería si todos tuvieran éxito en sus legítimos esfuerzos! Pero debemos tener cuidado con la manera en que medimos el éxito. Basta con leer los periódicos diarios para ver caso tras caso de personas cuyos impulsos codiciosos e incontenibles las han llevado a dificultades, por no mencionar a fracasos serios y lamentables. Algunos de los que una vez condujeron los automóviles más lujosos y poseyeron las casas más elegantes ahora languidecen en prisión. Eran personas de enorme capacidad y habilidad, pero en muchos casos su brillantez las condujo a la caída. Durante los últimos años, un número alarmante de individuos comenzó trabajando con integridad y honestidad y viviendo con una comodidad razonable, pero no estaban satisfechos. En su codicia por ampliar su propio reino, persuadieron a otros para que invirtieran con ellos. Y quienes invirtieron en sus empresas, en muchos casos, también estaban afectados por la enfermedad de la codicia. Escuchaban historias de grandes ganancias con poco esfuerzo. Como un perro persiguiendo su propia cola, el impulso del esquema aumentó hasta que un día llegó el colapso. Tanto el promotor como los inversionistas quedaron solamente con sueños destrozados. Lo que había sido una relación amistosa y agradable se convirtió en una de acusaciones y mezquindad, cuando no en procesos penales e intentos de recuperar pérdidas mediante litigios civiles.

Han ocurrido muchos cambios en el mundo desde que el dedo del Señor dio el décimo y último mandamiento: “No codiciarás la casa de tu prójimo; no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de tu prójimo” (Éxodo 20:17). Pero la naturaleza humana no ha cambiado.

En una de sus grandes epístolas a Timoteo, Pablo escribió: “Porque raíz de todos los males es el amor al dinero; el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe y fueron traspasados de muchos dolores” (1 Timoteo 6:10). El dinero en sí no es malo. Es la búsqueda implacable de riquezas a expensas de todo lo demás —incluyendo la integridad personal y el valor moral— lo que con demasiada frecuencia conduce a la corrupción. No tenemos que mirar muy lejos para ver la veracidad de esa profunda advertencia. Una vez enriquecidas por un deseo absorbente de dinero, las personas de las que hablo ahora se encuentran “traspasadas de muchos dolores”.

Pienso en un amigo que era un buen hombre. Tenía un buen hogar, una buena familia y suficientes recursos para satisfacer sus necesidades y las de los suyos. Pero llegó a ser consumido por el deseo de obtener mayores riquezas. Una cosa llevó a otra hasta que ocurrió una caída en la economía, y se encontró atrapado en una situación de la que no podía salir. Aquellos que querían que los hiciera ricos, y que inicialmente profesaban amor por él y admiración por su habilidad para los negocios, se convirtieron en sus violentos y amargos acusadores. No fue el dinero mismo lo que los destruyó. Fue el amor al dinero el que se apoderó de ellos y los impulsó hasta encontrarse en dificultades y fracaso.

Por supuesto, necesitamos ganarnos la vida. El Señor le dijo a Adán que con el sudor de su rostro comería el pan todos los días de su vida. Es importante que nos preparemos para ser autosuficientes, particularmente que todo joven, al momento de contraer matrimonio, esté listo y sea capaz de asumir la responsabilidad de proveer para su cónyuge y para los hijos que puedan llegar a ese hogar. Esto es importante. Es saludable. Es correcto y apropiado.

Cualesquiera que sean nuestras circunstancias, deseamos mejorarlas. Esto es bueno si no se lleva al extremo. Estoy convencido de que el Padre de todos nosotros no desea que Sus hijos vivan en la pobreza. Él quiere lo mejor para nosotros. Quiere que disfrutemos de las cosas buenas de la tierra. En el Antiguo Testamento, Él habla de “una tierra que fluye leche y miel”, de los mejores rebaños y de otras cosas que indican que desea que Sus hijos estén bien

alimentados, vestidos y protegidos, disfrutando de las comodidades que la tierra ofrece.

Es cuando la codicia toma el control, cuando codiciamos lo que otros poseen, que comienza nuestra aflicción. Y puede ser una aflicción muy dolorosa si nos invita a comprometer nuestra integridad debido a una actitud de “haré lo que sea necesario”. Si nos dejamos convencer por los expertos en mercadotecnia de Madison Avenue, con sus ingeniosas campañas publicitarias que promueven la buena vida y nos tientan con las baratijas de una sociedad opulenta sin mencionar jamás cómo pagarlas, ninguno de nosotros sentirá que tiene suficiente.

“No codiciarás la casa de tu prójimo”. Todos necesitamos refugio. Todos necesitamos un techo sobre nuestras cabezas, con calor en el invierno y cierta comodidad en el verano. Pero cuando caemos en excesos desmedidos, como muchos son propensos a hacer, incluidos muchos jóvenes, nuestra insensatez puede convertirse en una trampa destinada a destruirnos.

No codiciarás el automóvil de tu prójimo. El automóvil moderno es maravilloso y casi indispensable en la sociedad en la que vivimos y trabajamos. Pero cuando veo a personas relativamente jóvenes endeudándose fuertemente para comprar automóviles que cuestan decenas de miles de dólares, me pregunto qué ha sucedido con nuestros valores. Me pregunto cuáles son nuestras prioridades. Me pregunto acerca de lo que parece ser una alarmante ausencia de sentido común. Lo mismo ocurre con los botes y otros juguetes lujosos. Cuando una familia de un vecindario adquiere un bote, las demás piensan que también necesitan uno. Para satisfacer nuestros deseos, nos endeudamos, disipamos nuestros recursos pagando altos intereses y nos convertimos en algo parecido a siervos contratados que trabajan para pagar sus deudas. Por favor, no me malinterpreten. Deseo que todos puedan disfrutar de algunas de las cosas buenas de la vida. Pero espero que nuestros deseos no provengan de la codicia y la avaricia, las cuales juntas forman una enfermedad maligna y corrosiva.

¡Qué rara gema, qué preciosa joya es el hombre o la mujer en quien no hay engaño, ni falsedad, ni mentira, ni avaricia, ni una obsesión por “salir adelante”! La valoración expresada hace mucho tiempo por Alexander Pope, el poeta inglés, sigue siendo verdadera hoy: “Un hombre honrado es la obra más noble de Dios”. ¿Por qué es tan vital la honestidad? Porque donde están

presentes la honestidad y la integridad, otras virtudes las siguen. Y, por el contrario, donde existen graves faltas de integridad, casi siempre van acompañadas de otros fracasos morales.

Escribió el autor de Proverbios:

“Seis cosas aborrece Jehová, y aun siete le son abominación: los ojos altivos, la lengua mentirosa, las manos derramadoras de sangre inocente, el corazón que maquina pensamientos inicuos, los pies presurosos para correr al mal, el testigo falso que habla mentiras y el que siembra discordia entre hermanos” (Proverbios 6:16–19).

El apodo de “Honesto Abe” es uno que Abraham Lincoln aparentemente mereció y ganó, y durante toda su vida se sintió perturbado cuando encontraba personas en quienes no se podía confiar. En un momento crítico durante la Guerra Civil, llegó a su conocimiento que algunos de sus oficiales de confianza de la Unión estaban entregando información clave a los líderes confederados. Lincoln estaba comprensiblemente angustiado por esta falta de lealtad entre quienes se proclamaban partidarios de la Unión. En una reunión en particular, su Secretario de Guerra presentó pruebas que condenaban a varios de estos individuos como traidores y luego preguntó al presidente qué deseaba que se hiciera con ellos. Lincoln, que había permanecido en silencio durante toda la presentación, expresó entonces sus sentimientos relatando la historia de un granjero que amaba un enorme árbol de sombra que se erguía como centinela cerca de su casa:

Era un árbol majestuoso y aparentemente perfecto en todas sus partes: alto y recto. Una mañana, mientras trabajaba en su jardín, [el granjero] vio una ardilla [subir por el árbol y entrar en un hueco] y pensó que tal vez el árbol estuviera hueco. Procedió a examinarlo cuidadosamente y, para su gran sorpresa, descubrió que aquel imponente árbol que había apreciado por su belleza y grandeza, y que era el orgullo y la protección de su pequeña granja, estaba hueco de arriba abajo. Solo quedaba un delgado anillo de madera sana, apenas suficiente para sostener su peso. ¿Qué debía hacer? Si lo talaba, causaría grandes daños con su enorme altura y sus extensas ramas. Si lo dejaba en pie, su familia corría un peligro constante. Una tormenta podría derribarlo, o el viento podría hacerlo caer, y su casa y sus hijos quedarían aplastados por él. ¿Qué debía hacer? Mientras se alejaba, dijo tristemente: “Ojalá nunca hubiera visto esa ardilla”.

Muy sencillamente, no podemos ser menos que honestos, no podemos ser menos que veraces, no podemos ser menos que virtuosos si hemos de mantener sagrada la confianza que nos han legado quienes nos precedieron; o si hemos de merecer la confianza de aquellos con quienes vivimos, trabajamos y nos relacionamos. En otro tiempo se decía entre nuestra gente que la palabra de un hombre valía tanto como su firma. ¿Seremos acaso menos confiables, menos honestos que nuestros antepasados? Aquellos que son deshonestos con los demás corrompen sus propias almas y pronto descubren que ni siquiera pueden confiar en sí mismos.

Una vez escuché a un hombre —un hombre fuerte y sabio, a quien admiraba profundamente— aconsejar suavemente a su hija cuando ella salía para una cita:

—Ten cuidado. Ten cuidado con cómo actúas y con lo que dices.

—Papá, ¿no confías en mí? —preguntó ella rápidamente.

—No confío completamente ni siquiera en mí mismo —respondió él—. Uno nunca llega a ser tan viejo ni tan sabio como para que el adversario se dé por vencido con él.

Cada uno de nosotros debe mantenerse fiel a sí mismo y a los demás. Muchos de nosotros comenzamos con fuerza y luego nos estancamos. Muchos jugadores en el juego de la vida llegan a la primera base. Algunos alcanzan la segunda. Un puñado llega a la tercera. Pero ¡qué pocos son los que llegan sanos y salvos al plato! Se requiere un esfuerzo constante para lograr ese dominio sobre uno mismo que observó Henry Wadsworth Longfellow:

Las alturas que los grandes hombres alcanzaron y conservaron  
No fueron logradas mediante un vuelo repentino;  
Sino que ellos, mientras sus compañeros dormían,  
Trabajaban arduamente ascendiendo en la noche.

Karl G. Maeser, educador originario de Alemania y primer presidente de la Universidad Brigham Young, hoy la universidad privada propiedad de una iglesia más grande de los Estados Unidos, dijo a sus estudiantes hace más de un siglo:

“Me han preguntado qué quiero decir con “palabra de honor”. Se los diré. Colóquenme detrás de muros de prisión —muros de piedra tan altos, tan gruesos y que se extiendan tan profundamente en la tierra— y existe la posibilidad de que de alguna manera pudiera escapar; pero pónganme de pie sobre el suelo, tracen una línea de tiza a mi alrededor y hagan que dé mi palabra de honor de no cruzarla jamás. ¿Podría salir de ese círculo? ¡No, nunca! Preferiría morir primero”.

¿No podemos, al entrar en el siglo veintiuno, comprometernos a ser fieles a lo mejor que hay en nosotros? ¿No podemos volver a entronizar las virtudes gemelas de la integridad y la honestidad? Es posible ser honestos todos los días. Es posible vivir de tal manera que los demás puedan confiar en nosotros: confiar en nuestras palabras, nuestros motivos y nuestras acciones. Nuestro ejemplo es vital tanto para quienes se sientan a nuestros pies como para aquellos que nos observan desde la distancia. Nuestro constante mejoramiento personal llegará a ser una estrella polar para quienes se encuentren dentro de nuestra esfera de influencia. Ellos recordarán por más tiempo lo que vieron en nosotros que lo que nos oyeron decir. Nuestra actitud, nuestro punto de vista, puede marcar una diferencia enorme.

Mi padre me contó, cuando yo era niño, una historia que nunca he olvidado. Un muchacho mayor y su joven compañero caminaban por un camino que atravesaba un campo. Vieron un viejo abrigo y un par de zapatos de hombre muy gastados al borde del camino, y a lo lejos vieron a su dueño trabajando en el campo. El muchacho más joven sugirió que escondieran los zapatos, se ocultaran y observaran la perplejidad en el rostro del hombre cuando regresara. El muchacho mayor, un joven bondadoso, pensó que eso no sería bueno. Dijo que el dueño debía de ser un hombre muy pobre. Después de discutir el asunto, concluyeron que probarían otro experimento. En lugar de esconder los zapatos, pondrían una moneda de plata de un dólar en cada uno y, ocultándose, verían qué hacía el dueño cuando descubriera el dinero.

Pronto el hombre regresó del campo, se puso el abrigo, introdujo un pie en uno de los zapatos, sintió algo duro, lo sacó y encontró una moneda de plata de un dólar. El asombro y la sorpresa se reflejaron en su rostro. Miró la moneda una y otra vez, se volvió alrededor y no vio a nadie; luego procedió a ponerse el otro zapato donde, para su gran sorpresa, encontró otro dólar. Sus sentimientos lo dominaron y se arrodilló para ofrecer en voz alta una oración de agradecimiento, en la que habló de su esposa enferma e indefensa y de sus

hijos sin pan. Entonces agradeció fervientemente al Señor por aquella dádiva proveniente de manos desconocidas e imploró las bendiciones del cielo sobre quienes le habían brindado esa ayuda tan necesaria. Los muchachos permanecieron escondidos hasta que él se hubo marchado. Entonces caminaron silenciosamente por el sendero y uno le dijo al otro: “¿No sientes una buena sensación? ¿No te alegra que no hayamos tratado de engañarlo?”.

Los hombres y mujeres íntegros comprenden de manera natural que poseen el precioso derecho de mantener la cabeza en alto bajo la luz del sol de la verdad, sin vergüenza ante nadie. Dentro de este sencillo principio y rasgo de carácter descansa la virtud fundamental de toda persona y de toda sociedad.

## En Defensa de la Moralidad

*Tanto la experiencia como la sabiduría divina dictan que la virtud moral y la pureza preparan el camino que conduce a la fortaleza de carácter, la paz de mente y corazón, y la felicidad en la vida.*

---

Una vez tuve una conversación con un joven en un aeropuerto de Sudamérica, donde los vuelos de ambos estaban retrasados. Su cabello estaba desaliñado y llevaba barba; sus gafas eran grandes y redondas. Su vestimenta daba la impresión de una total indiferencia hacia cualquier norma o estilo generalmente aceptado. Sin embargo, era serio y evidentemente sincero, educado y reflexivo. Sin empleo y sostenido económicamente por su padre, viajaba por toda Sudamérica.

¿Qué buscaba en la vida?, le pregunté. “Paz y libertad”, fue su respuesta inmediata. ¿Consumía drogas? Sí, eran uno de los medios que utilizaba para obtener la paz y la libertad que buscaba. La conversación sobre las drogas condujo a una conversación sobre la moralidad. Habló con toda naturalidad acerca de la moral moderna, la cual, según él, le proporcionaba mucha más libertad que la que cualquier generación anterior había conocido.

Había sabido durante nuestras presentaciones iniciales que yo era un líder religioso. Me hizo saber, de una manera algo condescendiente, que consideraba una broma la moralidad de mi generación y de todas las generaciones anteriores. Luego, con sinceridad, me preguntó cómo podía defender honestamente la virtud personal y la castidad moral. Lo sorprendí cuando declaré que su libertad era una ilusión, que su paz era un fraude, que ambas serían compradas a un gran costo personal y social, y que le explicaría por qué.

Poco después llamaron a nuestros vuelos y tuvimos que separarnos. Desde entonces, he pensado mucho en aquella conversación. Desearía que hubiéramos tenido tiempo para terminarla. Él representa a una generación

contada por millones que, en busca de libertad de las restricciones morales y de paz para una conciencia culpable, han procurado legitimar e incluso celebrar prácticas que esclavizan y degradan y que, si no se controlan, destruirán no solo a los individuos, sino también a las naciones de las que forman parte.

Hoy en día es prácticamente imposible protegernos de las influencias inmorales. Nuestra cultura está saturada de ellas. El adulterio, la fornicación, la homosexualidad y la pornografía; todas ellas causan sus propias formas de devastación espiritual, todo en nombre de la libertad y la paz.

Pensé en esta supuesta libertad cuando hablé con un joven y una joven en mi oficina. Él era atractivo, alto y talentoso. Ella era una muchacha hermosa, una excelente estudiante, sensible y perceptiva.

La joven sollozaba, y lágrimas corrían también por el rostro del joven. Eran estudiantes universitarios y debían casarse la semana siguiente. Pero no sería la clase de boda con la que habían soñado. No llegaría como la culminación de su planificación y preparación. Por el contrario, tendría que realizarse apresuradamente. Interrumpiría sus estudios y sus sueños, una situación que ambos lamentaban y para la cual ninguno estaba preparado emocionalmente ni de ninguna otra manera. Quedaban destrozados sus planes académicos, los años de preparación que sabían que cada uno necesitaba para enfrentar el competitivo mundo que tenían por delante. En lugar de ello, tendrían que interrumpir sus estudios para establecer un hogar. Él tendría que convertirse en el sostén económico con el mejor salario que sus escasas habilidades pudieran conseguir. El joven levantó la vista a través de sus lágrimas.

—Nos engañaron —lamentó.

—Nos hemos engañado mutuamente —respondió ella—. Nos hemos engañado el uno al otro y también a los padres que nos aman; y nos hemos engañado a nosotros mismos. Nos hemos traicionado.

Ella explicó cómo habían caído en la mentira de que la virtud es hipocresía. Descubrieron que la falta de normas morales, que impregna la televisión, las películas y la cultura en general, era una trampa que los había destruido.

Hablaron de miles de dudas y temores que habían cruzado por sus mentes durante los angustiosos días y noches de las semanas anteriores. ¿Debía ella buscar un aborto? La tentación estaba allí, en la aterradora contemplación de la

prueba que tenía por delante: la incomodidad de su situación y la vergüenza que sufriría. Parecía una manera de escapar de las consecuencias, pero ¿aliviaría la angustia que la atormentaba? No, había concluido; jamás quitaría la vida inocente que había ayudado a crear. La vida era sagrada en cualquier circunstancia. Sabía que nunca podría vivir consigo misma si tomaba medidas para destruir ese don de la vida, aun en aquella desafortunada situación.

Asimismo, él había decidido actuar responsablemente; nunca la dejaría enfrentar sola aquella prueba. Cumpliría con su responsabilidad aunque ello oscureciera el futuro con el que había soñado. Admiré su valor y su determinación de sacar lo mejor de una situación difícil, pero me dolía el corazón al observarlos. Aquello era una tragedia. Aquello era esclavitud. Habían entregado su paz interior y su libertad: la libertad de casarse cuando ellos eligieran hacerlo, la libertad de obtener la educación con la que habían soñado y, más importante aún, la paz que proviene del respeto por uno mismo.

Mi joven amigo del aeropuerto podría haber respondido a mi relato diciendo que ellos no fueron inteligentes. Si hubieran sido sabios respecto a los medios que tenían a su disposición, no se habrían encontrado en una situación tan lamentable. Yo le habría respondido que su situación está lejos de ser única.

La violación de las virtudes morales en esta época, como en cualquier otra, solo trae arrepentimiento, tristeza, pérdida del respeto propio y, en muchos casos, tragedia. La racionalización y la ambigüedad no borrarán la cicatriz corrosiva que destruye el respeto propio de un hombre o una mujer que entrega esa virtud que jamás puede ser reemplazada. La autojustificación nunca sanará el corazón de quienes han caído en una tragedia moral.

Lo correcto es correcto y lo incorrecto es incorrecto.

Según una encuesta nacional realizada en 1997, el divorcio es un 32 por ciento más probable entre quienes tuvieron relaciones sexuales antes del matrimonio que entre la población en general. Además, casi tres veces más estadounidenses separados o divorciados han cometido adulterio en comparación con la población general. Más aún, el 82 por ciento de los adultos que califican su matrimonio como “muy sólido” (9 o 10 en una escala de 10 puntos) no tuvieron relaciones sexuales prematrimoniales. Esto no debería sorprendernos. La inmoralidad constituye una violación de la integridad del más alto orden. Por otro lado, quienes han demostrado pureza sexual también

suelen haber cultivado otras virtudes morales que contribuyen al éxito de cualquier relación, particularmente del matrimonio. Cada uno de nosotros tiene la capacidad de controlar sus propios pensamientos y acciones. Esto forma parte del proceso de desarrollar madurez espiritual, física y emocional.

La autodisciplina no es necesariamente fácil. Requiere esfuerzo y fortaleza. Requiere reflexión y oración. Sin embargo, a largo plazo, la autodisciplina es un camino mucho más fácil que la indulgencia desenfrenada, la cual conduce a la corrosión del corazón y del espíritu.

Durante la década de 1960 visité Corea decenas de veces. Vi las trágicas secuelas de la guerra, no solo en la pérdida de vidas y la destrucción de propiedades, sino también en los miles de huérfanos nacidos de madres coreanas y padres soldados estadounidenses. Estos niños fueron, en gran medida, abandonados. Eran criaturas no deseadas de tristeza, los restos a la deriva de una miserable marea de inmoralidad.

Lo mismo ocurrió en Vietnam. Decenas de miles de niños mestizos nacieron durante aquella guerra. ¿Paz y libertad? No puede haber ni una ni otra para los hombres que se entregaron irresponsablemente a sus pasiones, ni para los niños que quedaron como víctimas inocentes y trágicas de su lujuria. Cualquier intento de justificación propia no es más que autoengaño y una miserable falsedad. Antiguamente se decía que “el que se domina a sí mismo es mayor que el que conquista una ciudad”. ¿Puede haber realmente paz en el corazón o libertad en la vida de un hombre que ha dejado solamente miseria como el amargo fruto de su desenfreno? ¿Puede haber algo más falso o deshonesto que la satisfacción de la pasión sin aceptar la responsabilidad?

Una noche, mientras hojeaba el periódico, me encontré con los anuncios de los teatros. Muchos de ellos invitaban abiertamente a los lectores a exponerse al libertinaje. Luego revisé mi correspondencia y encontré una pequeña revista que enumeraba la programación televisiva de la semana siguiente; observé títulos de programas orientados en la misma dirección. Sobre mi escritorio había una revista de noticias. Ese número en particular estaba dedicado al aumento de la criminalidad, con énfasis en la influencia degradante y el alto costo de la pornografía, las drogas y las pandillas. Los artículos hablaban de los miles de millones adicionales que se necesitaban para ampliar las fuerzas policiales, construir más centros de rehabilitación para jóvenes y drogodependientes, y edificar cárceles más grandes.

Nuestras legislaturas y tribunales también se ven afectados por esta ola. Las restricciones legales contra la conducta inmoral se están erosionando mediante leyes y decisiones judiciales. Esto se hace en nombre de la libertad: libertad de expresión, libertad de prensa y libertad de elección en los llamados asuntos personales. Pero el abuso de estas libertades ha producido esclavitud a hábitos degradantes y conductas que solo conducen a la destrucción.

El libro *Hollywood contra América*, de Michael Medved, presenta un panorama sombrío de la triste y oscura obsesión con el sexo que existe entre muchos productores de televisión y cine. Él se refiere a la “fábrica de sueños de Hollywood” como una “fábrica de veneno”, y cita una encuesta de Associated Press/Media General de 1990 en la que el 80 por ciento de los estadounidenses objetó la cantidad de lenguaje vulgar en las películas; el 82 por ciento, la cantidad de violencia; y el 72 por ciento, la cantidad de sexualidad explícita. Los productores de esta basura están desconectados de los sentimientos de la corriente principal de Estados Unidos. Sin embargo, en su obsesión, sin duda están influyendo y guiando a millones por un camino que invita a demasiadas personas a reajustar sus normas morales personales.

En la antigua película *International Hotel*, W. C. Fields volaba entre las nubes cuando notó que su provisión de cerveza se estaba agotando. Aterrizó en el techo del Hotel Internacional en algún lugar de China, donde la élite de la ciudad se encontraba reunida para tomar el té de la tarde. Fields preguntó dónde estaba. “Wu Hu”, fue la respuesta. “Estoy buscando Kansas City, Kansas”, anunció. “Está perdido, señor”, respondió alguien. Entonces, con cierta arrogancia y presunción, levantó la cabeza, sacó pecho y dijo: “¡Kansas City está perdida; yo estoy aquí!”

Así ocurre con los escritores y productores de la programación insípida y destructiva que inunda las ondas de transmisión. En su egocentrismo, consideran que es su misión educar a Estados Unidos en materia de moralidad. Hace varios años, un destacado productor de televisión se jactó de que, en un plazo de cinco años, lograría presentar en horario estelar de televisión abierta un programa equivalente a una clasificación para adultos. Alcanzó su objetivo en menos tiempo. En su vanidad, tales productores están ignorando los gustos y deseos de un gran porcentaje de los ciudadanos de la nación. Cada encuesta realizada y cada sondeo efectuado muestran que existe un grupo sólido y numeroso de personas con elevados ideales, fe en un Ser Supremo, normas morales firmes y una vida caracterizada por la decencia y la integridad. Sin

embargo, este sector de nuestra sociedad rara vez es retratado por los productores. (Una notable excepción es la serie de CBS *Touched by an Angel*, que inicialmente fue duramente criticada por los comentaristas de televisión. A pesar de ello, este programa inspirador, que proclama abiertamente la existencia de Dios y la comunicación con Él por medio de seres celestiales, ha encontrado una inmensa y fiel audiencia).

Es ingenuo creer que una dieta constante de inmoralidad descarada, presentada noche tras noche en nuestras salas de estar, no tenga efecto alguno sobre las personas. Siempre me resulta curioso cuando alguien insiste en que lo que ve en la televisión o en el cine no le afecta. Es interesante señalar que el precio de un anuncio publicitario de treinta segundos durante el Super Bowl de 1999 era de 1,5 millones de dólares. Evidentemente, una multitud de anunciantes confiaba en que, en apenas treinta segundos, podía influir en los espectadores para que compraran los productos o servicios que ofrecían. ¿Debemos realmente creer que horas, que se convierten en años, de exposición a la televisión no afectarán las actitudes respecto a todo, desde la vida familiar hasta las relaciones sexuales apropiadas?

De manera similar, la pornografía, que es un semillero de una inmoralidad más evidente, ya no se considera algo propio de callejones oscuros. En demasiados hogares y vidas, ahora se la considera una forma legítima de entretenimiento. La pornografía roba a sus víctimas el respeto por sí mismas y la apreciación de las bellezas de la vida. Derriba a quienes se entregan a ella y los arrastra a un lodazal de pensamientos malignos y, posiblemente, de acciones malvadas. Seduce, destruye y distorsiona la verdad acerca del amor y la intimidad. Es más mortífera que una enfermedad repugnante. La pornografía es tan adictiva y autodestructiva como las drogas ilícitas, y literalmente destruye las relaciones personales de quienes se convierten en sus esclavos.

Ninguno de nosotros puede permitirse participar de esta basura. No podemos arriesgarnos al daño que causa a la más preciosa de las relaciones: el matrimonio, ni a las demás interacciones dentro de la familia. No podemos arriesgarnos al efecto que tendrá sobre nuestro espíritu y nuestra alma. Las cintas de video lascivas, las líneas telefónicas de contenido obsceno, la inmundicia que se encuentra en Internet, las revistas sensuales y las películas provocativas: todas son trampas que deben evitarse como si fueran las plagas más mortíferas.

Hace muchos años trabajé en una oficina ferroviaria en Denver, donde estaba a cargo del tráfico de equipaje y encomiendas transportadas en trenes de pasajeros. Un día recibí una llamada telefónica de mi homólogo en otro ferrocarril de Newark, Nueva Jersey, quien me informó que un tren de pasajeros había llegado sin su vagón de equipaje. Trescientas personas estaban indignadas, y con toda razón.

Descubrimos que el tren había sido correctamente preparado en Oakland, California, y que posteriormente había viajado intacto hasta Salt Lake City, luego a Denver y después a St. Louis, desde donde debía partir hacia su destino en la costa este. Pero en el patio ferroviario de St. Louis, un guardagujas movió por error una pieza de acero apenas tres pulgadas. Esa pieza de acero era una aguja de cambio de vía, y el vagón de equipaje que debía haber llegado a Newark terminó en Nueva Orleans, a mil cuatrocientas millas de distancia.

Las prisiones de todo este país están llenas de personas que tomaron decisiones imprudentes e incluso destructivas; individuos que movieron apenas un poco una aguja de cambio en sus vidas y pronto se encontraron en la vía equivocada, dirigiéndose al lugar equivocado.

Es más que un dato interesante que el Señor, al hablar a la multitud en el monte, incluyera esta maravillosa declaración: “Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios” (Mateo 5:8). ¡Si tan solo cada uno de nosotros procurara ser más puro! ¡Si tan solo nuestra sociedad valorara la pureza!

Hace algunos años, un popular atleta profesional ocupó los titulares cuando sugirió que su elevado salario y su condición de superestrella no implicaban ninguna obligación de ser un “ejemplo” o un “héroe” para nadie, incluidos los miles de jóvenes que lo admiraban y vestían camisetas con su número debido a su extraordinario talento deportivo. ¡Qué absurdo! ¡Cuán diferente podría ser nuestra sociedad si aquellos que disfrutaban del privilegio de la fama y la prominencia también sintieran el deseo, si no la obligación, de exaltar la virtud! Imaginen la influencia que tendría en este país semejante respaldo público a la moralidad. Imaginen a los hombres y mujeres, muchachos y muchachas, que seguirían esos ejemplos. El impacto sería inmenso para el bien.

Tengo la suficiente edad, y mi niñez y juventud ocurrieron hace ya bastante tiempo, como para haber tenido héroes a quienes seguir y grandes hombres a

quienes procurar emular a lo largo de mi vida. Mi lista de héroes llegó a incluir a hombres como Washington, Jefferson, Lincoln y otros presidentes de los Estados Unidos. Tenía apenas dieciséis años cuando Charles Lindbergh cruzó el Atlántico en el monomotor *Spirit of St. Louis*, aterrizando treinta y tres horas después de despegar. Se convirtió instantáneamente para mí en un héroe más grande que la vida misma. Recuerdo vívidamente a los vendedores de periódicos corriendo por las calles y gritando: “¡Extra! ¡Extra!”, mientras ofrecían ediciones especiales. El triunfo de Lindbergh fue emocionante porque se había atrevido a enfrentar lo imposible y había tenido éxito.

Cuando estaba en la escuela secundaria básica, mi padre me llevó a una conferencia del almirante Richard E. Byrd, quien había comandado una expedición al Polo Sur. Su éxito fue de enorme importancia. Escuché con fascinación cada una de sus cautivadoras palabras. Él también se convirtió en un héroe para mí.

Con el paso de los años he llegado a admirar a muchos otros. Soy descendiente directo de Stephen Hopkins, quien fue pasajero del *Mayflower*. Él y el resto de aquel valiente grupo de inmigrantes pioneros zarparon en un mar tranquilo, pero antes de concluir su viaje tuvieron que atravesar enormes olas provocadas por las tormentas equinocciales. Al llegar a América a fines de noviembre, enfrentaron un largo y difícil invierno, sin más provisiones que las que habían llevado a bordo del barco. En dos o tres meses, murió la mitad del grupo. Sin embargo, a pesar de las terribles pruebas por las que habían pasado, cuando el *Mayflower* regresó a Inglaterra la primavera siguiente, ninguno de ellos volvió en él. Estos héroes y heroínas fueron hombres y mujeres de extraordinario valor físico y moral.

Siento tristeza por la generación actual, que parece carecer de héroes. Los hombres y mujeres que, por sus contribuciones y logros, parecen más grandes que la vida misma y que pueden ser admirados por la amplitud y profundidad de su carácter moral, son una especie cada vez más rara.

Por otra parte, estoy convencido de que hay millones de buenas personas en Estados Unidos y en otras naciones. Muchos matrimonios son fieles el uno al otro. Sus hijos están siendo criados con sobriedad, laboriosidad y fe en Dios. Dada la fortaleza de estas familias, creo que la situación está lejos de ser desesperada. Estoy convencido de que no hay necesidad de quedarnos inmóviles y permitir que la inmundicia y la violencia nos abrumen, ni de correr

presa de la desesperación. La marea, por alta y amenazante que sea, puede retroceder si suficientes personas buenas de las que he mencionado suman su fuerza a la de los pocos que actualmente están trabajando eficazmente. El desafío de reconocer el mal y oponerse a él es uno que toda persona moral y virtuosa debe aceptar.

Todo comienza con nuestra propia virtud personal. La reforma del mundo comienza con la reforma de uno mismo. No podemos esperar influir en otros en la dirección de la virtud moral a menos que vivamos vidas virtuosas. El ejemplo de nuestra vida recta ejercerá una influencia mayor que toda la predicación, las especulaciones y las teorías en las que pudiéramos ocuparnos. No podemos esperar elevar a otros si nosotros mismos no estamos sobre un terreno más alto.

El respeto por uno mismo es el comienzo del cultivo de la virtud en hombres y mujeres.

Vivimos en una época de vestimenta descuidada, modales descuidados y, lamentablemente, moralidad descuidada. Por alguna razón difícil de explicar, se promueve casi constantemente la falsa idea de que la moralidad sexual es irrazonablemente difícil, demasiado difícil para que se espere que los hombres y las mujeres de hoy la observen. La ironía de la alternativa parece pasar desapercibida para quienes la defienden. El comportamiento desenfrenado que conduce a la inmoralidad es, en realidad, una elección más difícil que la moderación que exige la pureza sexual. La infidelidad, la promiscuidad y la indulgencia sexual, en todas sus formas, arrastran consigo una multitud de males: enfermedades que ponen en peligro la vida; la inseguridad de las relaciones sexuales sin compromiso, o incluso sin amor, en muchos casos; el deterioro del sentimiento de valor y autoestima personal; la pérdida de la integridad individual; la amenaza de embarazos no deseados, y así sucesivamente. La moralidad requiere disciplina, sí. Pero ¿es un poco de dominio propio más difícil que cualquiera de las consecuencias antes mencionadas? Ninguna persona que piense con claridad insistiría en que lo es.

También aparece constantemente la falsa racionalización de que, hace mucho tiempo, la virtud era fácil y que solo ahora, en esta era moderna, se ha vuelto difícil. Debido a que el autocontrol implica un desafío, se afirma que, en una sociedad que proclama la "libertad", debemos aceptar las transgresiones morales como algo "humano" y, por lo tanto, excusable y comprensible. Sin

embargo, la propuesta que la esposa de Potifar hizo a José en Egipto no es esencialmente diferente de las que enfrentan los hombres y mujeres de nuestros días. La principal diferencia es que estamos inundados por una representación descarada e incluso una celebración de la inmoralidad en casi todas las formas de comunicación y entretenimiento, y parece haber más personas que abierta y enérgicamente justifican diversos tipos de inmoralidad como cuestiones de elección personal. Lo que hace apenas unos años era considerado indecente e inmoral, hoy es ampliamente tolerado e incluso aceptado.

Sin embargo, cada uno de nosotros tiene una conciencia. Conocemos la diferencia entre el bien y el mal. No necesitamos que se nos instruya acerca de lo que es bueno y de lo que es malo. Sabemos cuándo hemos hecho algo incorrecto y sufrimos los remordimientos de la conciencia. Sabemos cuándo hemos hecho lo correcto, lo que produce un sentimiento de paz interior y felicidad.

Nuestro desafío consiste en elevar nuestros pensamientos por encima de la sociedad moral, disciplinar nuestros actos para que sean un ejemplo de virtud y controlar nuestras palabras para hablar únicamente aquello que edifica y conduce al crecimiento. Estos son los pasos hacia la pureza personal y la virtud, los pasos que debemos dar para elevar e invitar a otros a un nivel de vida más elevado.

Estos pasos están al alcance de todos nosotros. El curso de nuestras vidas rara vez está determinado por grandes decisiones que cambian la existencia. Con mayor frecuencia, nuestra dirección se establece por medio de pequeñas decisiones cotidianas que trazan el camino por el que avanzamos. Esa es la esencia de nuestra vida: tomar decisiones.

La lección del cambio de vía es similar al funcionamiento de una gran y pesada puerta de granja. Esa puerta apenas se mueve en las bisagras, pero se desplaza una gran distancia en su extremo más alejado. Un movimiento muy pequeño en la bisagra produce un gran desplazamiento en el otro extremo de la puerta.

Así ocurre con nuestras vidas. Ceder descuidadamente a un impulso, tomar una mala decisión o cometer una falta momentánea de autodisciplina puede causar estragos, con consecuencias que llegan mucho más lejos de lo que jamás podríamos haber imaginado.

En un viaje a Suiza hace algunos años, compré un paquete de semillas de edelweiss. Las semillas son como pequeñas y secas motas de pimienta, diminutas. Pero en la parte frontal del paquete aparecía la imagen de la planta madura, la flor que crece en las altas montañas de los Alpes suizos. El edelweiss resiste las tormentas que azotan aquellas montañas, florece bajo la nieve y aporta belleza a las laderas y praderas alpinas. Las semillas no parecen gran cosa, pero dentro de ellas existe el potencial para una vida vigorosa y hermosa.

Así ocurre con cada uno de nosotros. Dentro de nosotros yace un potencial incalculable para el bien. Pero las decisiones que tomamos determinan el curso de nuestras vidas y la formación de nuestro carácter. Determinan si viviremos virtuosamente.

Las iglesias del mundo pueden ayudar. Las repetidas advertencias del papa Juan Pablo II contra los peligros morales son impresionantes y sabias. Los bautistas han emprendido una importante y sincera campaña en favor de la castidad. Muchas buenas personas que representan numerosas creencias están manteniéndose firmes frente a las artimañas del mundo.

El hombre o la mujer que sabe y cree que es hijo o hija de Dios, creado por un Padre Divino y dotado con el potencial para ejercer grandes virtudes semejantes a las de Dios, se disciplinará para resistir los elementos sórdidos y lascivos a los que con frecuencia y facilidad estamos expuestos.

Cuando era niño y crecía en Salt Lake City, la mayoría de las casas se calentaban con estufas de carbón. Como resultado, humo negro salía de casi todas las chimeneas. Cuando el invierno llegaba a su fin, el hollín y la suciedad negra estaban por todas partes, tanto dentro como fuera de la casa. Había un ritual por el que pasábamos cada año, uno nada agradable según lo veíamos nosotros. Involucraba a todos los miembros de la familia y era conocido como la "limpieza de primavera". Cuando el clima se volvía más cálido, después del largo invierno, se destinaba una semana aproximadamente para la limpieza general, y mamá dirigía toda la operación. Se quitaban todas las cortinas, se lavaban y se planchaban cuidadosamente. Las ventanas se limpiaban por dentro y por fuera, ¡vaya trabajo que era aquello en nuestra gran casa de dos pisos! Todas las paredes estaban empapeladas, y papá traía a casa latas de limpiador para papel tapiz que parecían masa de pan rosada y tenían un aroma agradable y refrescante. Todos colaborábamos. Amasábamos un poco de aquella masa limpiadora con las manos, subíamos una escalera y

comenzábamos por el techo alto, para luego descender por las paredes. La masa pronto se volvía negra por la suciedad que extraía del papel. Era una tarea terrible y agotadora, pero los resultados parecían mágicos. Cuando nos alejábamos para comparar la superficie sucia con la limpia, era asombroso ver cuánto mejor lucían las paredes limpias y cuánto se habían ensuciado sin que nos hubiéramos dado cuenta.

Levantábamos todas las alfombras y las arrastrábamos hasta el patio trasero, donde se colgaban una por una sobre el tendedero. Cada uno de nosotros, los muchachos, tenía un sacudidor de alfombras, un instrumento hecho de varillas ligeras de acero con un mango de madera. Mientras golpeábamos las alfombras, el polvo salía volando, y seguíamos haciéndolo hasta que no quedaba nada de polvo. Detestábamos aquel trabajo, pero cuando todo terminaba y cada cosa volvía a su lugar, el resultado era maravilloso. La casa estaba limpia; nuestro ánimo se renovaba. Todo el mundo parecía mejor.

Hacer una limpieza de primavera, hablando en sentido figurado, es exactamente lo que algunos de nosotros necesitamos hacer con nuestras vidas. Isaías dijo: “Lavaos y limpiaos; quitad la iniquidad de vuestras obras de delante de mis ojos; dejad de hacer lo malo... Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: aunque vuestros pecados sean como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; aunque sean rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana” (Isaías 1:16-18).

Aunque esta sugerencia pueda parecer sencilla, también es fundamental. ¿No podemos dar la espalda a la inmoralidad? ¿No es posible que nosotros, como personas, la rechacemos? Por supuesto, esto es más fácil decirlo que hacerlo. Pero cada vez que demos un paso más hacia una vida completamente moral, será mucho más fácil la próxima vez. ¡Qué maravilloso es para quienes pueden decir: “Estoy limpio:!”

Tanto la experiencia como la sabiduría divina dictan que la virtud moral y la pureza allanan el camino que conduce a la fortaleza de carácter, a la paz de la mente y del corazón, y a la felicidad en la vida. No hay duda de que el camino de la seguridad y la senda hacia un verdadero sentido de realización se encuentran en la abstinencia sexual antes del matrimonio y en la fidelidad después del matrimonio.

He tenido el privilegio, en diversas ocasiones, de conversar con cinco presidentes de los Estados Unidos. Al concluir cada uno de esos encuentros, he reflexionado sobre la gratificante experiencia de estar con confianza en la presencia del reconocido líder del mundo libre. Entonces he pensado: qué cosa tan maravillosa, qué cosa tan magnífica sería poder estar con confianza —sin temor, sin vergüenza y sin incomodidad— en la presencia de Dios. Esa es la promesa que se ofrece a todo hombre y mujer virtuosos.

Algunos de nosotros tememos lo que dirán nuestros semejantes si adoptamos una postura así. Podríamos ser objeto de desprecio y críticas si defendemos lo correcto y promovemos una norma moral más elevada que la que se encuentra entre las masas. Pero el reino de Dios no es una democracia. La maldad y la rectitud no se legislan por voto mayoritario. Lo correcto y lo incorrecto no se determinan por encuestas ni por comentaristas, aunque muchos quieran hacernos creer lo contrario. La maldad jamás fue felicidad. La felicidad se encuentra en el poder, el amor y la dulce sencillez de la virtud.

Esto no significa que debemos ser mojigatos. No tenemos que escondernos en un rincón, por así decirlo. No tenemos por qué avergonzarnos. Pero si se nos pidiera presentarnos abiertamente y rendir cuentas de nosotros mismos, ¿podríamos hacerlo sin sentir vergüenza? Si todo el mundo conociera nuestra conducta privada, ¿nos sentiríamos confiados y cómodos con las decisiones que hemos tomado? Más importante aún, ¿estamos en paz con nosotros mismos?

Pablo aconsejó a Timoteo: “Consérvate puro” (1 Timoteo 5:22). Son palabras sencillas, pero sumamente importantes. Pablo está diciendo, en efecto: mantente alejado de aquellas cosas que socavan y finalmente destruyen el alma. Mantente alejado de todo aquello que conduce a pensamientos impuros, lenguaje impuro y conductas perjudiciales. La virtud personal vale más que cualquier salario, cualquier bonificación, cualquier cargo o cualquier grado de prominencia.

Debemos revertir la tendencia hacia la degeneración moral.

¿Existe una justificación válida para la moralidad y la virtud personales? Es el único camino hacia la libertad del remordimiento. La paz de conciencia que fluye de la virtud personal es la única paz personal que no es falsa. Y más allá de todo esto está la infalible promesa de Dios para quienes andan en virtud:

“grandísimas y preciosas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina” (2 Pedro 1:4).

Channing Pollock observó una vez: “Un mundo en el que todos creyeran en la pureza de las mujeres y en la nobleza de los hombres, y actuaran de acuerdo con ello, sería un mundo muy diferente, pero un lugar magnífico para vivir”. Sería un mundo de libertad en el que el espíritu humano podría crecer hasta alcanzar una gloria jamás soñada, y un mundo de paz: la paz de una conciencia limpia, de un amor sin mancha, de fidelidad, de confianza y lealtad inquebrantables. Esto puede parecer un sueño inalcanzable para el mundo. Pero, para cada uno de nosotros individualmente, puede llegar a ser una realidad, y el mundo se volverá mucho más rico y fuerte gracias a la virtud de cada vida individual.

Una gran reforma moral solo ocurrirá cuando la reforma tenga lugar en el corazón, la mente y la vida de cada uno de nosotros; cuando la moralidad sea restablecida como una prioridad en los hogares del país; y cuando hombres y mujeres, jóvenes y niños, reconozcan que en sus vidas falta un componente moral esencial y decidan procurar una vida de virtud.

## Nuestra Civilidad en Declive

*La civilidad lleva consigo la esencia de la cortesía, la educación y la consideración hacia los demás. Toda la educación y los logros del mundo valen de poco si no van acompañados de muestras de gentileza, de respeto por los demás y de la disposición de hacer un esfuerzo adicional.*

---

Un día, cuando tenía unos cinco años de edad, varios amigos y yo estábamos sentados en el porche delantero de mi casa cuando una familia afroamericana pasó caminando por la calle. Hice algún comentario despectivo. No recuerdo qué dije, ni sé si ellos me oyeron. Pero mi madre, que estaba justo dentro de la casa, sí me oyó. Nos llamó a mí y a mis amigos para que entráramos y de inmediato procedió a sentarnos para darnos una lección que todavía recuerdo. Nos hizo entender, sin dejar lugar a dudas, que entre los pueblos de la tierra no existe ni inferioridad ni superioridad; que todos somos hijos e hijas de Dios y, por lo tanto, hermanos y hermanas unos de otros; y que tenemos la obligación de respetarnos y ayudarnos mutuamente.

He llevado conmigo esa sencilla lección durante toda mi vida. Muchos años después supe que mi madre, cuando tenía alrededor de catorce años, había defendido y entablado amistad en la escuela con un muchacho afroamericano que había sido objeto de burlas por parte de otros. Lo supe por el propio hombre. Había llegado a la edad adulta y servía como sargento de armas en la legislatura estatal.

A lo largo de mi vida, me he relacionado ampliamente con personas de todas las razas y culturas, de todos los niveles de ingresos y educación, y de todas las condiciones sociales. Particularmente en esta época de comunicaciones sofisticadas, el mundo es nuestro vecindario y sus habitantes, independientemente de su condición, son nuestros amigos y vecinos. Incluyo a todos dentro del alcance del mandato del Salvador, quien dijo: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente.

Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante a este: Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Mateo 22:37–39).

Tenemos razones para preocuparnos profundamente de que alrededor del mundo, incluso en Estados Unidos, todavía exista mucho prejuicio: una tendencia a separarnos según nuestras diferencias en lugar de regocijarnos en la diversidad y en la riqueza que esas diferencias aportan. Sin embargo, podemos sentir cierto optimismo al ver que el diálogo interracial está mejorando gradualmente. En un número cada vez mayor de países hay más tolerancia, más respeto y un mayor reconocimiento de lo bueno que hay en cada uno de nosotros. La lucha ha sido cuesta arriba, pero se está ganando.

En un viaje reciente a África, conocí a decenas de miles de buenos hombres y mujeres de ese continente. Cuando se les brinda una oportunidad, responden. Son amables y generosos. Son inteligentes y poseen una maravillosa capacidad para realizar grandes cosas. Son buenos. Son hermosos. He tenido una reacción muy similar entre los pueblos de Asia y América Latina, en las islas del Pacífico Sur y en toda Europa oriental y occidental.

Las diferencias de raza y cultura son evidentes, al igual que las distinciones entre diversas religiones y otras creencias. Sin embargo, temo que con demasiada frecuencia damos demasiada importancia a nuestras diferencias. De este modo, oscurecemos y, en ocasiones, pasamos completamente por alto las formas significativas y duraderas en que somos semejantes. Tenemos diferencias culturales y teológicas, pero creo que estamos unidos en nuestra conciencia de los males y problemas del mundo. Creo que todos reconocemos nuestra gran responsabilidad y oportunidad de permanecer unidos en favor de aquellas cualidades de la vida pública y privada que reflejan virtud y moralidad. Creo que coincidimos en la necesidad de respetar a todos los hombres y mujeres como hijos de Dios, en la necesidad de la civilidad y la cortesía en nuestras relaciones, y en la necesidad de preservar a la familia como la unidad más fundamental e importante de la sociedad.

La mayoría de nosotros llevamos en el corazón el deseo de ayudar a los pobres, de levantar a los afligidos, de brindar consuelo, esperanza y ayuda a todos los que sufren dificultades y dolor. Reconocemos la necesidad de sanar las heridas de la sociedad y de reemplazar el pesimismo de nuestra época con optimismo y fe. No hay necesidad de recriminaciones ni de críticas mutuas.

Un artículo de la fe que profeso declara: “Reclamamos el privilegio de adorar a Dios Todopoderoso según los dictados de nuestra propia conciencia, y concedemos a todos los hombres el mismo privilegio; que adoren cómo, dónde o lo que deseen”. Espero encontrarme siempre del lado de quienes defienden esta posición. Nuestra fortaleza reside en nuestra libertad para elegir. Hay fortaleza incluso en nuestra diversidad. Pero existe una fortaleza aún mayor en el mandato divino dado a cada uno de nosotros de trabajar por la elevación y bendición de todos Sus hijos e hijas, sin importar su origen étnico o nacional ni cualquier otra diferencia.

Somos hijos e hijas de Dios, cada uno miembro de la familia divina. Tan cierto como que Él es nuestro Padre, todos somos hermanos y hermanas. Debemos trabajar unidos para eliminar de nuestro corazón y erradicar de nuestra sociedad todos los elementos de odio, intolerancia, racismo y cualquier otra acción o palabra divisiva que limite la capacidad de una persona para progresar, aprender y ser plenamente aceptada. Las observaciones despectivas, los insultos raciales, los epítetos llenos de odio, los chismes maliciosos y la difusión cruel de rumores no tienen cabida entre nosotros.

Cada uno de nosotros es humano, sujeto a los problemas que afligen a los seres humanos. No debemos tolerar la pereza, la deshonestidad ni la traición. Pero tampoco debemos condenar a otros por esas aparentes faltas. En lugar de ello, podemos tenderles la mano para ayudarlos a llevar las cargas de la enfermedad y las dificultades económicas, e incluso las debilidades y deficiencias con las que están luchando. Ninguno de nosotros necesita a alguien que únicamente señale nuestras áreas de debilidad y las maneras en que hemos fracasado. Necesitamos a alguien que nos anime a seguir adelante, a intentarlo de nuevo, a esforzarnos un poco más esta vez. La excelencia es difícil de alcanzar en el vacío.

Dijo Pablo a los romanos: “Así que, los que somos fuertes debemos soportar las flaquezas de los débiles”. Y luego añadió estas significativas palabras: “y no agradarnos a nosotros mismos” (Romanos 15:1). Tenemos la obligación de ayudarnos unos a otros, de edificarnos mutuamente. Ninguno de nosotros es perfecto; todos hemos cometido errores. Cada uno de nosotros necesita ocasionalmente ser corregido e instruido. Pero esa orientación debe ofrecerse con un espíritu de corrección, ayuda y fortalecimiento. ¿No podemos apoyarnos mutuamente? ¿Enseñarnos unos a otros? ¿Y animar y elogiar a aquellos con quienes entramos en contacto?

Imaginen cómo cambiarían nuestras propias familias, y mucho más el mundo, si nos comprometiéramos a mantener la confianza unos en otros, fortalecernos mutuamente, buscar y destacar las virtudes de los demás, y hablar con bondad unos de otros. Imaginen el efecto acumulativo si nos tratáramos con respeto y aceptación, y si brindáramos apoyo voluntariamente. Tales interacciones, practicadas a pequeña escala, seguramente producirían un efecto expansivo en nuestros hogares y comunidades y, con el tiempo, en la sociedad en general.

A lo largo de la marcha de la historia, la sociedad ha progresado cuando las personas han vivido juntas en comunidades, con respeto y consideración mutuos. Estas virtudes son el sello distintivo de la civilización. Sin embargo, en ocasiones debemos detenernos a cuestionar cuánto progreso hemos logrado realmente. El siglo que acaba de concluir ha sido testigo de más muerte y sufrimiento a causa de la guerra que cualquier otra época de la historia humana. Incluso hoy, somos testigos de las tragedias que ocurren en Liberia; en Israel y sus vecinos; en Bosnia, Albania y Serbia; en Irlanda; en Irak; y en muchas otras regiones del mundo. La civilidad y el respeto mutuo son desconocidos entre personas que han sido criadas para odiar y despreciar a los demás.

Mucho más cerca de nuestros hogares, la civilidad parece estar desapareciendo. Basta observar el reciente crecimiento de las pandillas en este país. Sus miembros no muestran respeto por sus enemigos y muy poco respeto por la vida. Dañan hermosos muros y edificios con horribles grafitis, y evidentemente solo piensan en sí mismos. El crimen es, esencialmente, una ausencia de civilidad. Un estudio patrocinado por el Instituto Nacional de Justicia concluyó que el crimen les cuesta a los estadounidenses al menos 450 mil millones de dólares al año. Es difícil comprender una cifra de tal magnitud. El presupuesto del Departamento de Defensa en 1995 fue de 252 mil millones de dólares; por lo tanto, el costo del crimen equivale prácticamente al doble de lo que gastamos para defender nuestra nación.

Es espantoso. Es alarmante. Y, al final de cuentas, ese costo puede atribuirse casi por completo a la codicia humana, a las pasiones desenfrenadas y a una total indiferencia por los derechos de los demás; en otras palabras, a una falta de civilidad. Como ha dicho un escritor: “La gente podría pensar que una comunidad civilizada es aquella en la que existe una cultura refinada. No necesariamente; ante todo, es una comunidad en la que la mayoría de las personas dominan sus instintos egoístas en favor del bienestar común”.

Este escritor continuó: “En los últimos años, los medios de comunicación han elevado la grosería a la categoría de arte. Los héroes modernos y ‘atractivos’ de las películas lanzan insultos gratuitos para ridiculizar y menospreciar a cualquiera que se interponga en su camino. Los malos modales, al parecer, se han convertido en un producto comercializable. Las comedias de situación de la televisión se regodean en la vulgaridad, los comediantes basan sus actuaciones en insultar a sus audiencias, y los presentadores de programas de entrevistas se vuelven ricos y famosos gruñendo a quienes llaman por teléfono y hostigando a sus invitados”.

Todo esto habla de cualquier cosa menos de refinamiento. Habla de cualquier cosa menos de cortesía. Habla de cualquier cosa menos de civilidad y tolerancia. Más bien, habla de rudeza, vulgaridad y una total insensibilidad hacia los sentimientos y los derechos de los demás.

Lo mismo sucede con gran parte del lenguaje de nuestros días. En las escuelas y en los lugares de trabajo, el lenguaje ofensivo, vulgar y grosero es común. También esto es una señal de falta de civilidad. El dedo del Señor escribió en las tablas de piedra: “No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano; porque no dará por inocente Jehová al que tomare su nombre en vano” (Éxodo 20:7).

Aquellos que habitualmente toman el nombre de Dios en vano y recurren a un lenguaje vulgar y grosero solo ponen de manifiesto la pobreza de su vocabulario, una evidente escasez de recursos para expresarse y una deficiencia en su carácter moral. La civilidad invita a hablar, conversar y comunicarse de manera eficaz. Es un gran activo, tanto personal como profesionalmente. Hay pocas cosas más agradables que participar en una conversación con personas inteligentes y alegres que tienen algo que decir, cuyo diálogo es ingenioso, brillante y está marcado no solo por el buen humor, sino también por reflexiones profundas sobre temas serios e importantes. En una conversación así nunca es necesario —de hecho, sería ofensivo— profanar el nombre de la Deidad o utilizar lenguaje vulgar o lascivo de cualquier clase. Hay suficiente humor en el mundo sin recurrir a chistes obscenos ni a expresiones groseras.

Nunca olvidaré regresar a casa de la escuela un día cuando estaba en primer grado. Arrojé mis libros sobre la mesa y tomé el nombre del Señor en vano para expresar mi alivio porque las clases habían terminado por ese día. Mi madre me oyó y quedó horrorizada. Sin decir una palabra, me tomó de la mano y me llevó

al baño. Sacó una toallita limpia y una barra de jabón, me dijo que abriera la boca y procedió a lavármela con aquel horrible jabón. Lloré y protesté. Ella continuó durante lo que me pareció mucho tiempo, y luego dijo: “No quiero volver a escuchar jamás esas palabras salir de tus labios”.

El sabor era terrible. La reprimenda fue peor. Nunca lo he olvidado. ¿Cómo puede alguien profanar el nombre de Dios y luego arrodillarse ante Él en oración? La blasfemia nos separa de Aquel que tiene el poder supremo para ayudarnos. La blasfemia hiere el espíritu y degrada el alma.

El lenguaje descuidado y las costumbres descuidadas suelen ir de la mano. Quienes son verdaderamente educados han aprendido más que las ciencias, las humanidades, el derecho, la ingeniería y las artes. Llevan consigo una cierta elegancia que los distingue como personas que aman las mejores cualidades de la vida, la cultura que añade brillo al mundo cotidiano del que forman parte, una pátina que proyecta un suave resplandor sobre lo que, de otro modo, podría ser metal ordinario.

Dijo el Salvador a la multitud: “Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal pierde su sabor, ¿con qué será salada? No sirve más para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres” (Mateo 5:13).

La civilidad, sostengo yo, es lo que da sabor a nuestra vida. Es la sal que habla de buen gusto, buenos modales y buena educación. Se convierte en una expresión de la Regla de Oro: “Así que, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos” (Mateo 7:12).

La civilidad abarca una multitud de aspectos relacionados con la manera en que un ser humano se relaciona con otro mediante la bondad y la amabilidad básicas. La civilidad requiere que nos refrenemos y nos controlemos a nosotros mismos y, al mismo tiempo, que actuemos con respeto hacia los demás.

George Washington, quien era conocido en su juventud por su mal genio, comenzó el proceso de dominar sus pasiones copiando en un cuaderno personal una versión traducida de un libro francés de etiqueta que databa del siglo XVI. Este libro contenía 110 reglas o medidas de civilidad, que incluían normas como las siguientes:

Toda acción en compañía debe realizarse con alguna muestra de respeto hacia los presentes.

No te muestres alegre ante la desgracia de otro, aunque sea tu enemigo.

No intentes enseñar a tu igual el arte que él mismo profesa; eso tiene sabor a arrogancia.

No te burles ni bromees sobre asuntos importantes; evita las bromas hirientes o mordaces; y si expresas algo ingenioso o agradable, abstente de reírte tú mismo de ello.

No uses lenguaje ofensivo contra nadie, ni maldiciones ni insultos.

La civilidad es la raíz de la palabra civilización. Lleva consigo la esencia de la cortesía, la educación y la consideración hacia los demás. ¡Cuánto de ella hemos perdido en nuestra sociedad contemporánea! Toda la educación y los logros del mundo valen muy poco si no van acompañados de señales de gentileza, de respeto por los demás, de hacer un esfuerzo adicional, de servir como un buen samaritano, de ser hombres y mujeres que miran más allá de sus propios intereses egoístas para buscar el bien de otros. Solo al hacerlo encontraremos satisfacción. En cierto sentido, realmente es una “jungla allá afuera”. La ausencia de civilidad crea esa jungla. No importa el grado de nuestra educación, ni nuestros logros en la ciencia, los negocios, las profesiones o cualquier otro campo; si falta esa otra dimensión de la que he hablado, careceremos de lo más valioso. Nos faltará esa cualidad divina de extendernos hacia nuestros semejantes con respeto y bondad, con cortesía, aprecio y madurez, mientras compartimos con ellos este viaje por el planeta Tierra.

No estoy sugiriendo que seamos blandos o dóciles. Admiro el entusiasmo e incluso la firmeza en la búsqueda de objetivos dignos. Pero también espero que seamos entusiastas y decididos al tender la mano para elevar, ayudar y alentar a aquellos cuyas vidas podemos tocar de manera positiva. Una vez alquilé una casa a un estudiante de posgrado del Medio Oeste que trabajaba en un doctorado en física bajo la dirección de un célebre profesor de la Universidad de Utah. Este estudiante me dijo acerca de su asesor académico:

“Es el maestro más extraordinario que he conocido. Posee un sentido de caridad unido a una expectativa de excelencia. No permite que un estudiante fracase.

“Cuando tiene un estudiante que atraviesa dificultades, asigna a un alumno de calificación sobresaliente para que trabaje con él. Como resultado, quien estaba tropezando llega a comprender y a dominar la materia. Y quien sirve gratuitamente como tutor adquiere un mejor conocimiento de la asignatura y desarrolla un maravilloso sentido de servicio y bondad hacia los demás”.

Esta es la esencia de la civilidad: extender, sin esperar recompensa, una mano de ayuda o de apoyo a quienes la necesitan; buscar diligentemente maneras de fortalecer a aquellos que puedan tener menos que nosotros.

¡Qué época tan extraordinaria y emocionante es esta en la que vivimos! Durante mi vida se han realizado más descubrimientos científicos que en todos los siglos anteriores de la historia del mundo. La mayoría de los grandes descubrimientos médicos han ocurrido en este tiempo. La poliomielitis, que una vez fue el temor de cada madre durante el verano, prácticamente ha desaparecido. Resulta difícil creerlo. Los medicamentos milagrosos que han salvado millones de vidas; la cirugía a corazón abierto; los trasplantes de órganos: estos y muchos otros procedimientos similares se han vuelto comunes. Incluso la compleja puerta hacia la cura del cáncer parece estar comenzando a abrirse.

Como el “hombre del trapecio volador”, surcamos los cielos hacia las grandes ciudades e incluso hacia las regiones más remotas y aisladas del mundo con la mayor facilidad. Las computadoras han transformado nuestras vidas. El átomo ha sido dominado, para bien o para mal. Las creaciones de la ciencia son interminables y casi demasiado grandes para siquiera soñarlas. Nos facilitan atender nuestras propias necesidades y ayudarnos mutuamente.

Con tales recursos y ventajas a nuestro alcance, mi esperanza es que miremos más allá de nuestras necesidades y vidas inmediatas, y encontremos maneras de hacer contribuciones grandes y significativas a nuestra sociedad. Porque, a pesar de todas las maravillas de esta época, seguimos teniendo los mismos problemas sociales que existían generaciones atrás. Aún hay tanta pobreza y necesidad extrema en el mundo, tanta rebeldía y maldad, tanta inmoralidad y corrupción, tantos hogares rotos y familias destruidas, tantas personas solitarias que viven vidas grises y sin esperanza, tanta aflicción por todas partes.

Romeo, de Shakespeare, declara: “Se burla de las cicatrices quien nunca ha sentido una herida”. Hay miles de personas que cuidan heridas y llevan cicatrices causadas por los golpes de la vida. Por esta razón, hago un llamado a que, junto con todo lo que adquiramos, también demos para hacer del mundo un lugar un poco mejor.

Muchas personas alrededor del mundo están dando ejemplos magníficos de la diferencia que una sola persona puede lograr cuando se dedica a mejorar el bienestar de los demás. En Filipinas, un competente médico estadounidense, durante su tiempo libre, reunió a médicos filipinos a su alrededor y les enseñó la cirugía reconstructiva que corrige los paladares hendidos y las deformidades faciales de muchos niños. Las vidas de esos niños han cambiado de manera dramática y maravillosa al salir del quirófano convertidos en muchachos y muchachas de renovada belleza y confianza. Este médico ha ampliado enormemente sus esfuerzos e involucrado a muchas otras personas en varios países.

Estaba un día en el aeropuerto de Dallas, esperando un avión, cuando un hombre se acercó a mí y se presentó. Era un médico que viajaba rumbo a Centroamérica. Cada año va allí durante un mes para realizar, sin cobrar honorarios, numerosas operaciones destinadas a ayudar a quienes estarían completamente indefensos sin la clase de asistencia que él puede brindar.

Los hombres y mujeres verdaderamente grandes deciden dedicar una parte de su vida y de su tiempo a quienes se encuentran en aflicción. Las manos serviciales pueden sacar a alguien del fango de la dificultad. Las voces firmes pueden proporcionar ánimo a quienes de otro modo simplemente se rendirían. Las habilidades pueden transformar, de una manera extraordinaria y maravillosa, la vida de aquellos que están necesitados. No basta con que cualquiera de nosotros consiga un empleo y trabaje febrilmente para producir ingresos que conduzcan únicamente a la comodidad personal. Tal vez obtengamos alguna recompensa de todo ello, pero no alcanzaremos la satisfacción suprema. Cuando servimos a los demás, servimos mejor a nuestro Dios.

En términos generales, las personas más miserables que conozco son aquellas obsesionadas consigo mismas. En gran medida, si nos quejamos de la vida, es porque pensamos únicamente en nosotros mismos. Durante muchos años, hubo un letrero en la pared de una zapatería que yo frecuentaba y que decía:

“Me quejaba porque no tenía zapatos, hasta que vi a un hombre que no tenía pies”. La medicina más eficaz para la enfermedad de la autocompasión es perdernos en el servicio a los demás. El mejor antídoto que conozco para la preocupación es el trabajo. La mejor cura para el cansancio es el desafío de ayudar a alguien que está aún más cansado. Una de las grandes ironías de la vida es esta: quien sirve casi siempre recibe más beneficio que aquel a quien se sirve.

Las manos fuertes y las voluntades decididas pueden mejorar el mundo y la condición de sus habitantes. Tengo un amigo, un abogado muy exitoso en Seattle, cuya esposa le dijo poco después de casarse: “Dediquemos una cuarta parte de nuestro tiempo, por el resto de nuestras vidas, al mejoramiento del mundo y a la bendición de sus habitantes”. Cumplieron esa promesa. Su esposa falleció, pero mi amigo sigue siendo reconocido por las maravillas que ha realizado en el noroeste de los Estados Unidos. Su liderazgo ha atraído a otros para trabajar con él en la limpieza de las aguas de la zona de Seattle, en la preservación de los grandes bosques del noroeste y en la construcción de un hermoso nuevo centro cívico edificado sobre una autopista y que aprovecha el espacio aéreo sobre ella. Ahora está envejeciendo. No será recordado por los casos que defendió brillantemente en los tribunales. Será recordado por los grandes proyectos y la ayuda humanitaria que emprendió y llevó a feliz término para su comunidad y para su gente.

Durante un viaje a Filipinas, me encontré con un matrimonio al que no había visto en años. El clima era sofocantemente caluroso, como siempre lo es en Bacólod, centro de la que alguna vez fue una próspera industria azucarera filipina. Pero allí estaban mi amigo y su esposa. Cuando les pregunté qué estaban haciendo allí, respondieron que habían ido para ayudar a la gente. Cuando les pregunté acerca de sus condiciones de vida, respondieron que vivían en una pequeña casa en una de las muchas islas de Filipinas. No pude evitar pensar en la última vez que los había visto. Vivían en una hermosa residencia en Scarsdale, Nueva York. Él era un químico ampliamente reconocido y honrado que trabajaba para una de las compañías multinacionales con sede en Nueva York. Se le atribuía el descubrimiento de los ingredientes químicos de un producto que ahora se vende en todo el mundo. Recibía una excelente remuneración y gozaba de gran prestigio. Pero él y su esposa se habían jubilado, habían vendido su propiedad, habían dado a sus hijos los muebles que deseaban y habían donado el resto a otras personas, poniéndose

a disposición para servir entre los menos afortunados. Habían llegado a Filipinas para aliviar el sufrimiento de la gente, para brindar ánimo y fortaleza, esperanza y fe. Estaban allí para sanar heridas de contención y cuidar de quienes tenían cuerpos enfermos y mentes frustradas. Vivían humildemente entre los pobres, al nivel de la gente, pero erguidos y firmes para levantar a otros con manos fuertes.

Aprendí una gran lección aquel día, observando a mis buenos amigos mientras se movían entre un pueblo al que habían llegado a amar. A la larga, no será suficiente para nadie que desee un sentido de realización y propósito ser un abogado competente, un médico, un arquitecto hábil, un ingeniero eficiente o cualquier otra cosa. Necesitamos otra dimensión en nuestra vida, una necesidad imperiosa y un impulso interior que nos permita sentir que, de alguna manera y en algún lugar, hemos marcado una diferencia; que nuestra vida ha tenido importancia.

No basta simplemente con ser buenos. Debemos ser buenos para algo. Debemos aportar bondad al mundo. El mundo debe ser un lugar mejor por nuestra presencia. Y el bien que hay en nosotros debe difundirse a los demás. Esta es la medida de nuestra civilidad.

No supongo que muchos de nosotros seremos recordados dentro de mil años. Pero en este mundo tan lleno de problemas, tan constantemente amenazado por desafíos oscuros y malignos, podemos y debemos elevarnos por encima de la mediocridad y de la indiferencia. Podemos involucrarnos y alzar una voz firme en favor de lo que es correcto y bueno, y podemos aportar nuestros esfuerzos y nuestros recursos para ayudar a quienes han sido cargados con limitaciones y pesadas cargas.

Wendell Phillips hizo una vez esta significativa observación: “¡Con cuánta prudencia la mayoría de los hombres se deslizan hacia tumbas sin nombre, mientras que de vez en cuando uno o dos se olvidan de sí mismos hasta alcanzar la inmortalidad!”. James Russell Lowell, en *La Visión de Sir Launfal*, escribió:

*“Quien se entrega a sí mismo junto con su limosna alimenta a tres:  
a sí mismo, a su vecino hambriento y a Mí”.*

Preocuparnos por los demás, ver más allá de nuestras propias necesidades y comodidades, cultivar la bondad y la amabilidad hacia otras personas en todas

las situaciones y circunstancias de la vida: estas son la esencia misma de la civilidad, una virtud digna de admiración, una virtud digna de adquirirse.

## **El Aprendizaje: “Con Todo lo que Adquieras, Adquiere Entendimiento”**

*No importa cuán viejos lleguemos a ser, podemos adquirir conocimiento y utilizarlo. Podemos obtener sabiduría y beneficiarnos de ella. Podemos crecer, progresar y mejorar; y, en el proceso, fortalecer la vida de aquellos que se encuentran dentro de nuestro círculo de influencia.*

---

Me encanta aprender. Disfruto cualquier oportunidad de adquirir conocimiento. De hecho, creo en la educación y la he apoyado vigorosamente durante toda mi vida, tanto para mí como para los demás. Tuve la oportunidad de obtener una educación universitaria durante la Gran Depresión, y desde entonces nunca me he sentido satisfecho en mi búsqueda del conocimiento. Desde mi punto de vista, el aprendizaje es tanto un asunto práctico como espiritual.

Reducida a su definición más simple, la educación es el entrenamiento de la mente y del cuerpo. La educación es el gran proceso de transformación mediante el cual el conocimiento abstracto se convierte en actividad útil y productiva. Es algo que nunca tiene por qué detenerse. No importa cuán viejos lleguemos a ser, podemos adquirir conocimiento y utilizarlo. Podemos obtener sabiduría y beneficiarnos de ella. Podemos crecer, progresar y mejorar; y, en el proceso, fortalecer la vida de aquellos que se encuentran dentro de nuestro círculo de influencia. Podemos enriquecer nuestras vidas de manera extraordinaria mediante el milagro de la lectura y la exposición a las artes. Cuanto más envejeczo, más disfruto las palabras de escritores reflexivos, tanto antiguos como modernos. Saboreo aquello que ellos aprendieron, procesaron y registraron para que otros pudieran leerlo.

Creo que la gloria de Dios es la inteligencia, y que el Todopoderoso se complace en nuestros esfuerzos por mejorar, enriquecer y desarrollar nuestra mente. Vivimos en un mundo donde el conocimiento se expande a un ritmo cada vez más acelerado. Debemos aprender a beber profundamente de este fenomenal depósito de sabiduría y experiencia humana. Permítanme ser tan audaz como para sugerir que demasiadas personas pasan demasiado tiempo hipnotizadas por la trivialidad sin sentido que con demasiada frecuencia invade las ondas de la televisión, los videos y otras formas de medios electrónicos. ¡Qué contraste tan grande, tan refrescante y liberador, representa leer la gran literatura de todas las épocas o la palabra de Dios registrada en los sagrados libros de las Escrituras!

Tengo en la biblioteca de mi hogar una colección de los *Harvard Classics* que originalmente perteneció a mi padre. Aunque no era un hombre de grandes recursos económicos, era una persona educada y reflexiva que otorgaba una alta prioridad al lenguaje y al aprendizaje. Todavía consulto esta colección de cincuenta volúmenes, tal como lo hacía hace más de sesenta años cuando era estudiante universitario. Es un tesoro de literatura imperecedera, una presentación enciclopédica de los grandes pensamientos de hombres y mujeres que, en sus respectivas épocas, lucharon con problemas serios, reflexionaron profundamente, oraron fervientemente y se expresaron de maneras tanto desafiantes como hermosas.

En nuestro hogar también había una habitación a la que llamábamos la biblioteca. Tenía una mesa sólida y una buena lámpara, tres o cuatro cómodas sillas con excelente iluminación y cientos de libros en estanterías que cubrían las paredes. Nunca se nos obligó a leer, pero los libros estaban colocados de manera accesible para que pudiéramos tomarlos cuando quisiéramos. También había revistas, libros sobre temas técnicos, diccionarios, Escrituras y atlas. En aquella habitación reinaba el silencio. Se entendía que era un lugar para leer, estudiar y escribir, para reflexionar y meditar.

Por supuesto, en aquella época no había televisión. La radio apareció mientras yo crecía. Pero mis padres crearon dentro de nuestro hogar un ambiente de aprendizaje, y dejaron claro —más por sus acciones y prioridades que por cualquier cosa que dijeran— que valoraban la educación. Crecí creyendo que era deseable estar informado, recibir educación y aumentar la comprensión sobre el mundo y sus pueblos. No quisiera que nadie pensara que éramos

eruditos, porque no lo éramos. Pero estuvimos expuestos a una gran literatura y a grandes ideas provenientes de grandes pensadores.

A esa temprana edad, quizá sin darme cuenta en aquel momento, llegué a creer que nunca debemos dejar de aprender. Cuanto más aprendemos, más capacidad tenemos para seguir aprendiendo. Exhorto a los padres de todas partes a hacer un esfuerzo decidido por crear y cultivar dentro de sus hogares una atmósfera de aprendizaje y del crecimiento que surge de ella.

Los niños que están expuestos a los libros desde una edad temprana disfrutan de ventajas académicas durante toda su vida. Los padres que no leen a sus hijos pequeños les hacen un perjuicio tanto a ellos como a sí mismos. Esto requiere tiempo, sí, mucho tiempo. Requiere autodisciplina y planificación. Requiere organizar y administrar los minutos y las horas de cada día. Pero nunca resulta aburrido observar cómo las mentes jóvenes llegan a conocer personajes, expresiones e ideas. La buena lectura puede convertirse en una historia de amor, mucho más fructífera en sus efectos a largo plazo que muchas otras actividades a las que los niños dedican su tiempo. Se ha estimado que el niño promedio en los Estados Unidos ve cerca de ocho mil horas de televisión antes siquiera de comenzar la escuela. ¡Qué diferencia podría producirse, qué influencia podría ejercerse en los hogares de este país, si los padres trabajaran en crear un ambiente de aprendizaje y educación en el hogar, de modo que los niños fueran expuestos desde temprana edad a pensamientos, conceptos y actitudes que los edificaran y motivaran para el bien durante toda su vida!

Dijo Salomón: “Con todo lo que adquieras, adquire entendimiento” (Proverbios 4:7). Dentro de las buenas bibliotecas tenemos a nuestra disposición la sabiduría, el conocimiento y el aprendizaje de todas las generaciones que nos han precedido. Nunca antes la difusión de la información se había realizado con tanta facilidad y fluidez.

Internet ha abierto un vasto depósito de información para casi cualquier persona que posea una computadora.

Un hombre que se veía sometido a una gran presión debido a las exigencias de sus diversas responsabilidades me dijo no hace mucho: “¡Oh, si tan solo tuviera tiempo para leer un buen libro, y un libro de mi propia elección!”. Seguramente todos podemos encontrar la manera de incorporar a nuestra vida diaria un hábito regular de estudio, una oportunidad constante para crecer, absorber

conocimientos y aprender de los grandes escritores del mundo. No estoy sugiriendo que debamos convertirnos en genios. La mayoría de nosotros nunca entraremos en esa categoría. Pero he llegado a la conclusión de que el trabajo del mundo es realizado, en esencia, por personas comunes que han aprendido a trabajar de una manera extraordinaria. Lo llevan a cabo aquellos que han tenido la sensatez de aprender de quienes les precedieron. No es necesario ser un genio para progresar. No es necesario ser brillante para marcar una diferencia en este mundo, para extender la mano y ayudar, servir y dirigir a los demás. Ese servicio, esa inspiración y ese liderazgo dedicado a menudo provienen de quienes conocen bien la historia del mundo y, por lo tanto, poseen una base personal de conocimientos de la cual pueden extraer sabiduría.

El proceso de aprendizaje es interminable. Debemos leer, debemos observar, debemos asimilar y debemos reflexionar sobre aquello a lo que exponemos nuestra mente. Creo en la evolución de la mente, del corazón y del alma de la humanidad. Creo en la mejora. Creo en el crecimiento. Hay pocas cosas tan estimulantes como ser capaz de evaluar y luego resolver un problema difícil, enfrentarse a algo que parece casi imposible de solucionar y finalmente encontrar una respuesta.

Por tales razones, y porque el ritmo y la complejidad de la vida lo exigen, no podemos permitirnos dejar de aprender, crecer y progresar. No debemos detener nuestro desarrollo personal, un desarrollo que es emocional y espiritual además de intelectual. Hay tanto que aprender y tan poco tiempo para hacerlo. Confieso que constantemente me asombra la limitación de mis conocimientos, y la única frustración que conservo tiene que ver con las muchas exigencias apremiantes que reducen las oportunidades de lectura. Sin embargo, cada uno de nosotros, ya tenga treinta o noventa años, puede seguir creciendo. Cada uno de nosotros, independientemente de sus limitaciones o circunstancias, puede encontrar una manera de estudiar y progresar. Nuestra diligencia al hacerlo hará que los años pasen más rápido de lo que desearíamos, pero estarán llenos de un entusiasmo dulce y maravilloso que añadirá sabor a la vida y fortalecerá nuestra influencia personal, así como nuestra capacidad para enseñar y dirigir.

Muchos de los acontecimientos que ocurren a nuestro alrededor nos recuerdan constantemente que existen motivos de preocupación en nuestra nación. Resulta impactante leer, por ejemplo, que el analfabetismo está aumentando.

Es casi inconcebible que, en una sociedad tan abundante, muchos adultos no sepan leer. Un estudio publicado en el *New York Times* bajo el titular “Un estudio afirma que la mitad de los adultos en Estados Unidos carecen de habilidades de lectura y matemáticas” ofreció algunas estadísticas preocupantes basadas en una investigación realizada con más de 6.000 estadounidenses mayores de quince años:

Casi la mitad de los 191 millones de ciudadanos adultos de la nación no dominan suficientemente el inglés como para escribir una carta sobre un error de facturación o calcular la duración de un viaje en autobús utilizando un horario publicado, según un estudio federal de cuatro años. El estudio, dado a conocer ayer por el Departamento de Educación, presentó un sombrío panorama estadístico de la alfabetización nacional. . . . Las empresas estiman que pierden entre 25.000 y 30.000 millones de dólares al año en todo el país debido a la disminución de la productividad, errores y accidentes atribuibles a una deficiente alfabetización.

Una de las razones de esta situación radica en la manera en que tantas personas —y particularmente tantos jóvenes y adultos jóvenes— emplean gran parte de su tiempo. Lamento profundamente el desperdicio de los recursos intelectuales de tantas personas en esta nación.

Un exeditor del *Chicago Tribune* escribió:

“¿Cuál es el misterio. . . de una sociedad que tiene los modales de una banda de rock, la moral de una telenovela, la capacidad de tomar decisiones de los Simpson y que quiere pagar con Visa y American Express? ¿Por qué deberíamos sorprendernos de que nuestra cultura subyacente esté construida sobre el mundo de la televisión comercial, basado en los índices de audiencia, en dar a la gente lo que quiere, controlado por control remoto y orientado a la gratificación instantánea?”

C. S. Lewis escribió:

“Hemos vivido para ver la segunda muerte del aprendizaje clásico. En nuestro tiempo, algo que una vez fue patrimonio de todos los hombres educados se ha reducido a ser el logro técnico de unos pocos especialistas. . . . Si uno buscara a un hombre que no pudiera leer a Virgilio aunque su padre sí pudiera, sería más fácil encontrarlo en el siglo veinte que en el quinto.”

Nuestro mundo necesita corregirse. Necesita liderazgo. Necesita esclarecimiento. Necesita personas capaces de analizar los problemas y sugerir soluciones, personas que puedan recurrir al pasado para tomar decisiones inteligentes para el futuro, personas que comprendan las consecuencias de ciertos tipos de acciones, personas que aprecien plenamente la relación entre la virtud, la moralidad, la integridad y el tejido mismo de la sociedad. Georg Wilhelm Friedrich Hegel hizo una vez una declaración en el sentido de que quienes no leen la historia están condenados a repetirla. ¡Qué pensamiento tan aleccionador! Por inconcebible que pudiera parecer imaginar que las atrocidades de la Alemania de Hitler pudieran repetirse alguna vez, hemos presenciado en el mundo actual intentos de “limpieza étnica”.

Ninguno de nosotros puede asumir que ya ha aprendido lo suficiente. He vivido lo suficiente para decir con certeza que, cuando una etapa de la vida llega a su fin, otra comienza. Por lo tanto, nos corresponde y es nuestro deber crecer constantemente hacia la eternidad en una búsqueda incesante de la verdad. Y mientras buscamos la verdad, procuremos también buscar lo bueno, lo bello y lo positivo.

El otro día observé con admiración, e incluso con cierto cariño, un Ford Modelo T de 1916. Me trajo a la memoria innumerables recuerdos de mi infancia, pues un vehículo como ese fue el primer automóvil que tuvo nuestra familia. Era algo completamente maravilloso cuando éramos niños. La generación actual prácticamente no sabe nada de estos automóviles. Solo se ven en el Smithsonian y en los libros de historia. No tenían batería; la fuente de electricidad era un magneto. Por la noche, la intensidad de los faros dependía de la velocidad del motor. Si el motor funcionaba a gran velocidad, las luces brillaban intensamente. Si el motor disminuía su velocidad, las luces adquirían un tono amarillento y débil.

Es igual con nuestra mente. Si la mantenemos afilada mediante la buena literatura y el entretenimiento edificante, si nos interesamos constantemente por aprender cosas nuevas y adquirir nuevas habilidades, el desarrollo personal es inevitable y la luz de nuestra personalidad y nuestro carácter brillará cada vez con mayor intensidad. Si, por el contrario, la alimentamos con la banalidad de programas mediocres y literatura barata y de mala calidad, se empobrecerá en gran manera.

El Dr. Joshua Liebman observó una vez:

“Lo grandioso es que, mientras vivamos, tenemos el privilegio de crecer. Podemos aprender nuevas habilidades, dedicarnos a nuevas clases de trabajo, consagrarnos a nuevas causas y hacer nuevos amigos. Aceptando, entonces, la verdad de que somos capaces en algunas áreas y limitados en otras, que el genio es raro y que la mediocridad es la condición de la mayoría de nosotros, recordemos que podemos y debemos cambiarnos a nosotros mismos. Hasta el día de nuestra muerte podemos crecer. Podemos aprovechar recursos ocultos que existen en nuestra naturaleza”.

Vivimos en un mundo que posee ventajas extraordinarias. Nos beneficiamos de avances maravillosos realizados en períodos tan cortos de tiempo que corremos constantemente el peligro de dar por sentadas las comodidades que nos rodean. Por ejemplo, para nosotros es algo sencillo conducir de un punto A a un punto B. Pero pensemos por un momento en los complejos procesos involucrados en el desarrollo, la fabricación y la venta de nuestro automóvil; en el diseño y la construcción de la carretera por la que decidimos viajar; en la disponibilidad del combustible, refinado a partir de petróleo que muy probablemente fue extraído de las profundidades de la tierra en algún lugar distante; y en los miles de otros detalles que hacen posible un simple trayecto de un lugar a otro. Pensemos también por un momento en la extraordinaria tecnología detrás de los tejidos de nuestra ropa, del papel sobre el cual escribimos, de las casas en las que vivimos y de las computadoras que ahora nos conectan de manera electrónica e inmediata con el resto del mundo. Estas y otras innumerables cosas que hacen posible y cómoda nuestra vida están basadas en la información, el conocimiento y el aprendizaje. La educación es la columna vertebral de nuestra sociedad, del mundo del comercio y las finanzas, de la medicina, del derecho, de la arquitectura, de la música y del arte.

Hace algunos años estuve junto a la cama de un amigo, un hombre fuerte y apuesto que había sido víctima de la poliomielitis. Incapaz de respirar por sí mismo, yacía dentro de un enorme pulmón de acero que, de manera ruidosa y mecánica, respiraba por él. Pero, a pesar de todos los esfuerzos realizados en su favor, su cuerpo se fue consumiendo y, mientras su amada esposa e hijos observaban su lucha, se debilitó cada vez más hasta que finalmente murió. Sus nietos, a quienes también conozco, hoy están protegidos de una enfermedad y una muerte tan aterradoras gracias a una simple gota de vacuna. Ese gigantesco paso en la conquista de las enfermedades, así como muchos otros

de igual valor, surgió del conocimiento, de la información y de su inspirada aplicación.

Recuerdo a un científico, un célebre químico, que habló acerca del desafío de aprender continuamente. Dijo que el día en que recibió su doctorado en química pensó que lo sabía todo. Pero ahora, cada año, se publica en su campo suficiente literatura nueva como para igualar en volumen una edición completa de la *Enciclopedia Británica*.

Nunca ha existido una necesidad más urgente de enormes cantidades de información para mantener funcionando y avanzando la maquinaria de nuestra sociedad. Brigham Young, cuyo nombre lleva la universidad propiedad de la Iglesia más grande de los Estados Unidos, dijo lo siguiente acerca de la aplicación de ese conocimiento:

“No ha existido jamás una mente ingeniosa que haya inventado algo beneficioso para la familia humana sin haberlo obtenido de la única Fuente, lo sepa o lo crea o no. Existe una sola Fuente de la cual los hombres obtienen sabiduría, y esa Fuente es Dios, la Fuente de toda sabiduría; y aunque los hombres afirmen hacer sus descubrimientos por su propia sabiduría, mediante la meditación y la reflexión, están en deuda con nuestro Padre Celestial por todo ello”.

Cada día somos más conscientes de que la vida es más que ciencia y matemáticas, más que historia y literatura. Existe la necesidad de otra educación, sin la cual la sustancia de nuestro aprendizaje secular podría conducirnos únicamente a nuestra destrucción. Me refiero a la educación del corazón, de la conciencia, del carácter y del espíritu: esos aspectos indefinibles de nuestra personalidad y carácter que determinan con tanta certeza lo que somos y lo que hacemos en nuestras relaciones con los demás. No olvidemos que “el temor de Jehová es el principio de la sabiduría” (Proverbios 9:10), y que podemos aprender tanto mediante el estudio como mediante la fe en el Todopoderoso. De hecho, la educación de nuestro espíritu es tan importante como la educación de nuestra mente, si no más importante.

El año 1979 marcó el centenario de la luz eléctrica. Por profunda que sea la influencia de esa luz, existe otra luz que cada uno de nosotros conoce y tiene a su alcance. Si la cultivamos, puede llegar a ejercer una influencia aún mayor en nuestra vida. El principio es este: aquello que proviene de Dios es luz, y la

persona que recibe e invita esa luz a entrar en su vida recibirá más luz. Es así de sencillo. Es así de profundo.

En el Sermón del Monte, el Salvador declaró que una ciudad asentada sobre un monte no puede esconderse. Luego enseñó que las personas no encienden una vela para ponerla debajo de un almud. Por el contrario, la colocan sobre un candelero para que alumbre a todos los presentes. Entonces lanzó este profundo desafío, uno que tiene el poder de cambiar literalmente el mundo: “Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mateo 5:14–16).

No basta simplemente con vivir, con sobrevivir. Cada uno de nosotros tiene la responsabilidad de prepararse para hacer algo valioso en la sociedad: adquirir cada vez más luz, para que nuestra luz personal pueda ayudar a iluminar un mundo oscurecido. Y esto es posible mediante el aprendizaje, mediante nuestra educación, mediante el progreso y el crecimiento tanto de la mente como del espíritu.

## Las Virtudes Gemelas del Perdón y la Misericordia

*El odio siempre fracasa y la amargura siempre destruye. ¿Existen virtudes más necesitadas de aplicación en nuestros días, una época marcada por litigios y acalorados enfrentamientos, que las de perdonar, olvidar y extender misericordia a quienes puedan habernos agraviado o decepcionado?*

---

Tenemos mucho por lo cual estar agradecidos: las comodidades de nuestra sociedad moderna, las sofisticadas comunicaciones globales que nos permiten un acceso fácil al mundo entero y el privilegio de vivir en una tierra libre y próspera. Como personas agradecidas, nos corresponde tender la mano con un espíritu de perdón y misericordia, y con una actitud de amor y compasión hacia todos, particularmente hacia aquellos que sentimos que nos han hecho daño.

Necesitamos perdón, misericordia y compasión. Todo el mundo los necesita, porque son la esencia misma de la bondad. Necesitamos estas cualidades en los hogares donde pequeños malentendidos crecen hasta convertirse en montañas de discusiones, y donde padres e hijos a veces se aferran a antiguos agravios durante años e incluso durante toda una vida. Las necesitamos entre vecinos cuyas diferencias insignificantes conducen a una amargura interminable. Las necesitamos entre socios y compañeros de negocios que discuten y se niegan a llegar a acuerdos o a perdonar cuando, en la mayoría de los casos, la disposición a sentarse juntos, ejercer compasión y hablar con calma unos con otros podría resolver el asunto para bendición de todos. Con demasiada frecuencia, demasiadas personas pasan sus días culpando a otros, alimentando resentimientos y planeando represalias.

Guy de Maupassant, el escritor francés, relata la historia de un campesino llamado Hauchecome que acudió al pueblo en día de mercado. Mientras caminaba por la plaza pública, vio un trozo de cuerda tirado sobre los adoquines. Lo recogió y se lo guardó en el bolsillo. Sus acciones fueron

observadas por el talabartero del pueblo, con quien anteriormente había tenido una disputa.

Más tarde ese mismo día se informó de la pérdida de una cartera. Hauchecome fue arrestado por acusación del talabartero. Fue llevado ante el alcalde, ante quien protestó su inocencia, mostrando el trozo de cuerda que había recogido. Pero no le creyeron y se burlaron de él.

Al día siguiente se encontró la cartera y Hauchecome fue absuelto de toda culpa. Sin embargo, resentido por la humillación que había sufrido a causa de una falsa acusación, se llenó de amargura y no permitió que el asunto muriera. Incapaz de perdonar y olvidar, pensaba y hablaba de poco más. Descuidó su granja. Dondequiera que iba, a toda persona que encontraba tenía que contarle la injusticia que había sufrido. De día y de noche meditaba en ello. Obsesionado con su agravio, enfermó gravemente y murió. En el delirio de su agonía repetía una y otra vez: “Un trozo de cuerda, un trozo de cuerda”.

Con variaciones en los personajes y las circunstancias, esa historia se repite muchas veces en nuestros días. ¡Qué difícil parece perdonar a quienes nos han herido! Tenemos la tendencia a meditar constantemente en el mal que se nos ha hecho, y esa obsesión se convierte en un cáncer corrosivo y destructivo. ¿Existen virtudes más necesitadas de aplicación en nuestros días, una época marcada por litigios y acalorados enfrentamientos, que las de perdonar, olvidar y extender misericordia a quienes puedan habernos agraviado o decepcionado?

Hay quienes considerarían estas virtudes como señales de debilidad. Pero no se requiere ni fuerza ni inteligencia para consumirse con ira por las ofensas sufridas, atravesar la vida con un espíritu vengativo, desperdiciar las propias capacidades planeando represalias o insistir en un agravio cuando otra persona está “caída”. No hay genialidad ni paz en alimentar un resentimiento. Sin duda habrá escuchado la ingeniosa frase, a menudo dicha en broma: “Yo no me enojo, simplemente me desquito”. Aunque la expresión provoque una sonrisa, no tiene nada de graciosa, porque fomenta un espíritu de represalia y competencia, en lugar de conciliación, cooperación y amistad.

Pablo habla de “los débiles y pobres rudimentos” de nuestra vida (Gálatas 4:9). ¿Hay algo más débil o miserable que la disposición de desgastar la propia vida en una interminable ronda de pensamientos amargos y planes de venganza?

Hay gran sabiduría y dominio propio en volver la otra mejilla y, en el proceso, procurar vencer el mal con el bien. Se cita al general Omar Bradley diciendo:

“Hemos dominado el misterio del átomo y rechazado el Sermón del Monte. ... Vivimos en un mundo de gigantes nucleares y niños éticos. Sabemos más acerca de la guerra que acerca de la paz, más acerca de matar que acerca de vivir”.

Cierto día, una pareja que mantenía una amarga disputa vino a visitarme. Existía resentimiento entre ellos. En otro tiempo, su amor había sido profundo y verdadero, pero cada uno había desarrollado el hábito de hablar de los defectos del otro. Reacios a perdonar las clases de errores que todos cometemos o a olvidarlos y elevarse por encima de ellos con paciencia, se habían criticado mutuamente hasta que el amor que una vez conocieron quedó sofocado. Se convirtió en cenizas con el decreto de un divorcio “sin culpa”, y ahora cada uno de ellos solo tiene soledad y recriminaciones. Creo que si hubiera existido siquiera una pequeña medida de arrepentimiento y perdón, todavía estarían juntos, disfrutando de la compañía que había bendecido tan abundantemente sus primeros años.

Aquellos que albergan en su corazón una enemistad venenosa hacia otra persona harían bien en pedir al Todopoderoso la fortaleza para perdonar y extender la mano de la misericordia. El odio siempre fracasa y la amargura siempre destruye. El simple hecho de expresar el deseo de perdonar es parte esencial del arrepentimiento. Puede que no sea fácil, y puede que no llegue rápidamente. Pero cuando se busca con sinceridad y se cultiva con perseverancia, llegará. Y aun cuando la persona perdonada continúe persiguiendo o amenazando, el esfuerzo sincero por lograr una reconciliación trae una paz que de otro modo es inalcanzable. Esa paz será la paz de Aquel que dijo:

“Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; pero si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas” (Mateo 6:14–15).

Todos estamos familiarizados con la amonestación que se encuentra en el Sermón del Monte: “Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen y orad por los que os ultrajan y os

persiguen” (Mateo 5:43–44). Durante ese mismo sermón, el Señor incluyó otra exhortación similar: “Oísteis que fue dicho: Ojo por ojo y diente por diente. Pero yo os digo: No resistáis al que es malo; antes, a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra. ... Y a cualquiera que te obligue a llevar carga por una milla, ve con él dos” (Mateo 5:38–41).

Francamente, la mayoría de nosotros no hemos alcanzado ese nivel de compasión, amor y perdón. No es fácil lograrlo. Requiere una autodisciplina casi mayor de la que somos capaces de ejercer. Requiere la capacidad de desprendernos de nuestro orgullo. La aplicación de este principio del perdón, difícil de vivir pero maravillosa en su poder sanador, tendría un efecto milagroso en nuestros hogares atribulados. El egoísmo es la causa de gran parte de nuestra miseria. Es como una enfermedad corrosiva. El poder sanador de Cristo, que se encuentra en la doctrina de recorrer la segunda milla, haría maravillas para acallar las discusiones y las acusaciones, la crítica y la murmuración. Ese mismo espíritu sanador haría maravillas para curar las enfermedades de nuestra sociedad.

Pocas historias son más hermosas en toda la literatura que la que se encuentra en el capítulo quince de Lucas. Es la historia de un hijo impulsivo y codicioso que exigió su herencia y luego la desperdició en una vida disoluta, rechazó el consejo de su padre y despreció a quienes lo amaban. Cuando lo hubo gastado todo, cuando estaba hambriento y sin amigos, y “volviendo en sí”, regresó a su padre, quien, al verlo de lejos, “corrió, y se echó sobre su cuello, y le besó” (Lucas 15:17, 20).

Todo padre y toda madre deberían leer una y otra vez esa historia del hijo arrepentido y del padre perdonador. Es lo suficientemente amplia para abarcar a cada hogar, y aún más amplia para abarcar a toda la humanidad, porque ¿no somos todos hijos e hijas pródigos que necesitamos arrepentirnos y participar de la misericordia perdonadora del Todopoderoso, para luego seguir Su consejo? ¿No hemos cometido todos errores? ¿No hemos vivido todos, de vez en cuando, por debajo de nuestro potencial? ¿Y no hemos estado también todos en posición de extender una mano de perdón y compañerismo?

Nuestro Redentor extiende hacia nosotros Su perdón y Su misericordia, pero al hacerlo nos manda arrepentirnos de nuestras malas acciones. Un espíritu verdadero y magnánimo de perdón llegará a ser una expresión de ese arrepentimiento requerido.

Muchos de nosotros somos propensos a decir que perdonamos, cuando en realidad no estamos dispuestos a olvidar. Si el Todopoderoso está dispuesto a olvidar los pecados del arrepentido, ¿por qué tantos de nosotros nos inclinamos a sacar a relucir el pasado una y otra vez? He aquí una lección sencilla pero grandiosa que todos necesitamos aprender: no hay verdadero perdón sin olvido.

¿No son hermosas estas palabras de Abraham Lincoln, pronunciadas durante la tragedia de una terrible guerra civil?: “Sin malicia para nadie, con caridad para todos, ... esforcémonos ... por vendar las heridas de la nación”.

Vendemos las heridas; ¡oh, las muchas heridas que han sido causadas por palabras hirientes, por resentimientos cultivados obstinadamente, por planes calculados para “desquitarse” de quienes puedan habernos ofendido! Todos tenemos un poco de ese espíritu de venganza dentro de nosotros. Afortunadamente, también tenemos el poder de elevarnos por encima de él.

La disposición a perdonar es una señal de madurez espiritual y emocional. Es una de las grandes virtudes a las que todos deberíamos aspirar. Imaginemos un mundo lleno de personas dispuestas tanto a pedir disculpas como a aceptarlas. ¿Existe algún problema que no pudiera resolverse entre personas que poseyeran la humildad y la grandeza de espíritu y alma necesarias para hacer una cosa o la otra —o ambas— cuando fuera necesario?

Las virtudes del perdón y la misericordia deben ejercerse frecuentemente juntas. Debido a que vivimos en un mundo donde existe mucha dureza, hostilidad y mezquindad, también existe una gran necesidad de que todos seamos más misericordiosos.

Nunca olvidaré a una joven madre, una madre soltera que había sido abandonada por su esposo. Con habilidades muy limitadas, trataba de ganarse la vida y crear un hogar para sus hijos. Quebrantada y desanimada, dijo con lágrimas en los ojos: “Allá afuera el mundo es duro. Es una selva sin misericordia”. ¡Cuán divina es la cualidad de la misericordia! No puede imponerse por ley. Debe surgir del corazón. Debe brotar desde lo más profundo del ser. Forma parte del don que cada uno de nosotros recibe como hijo o hija de Dios y como participante de una herencia divina. Suplico que todos hagamos un esfuerzo por expresar más ampliamente y dar mayor espacio a este instinto que yace dentro de nosotros. Probablemente llegará el momento, quizás

muchas veces en nuestra vida, en que clamaremos por misericordia de parte de otros. Al igual que ocurre con el perdón, ¿cómo podemos esperarla si nosotros mismos no hemos sido misericordiosos?

Nunca olvidaré haber visto en televisión el juicio sumario de un hombre que había sido un déspota despiadado en una nación de Europa Oriental. En el momento de su mayor necesidad, deseaba misericordia de parte de sus acusadores. No sé nada del sistema judicial bajo el cual él y su esposa fueron juzgados. Solo sé que la audiencia fue breve, la sentencia fue la muerte y la ejecución fue rápida. Había sido acusado de no mostrar misericordia durante largos años de opresión severa e implacable; ahora, en esta hora de amarga culminación, no se le concedió ninguna. Entonces viene a mi mente una parábola:

“Había un hombre rico, que se vestía de púrpura y de lino fino, y hacía cada día banquete con esplendor. Había también un mendigo llamado Lázaro, que estaba echado a la puerta de aquel, lleno de llagas, y ansiaba saciarse de las migajas que caían de la mesa del rico; ... Aconteció que murió el mendigo, y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham; y murió también el rico, y fue sepultado. Y en el Hades alzó sus ojos, estando en tormentos, y vio de lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno. Entonces él, dando voces, dijo: Padre Abraham, ten misericordia de mí, y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua y refresque mi lengua, porque estoy atormentado en esta llama. Pero Abraham le dijo: Hijo, acuérdate de que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro también males; pero ahora este es consolado aquí, y tú atormentado. Además de todo esto, una gran sima está puesta entre nosotros y vosotros, de manera que los que quisieren pasar de aquí a vosotros no pueden, ni de allá pasar acá” (Lucas 16:19–26).

Les ruego que haya un espíritu más fuerte de compasión en todas nuestras relaciones, un elemento más profundo de misericordia, porque si somos misericordiosos obtendremos misericordia del Juez Supremo.

El grado en que somos capaces de extender misericordia es evidencia de nuestro compromiso con Aquel que es nuestro Maestro. Él practicó lo que predicó, pues fue Él quien, mientras colgaba de la cruz en una terrible agonía, clamó: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lucas 23:34).

¡Qué grande es la misericordia! Con frecuencia es silenciosa y modesta. Recibe pocos titulares. Es la antítesis de la venganza y del odio, de la codicia y del egoísmo. La Porcia de Shakespeare la describió de esta manera:

La calidad de la misericordia no es forzada;  
cae como la suave lluvia del cielo  
sobre la tierra que está debajo; es doblemente bendita:  
bendice a quien la da y a quien la recibe.  
... conviene más  
al monarca entronizado que su propia corona;  
su cetro muestra la fuerza del poder temporal, ...  
pero la misericordia está por encima de ese poder del cetro;  
está entronizada en los corazones de los reyes;  
es un atributo del mismo Dios.

Si se cultivara entre todos los hombres y mujeres, la virtud de la misericordia pondría fin a las atrocidades de la guerra. Durante años hemos observado el conflicto en Irlanda del Norte.

Sin duda, quienes han estado más cerca de él y quienes más han sufrido sus consecuencias deben estar cansados de él. Un derramamiento de misericordia por ambas partes vencería el odio corrosivo que ha estado fermentando durante tanto tiempo. Existen otras regiones del mundo donde animosidades similares han enfurecido y desarraigado a las personas durante décadas, cuando no siglos. ¡Oh, si cada lado de estos conflictos actuara con mayor compasión hacia el otro! Tan ciertamente como esto ocurra, los misericordiosos hallarán la misericordia que tanto anhelan.

De todas las guerras que han afligido a los Estados Unidos, ninguna fue tan costosa en sufrimiento y muerte, ninguna estuvo tan llena de veneno y odio como la Guerra Civil Estadounidense. Existen pocas escenas más conmovedoras en la historia que la del 9 de abril de 1865, en Appomattox, Virginia, cuando el general Robert E. Lee se rindió al general Ulysses S. Grant. El general Grant redactó una breve declaración de términos mediante la cual los soldados del Sur quedaban libres para regresar a sus hogares con sus armas personales, sus caballos privados y su equipaje. No hubo recriminaciones, ni exigencias de reparaciones, ni disculpas obligatorias, ni castigos impuestos. Este hecho ha pasado a los anales de la guerra como un gran y magnífico acto de misericordia.

Gran parte de las luchas y conflictos civiles de nuestra sociedad podrían aliviarse con un pequeño toque de misericordia. En cambio, la ley mosaica de ojo por ojo y diente por diente suele ampliarse hasta exigir tres ojos por un ojo y tres dientes por un diente. Muchas víctimas, acosadas y quebrantadas, claman en vano por un gesto de bondad.

Vemos conflictos laborales cargados de violencia y acusaciones descontroladas. Si existiera una mayor disposición por parte de cada lado para contemplar con algún grado de misericordia los problemas del otro, gran parte de esto podría evitarse.

Nuestra generación está afligida por críticos en los medios de comunicación que creen hacer algo grande e ingenioso al atacar sin misericordia a hombres y mujeres que ocupan cargos públicos y otras posiciones de liderazgo. Son propensos a sacar una frase o un párrafo de contexto y perseguir a su presa como un enjambre de abejas asesinas. Arremeten con insultos y maliciosas insinuaciones contra quienes no tienen una manera eficaz de defenderse o quienes, siguiendo el espíritu de las enseñanzas del Maestro, prefieren poner la otra mejilla y seguir adelante con sus vidas. Un poco de misericordia por parte de tales críticos produciría un enorme cambio en nuestras comunicaciones públicas.

La difícil situación de las personas sin hogar es una refutación de la grandeza de nuestra nación. Es inspirador observar a quienes, impulsados por un profundo espíritu de bondad, extienden la mano hacia los necesitados para ayudar, asistir, alimentar, proveer, cuidar y bendecir. Al ejercer misericordia, tengo la confianza de que el Dios de los cielos los bendecirá a ellos y a su posteridad con Su propia misericordia. Quienes dan con tanta generosidad no carecerán en sus propias reservas ni en sus hogares, sino que tendrán alimento en sus mesas y un techo sobre sus cabezas. Nadie puede ser misericordioso con los demás sin recibir a cambio una cosecha de misericordia. Tal como enseñó el Maestro: “Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia” (Mateo 5:7).

Charles Dickens, famoso por muchas obras maestras de la literatura, también escribió una obra poco conocida titulada *La vida de nuestro Señor*, que fue escrita originalmente para sus propios hijos y no para su publicación. De hecho, durante toda su vida no permitió que se publicara. Era algo personal, un sencillo testimonio de Jesucristo de él para ellos. El manuscrito permaneció

como un tesoro familiar celosamente guardado durante unos ochenta y cinco años. Luego, su hijo menor murió en 1933. Con el fallecimiento de aquella generación, la familia concluyó que la obra finalmente podía publicarse.

Yo vivía en Londres en 1934 y recuerdo vívidamente los anuncios de uno de los periódicos populares informando que *La vida de nuestro Señor*, de Dickens, sería publicada por entregas. Después de su serialización, fue publicada como libro. Años más tarde, mi esposa encontró un ejemplar de ese libro y lo leyó a nuestros hijos. Hay partes de su relato que me gustan mucho, particularmente la manera en que concluyó:

¡Recuerden! El cristianismo consiste en hacer siempre el bien, incluso a quienes nos hacen mal. El cristianismo consiste en amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos y en hacer con todos los hombres lo que quisiéramos que ellos hicieran con nosotros. El cristianismo consiste en ser amables, misericordiosos y perdonadores, y en guardar esas cualidades silenciosamente en nuestro corazón, sin jactarnos nunca de ellas, ni de nuestras oraciones ni de nuestro amor por Dios, sino demostrando siempre que lo amamos al procurar humildemente hacer lo correcto en todo. Si hacemos esto, y recordamos la vida y las enseñanzas de nuestro Señor Jesucristo, y procuramos vivir de acuerdo con ellas, podremos esperar con confianza que Dios perdone nuestros pecados y errores, y nos permita vivir y morir en paz.

A todos nos encanta el inmortal **Cuento de Navidad** de Dickens. Pero **La vida de nuestro Señor**, escrita de una manera muy personal, sin adornos ni vuelos de fantasía, para los hijos que él amaba, lleva consigo una poderosa amonestación que tiene dentro de sí el poder de cambiar el mundo: “¡Recordad! El cristianismo consiste en hacer siempre el bien, incluso a aquellos que nos hacen mal”.

Seamos más misericordiosos. Eliminemos de nuestra vida la arrogancia, la vanidad y el egotismo. Seamos más compasivos, más amables, llenos de mayor tolerancia, paciencia, perdón y de una medida más abundante de respeto los unos por los otros. Al hacerlo, nuestro propio ejemplo llevará a quienes nos rodean a ser también más misericordiosos, y tendremos un mayor derecho a reclamar la misericordia de Dios, quien, en Su amor, será generoso para con nosotros.

## **La Frugalidad y la Diligencia: Poniendo Nuestra Casa en Orden**

*Recomiendo a todos las virtudes de la diligencia y la frugalidad, las cuales creo que van de la mano. El trabajo y la frugalidad de las personas hacen fuerte a una nación, una comunidad o una familia. El trabajo y la frugalidad hacen que la familia sea independiente.*

---

Cuando era niño, vivía en lo que yo consideraba una casa grande. Tenía cuatro habitaciones en la planta principal: una cocina, un comedor, una sala y una biblioteca. Había cuatro dormitorios en el piso superior. La casa estaba situada en la esquina de un gran terreno. Había un amplio césped y muchos árboles que dejaban caer millones de hojas. Constantemente había una enorme cantidad de trabajo por hacer.

En mi primera infancia, teníamos una estufa en la cocina y otra en el comedor. Más tarde se instaló una caldera, ¡y qué cosa tan maravillosa fue aquella! Pero tenía un apetito voraz por el carbón, y no había alimentador automático. Había que echar el carbón a paladas en la caldera y mantener cuidadosamente el fuego durante la noche.

Aprendí una gran lección de aquel monstruo de caldera: si querías mantenerte caliente, tenías que trabajar con la pala.

Mi padre tenía la idea de que sus hijos debían aprender a trabajar, tanto en verano como en invierno, y por eso compró una granja de cinco acres, que con el tiempo llegó a tener más de treinta acres. Vivíamos allí todo el verano, y las tareas nunca parecían terminar. Mi padre solía levantarse a las 5:00 de la mañana, y también se esperaba que nosotros madrugáramos. Cada día podíamos contar con recibir una lista de trabajos que debían completarse antes

del mediodía. Las tareas incluían de todo, desde cavar hoyos para postes hasta ayudar con el riego y trabajar en nuestro gran huerto, donde teníamos manzanos, durazneros, cerezos, perales y albaricoqueros.

En tiempo de cosecha, se esperaba que ayudáramos a recoger la fruta, algo que no era precisamente nuestra tarea favorita porque era un trabajo agotador y pegajoso. Pero la fruta tenía que ser recogida, clasificada, empacada y vendida, y todos éramos necesarios para completar el trabajo. Ahora, al mirar atrás y recordar aquella experiencia de mis años formativos, es evidente que la granja proporcionó un terreno fértil para muchas lecciones, incluida la realidad de que solo podemos cosechar aquello que hemos sembrado.

Creo en el evangelio del trabajo. El trabajo es el milagro mediante el cual el talento sale a la superficie y los sueños se convierten en realidad. Simplemente no existe sustituto bajo los cielos para el trabajo productivo. Es el proceso mediante el cual las visiones ociosas se transforman en logros dinámicos. Supongo que todos somos inherentemente perezosos. Preferimos jugar antes que trabajar. Preferimos holgazanear antes que trabajar. Un poco de diversión y un poco de descanso son buenos. Pero es el trabajo lo que marca la diferencia en la vida de un hombre o una mujer, de un niño o una niña. Los niños que aprenden a trabajar y a disfrutar los frutos de su esfuerzo tienen una gran ventaja al avanzar hacia la madurez. El proceso de expandir nuestra mente y utilizar las habilidades de nuestras manos nos eleva por encima del estancamiento de la mediocridad.

Nada de verdadero valor llega sin trabajo. Nada sucede en este mundo hasta que hay trabajo. Nuestros antepasados pioneros jamás podrían haber arado un campo simplemente pensándolo. Tuvieron que poner las manos en el arado y avanzar. El trabajo es, en términos generales, más fácil ahora que en épocas anteriores, pero el principio sigue siendo el mismo. Debe haber trabajo, y qué gran y maravilloso privilegio es poder trabajar.

Una vez más, no hay razón para rechazar la recreación. Todo trabajo y nada de diversión convierten a Juan en un muchacho aburrido y a Juana en una muchacha aburrida. Pero cuando el placer o la recreación se convierten en un fin en sí mismos, estamos en peligro. Estamos en problemas. Simplemente no podemos esperar refinar el carácter a partir de las cáscaras vacías del placer.

Se ha dicho que el viento del norte formó a los vikingos. El trabajo arduo frente a la adversidad hizo florecer el Oeste americano como una rosa. Cualquiera que haya viajado por Israel se ha maravillado ante los frutos de un trabajo diligente y bien dirigido. El agua en los canales, los olivares en las laderas y los huertos de cítricos en los valles hablan de la diligencia de hombres y mujeres. Solo mediante el trabajo las naciones se fortalecen, las ciudades se vuelven más atractivas, las familias se unen más estrechamente y las vidas adquieren mayor vigor.

Recuerdo un fin de semana en que mi esposa y yo visitamos a unos buenos amigos que viven en una comunidad rural del Oeste. Pasamos una tarde recorriendo en automóvil aquel pequeño pero atractivo pueblo agrícola, disfrutando de las casas ordenadas y de los campos cultivados cercanos. Mientras conversábamos con la gente, era evidente que eran personas sencillas y de principios. Habían aprendido por experiencia que no se cosecha trigo después de sembrar avena, y que no se obtiene un caballo de carreras de una yegua de mala calidad. Sabían que, si queremos construir otra gran generación, debemos trabajar con visión y con fe. La fórmula para el éxito de aquellas personas honestas y trabajadoras fue una gran inspiración para mí.

¿Podemos evitar preocuparnos por las regulaciones cada vez más numerosas en nuestro país que parecen sofocar la iniciativa y las aspiraciones naturales de la gente? Además, ahora tenemos generaciones de hombres y mujeres que durante mucho tiempo han dependido de la asistencia pública, y vemos en sus vidas la maldición de la ociosidad y los males de la dependencia. Brigham Young, el hombre que condujo a un grupo de personas empobrecidas a través de las Grandes Llanuras y las Montañas Rocosas a mediados del siglo XIX y supervisó la transformación de lo que entonces era un desierto, el Valle del Lago Salado, en una región próspera de América del Norte, dijo lo siguiente:

“Denme cincuenta, cien, quinientos o mil de los hombres y mujeres más pobres que puedan encontrar en esta comunidad; con los recursos que tengo a mi disposición, tomaré a estas diez, cincuenta, cien, quinientas o mil personas y las pondré a trabajar; pero solo lo suficiente para beneficiar su salud y hacer que su comida y su descanso les resulten agradables, y en diez años haré rica a esa comunidad. En diez años colocaré a seis, cien o mil individuos, a quienes ahora tenemos que sostener mediante donaciones, no solo en condiciones de mantenerse por sí mismos, sino que serán prósperos, viajarán en sus carruajes,

tendrán hermosas casas donde vivir, huertos que cultivar, rebaños y ganados, y todo lo necesario para vivir cómodamente.”

Brigham Young pudo hacer tal declaración porque practicó lo que predicaba.

Recomiendo a todos las virtudes de la diligencia y la frugalidad, las cuales considero que van de la mano. El trabajo y la economía de un pueblo hacen fuerte a una nación, una comunidad o una familia. El trabajo y la frugalidad hacen que la familia sea independiente. La deuda puede ser algo terrible. Es muy fácil contraerla y muy difícil y laborioso pagarla. El dinero prestado solo se obtiene a un precio, y ese precio puede ser una carga pesada. La bancarrota generalmente es el amargo fruto de las deudas, del exceso de compromisos financieros y de los apetitos desenfrenados. Es la trágica culminación de un sencillo proceso de pedir prestado más de lo que uno puede devolver. Detesto el desperdicio. Detesto la extravagancia innecesaria y descontrolada. Valoro la frugalidad. Creo en la prudencia temporal y en el conservadurismo financiero.

Benjamin Franklin, quien salió de su hogar siendo adolescente prácticamente sin un centavo, llegó a convertirse en uno de los estadounidenses más exitosos de este país. En su *Autobiografía*, confirmó el importante papel que la frugalidad y la diligencia desempeñaron en su vida:

“Recuerda que el Tiempo es Dinero. . . . Recuerda que el Crédito es Dinero. . . . Recuerda que el Dinero tiene una naturaleza prolífica y generadora. . . . En resumen, el Camino hacia la Riqueza, si la deseas, es tan claro como el Camino al Mercado. Depende principalmente de dos palabras: Diligencia y Frugalidad; es decir, no desperdicies ni Tiempo ni Dinero, sino haz el mejor uso de ambos. Quien obtiene todo lo que puede honestamente y ahorra todo lo que obtiene (exceptuando los gastos necesarios), ciertamente llegará a ser rico, si Aquel que gobierna el mundo, a quien todos deben acudir para recibir bendición sobre sus esfuerzos honestos, no dispone otra cosa en su sabia providencia.”

Diversos períodos de la larga marcha de la humanidad han sido identificados como eras: la Edad de Piedra, la Edad de Hierro, la Era Industrial. La época actual ha sido descrita, lamentablemente, como la era de la diversión. El hecho es que gastamos más dinero y más tiempo tratando de satisfacer el deseo físico de placer que en cualquier otro período de la historia humana. Vivimos en la generación del microondas; esperamos que los avances y los placeres materiales lleguen rápidamente y para todos. Es una época de publicidad

persuasiva y hábil mercadotecnia, todo diseñado para inducirnos a gastar, y demasiado a menudo a gastar dinero que no tenemos.

En la acelerada y obsesionada sociedad actual por el dinero, existen actitudes respecto al dinero y las posesiones que deberían preocuparnos a todos. Los préstamos sobre el valor acumulado de la vivienda y las segundas hipotecas pueden obtenerse casi con un simple chasquido de dedos. Las tarjetas de crédito y otras formas de dinero plástico están disponibles para casi cualquier persona mayor de dieciocho años. Pedir dinero prestado se presenta como algo fácil y deseable, sin que jamás se mencione la responsabilidad de devolverlo. La publicidad seductora procura convencernos de que merecemos tenerlo todo y tenerlo ahora mismo, sin importar el costo. Existe una falta de autodisciplina y de control financiero personal que promete dificultades futuras.

El capítulo cuarenta y uno de Génesis proporciona un contexto muy ilustrativo. Faraón, gobernante de Egipto, tuvo sueños que lo inquietaron profundamente. Los sabios de su corte no pudieron interpretarlos. Entonces José fue llevado ante él.

Y Faraón dijo a José: En mi sueño me parecía que estaba a la orilla del río;

Y que del río subían siete vacas de hermoso aspecto y gordas de carne, y pacían en un prado;

Y que tras ellas subían otras siete vacas, pobres y de muy mal aspecto y flacas de carne. . . .

Y las vacas flacas y de mal aspecto devoraban a las primeras siete vacas gordas. . . .

Vi también en mi sueño. . . que siete espigas crecían en una misma caña, llenas y hermosas;

Y que después de ellas brotaban siete espigas marchitas, delgadas y quemadas por el viento oriental;

Y las espigas delgadas devoraban a las siete espigas hermosas. . . .

Entonces José respondió a Faraón: . . . Dios ha mostrado a Faraón lo que va a hacer.

Las siete vacas hermosas son siete años; y las siete espigas hermosas son siete años; el sueño es uno mismo. . . .

. . . . Lo que Dios va a hacer, lo ha mostrado a Faraón.

He aquí vienen siete años de gran abundancia en toda la tierra de Egipto;

Y después de ellos vendrán siete años de hambre. . . . Y Dios lo hará pronto.  
(Génesis 41:17–20, 22–26, 28–30, 32.)

Deseo dejar en claro que no estoy profetizando ni prediciendo años de hambre en el futuro, pero sí sugiero que ha llegado el momento de poner nuestras casas en orden. Demasiadas personas están viviendo al límite de sus ingresos o incluso más allá de ellos.

Ahora observamos un patrón casi cíclico de amplias y temibles oscilaciones en los mercados del mundo. La economía es algo frágil. Un tropiezo económico en Yakarta o Moscú puede afectar inmediatamente no solo a los inversionistas, sino también a los ciudadanos comunes de todo el mundo. Hay indicios de tormentas por delante a los que haríamos bien en prestar atención.

Espero de todo corazón que nunca volvamos a caer en una depresión económica. Mi padre era un líder de nuestra iglesia local durante la Gran Depresión, y recuerdo cómo caminaba de un lado a otro, preocupado por las personas bajo su cuidado. Él y sus colaboradores establecieron un amplio proyecto de corte de leña destinado a mantener encendidas las estufas y calefacciones de los hogares y a mantener a la gente abrigada durante el invierno. No tenían dinero para comprar carbón. Hombres con buenos empleos se encontraron de repente sin trabajo, e incluso algunos que habían sido acomodados estuvieron entre quienes cortaban leña. Una familia de nuestro vecindario perdió su casa porque ya no podía afrontar el pago mensual de ocho dólares. Fue una época oscura, y muchas personas se volvieron pesimistas y cínicas mientras luchaban por sobrevivir.

Es imposible apreciar el terror y la inseguridad que acompañan una situación así a menos que se experimente personalmente. Repito: espero que nunca volvamos a ver una depresión semejante. Pero deberíamos preocuparnos por la enorme deuda de consumo a plazos que pesa sobre la población de la nación. En marzo de 1997, esa deuda ascendía a 1,2 billones de dólares, lo que representaba un aumento del 7 por ciento respecto al año anterior.

El Dr. James Clayton, profesor de historia y exdecano de la escuela de posgrado de la Universidad de Utah, se ha especializado, a lo largo de su distinguida carrera, en la evaluación de la historia económica. Él cree que la deuda pública y privada se ha convertido en el problema internacional más apremiante de nuestra época. En diciembre de 1998 explicó su razonamiento:

“En la década de 1950, el 30 por ciento de nuestro ingreso disponible correspondía a deuda. Ahora, el 92 por ciento de nuestro ingreso disponible es deuda. El hogar estadounidense promedio ya ha gastado por completo los ingresos del próximo año, y eso no tiene precedentes en nuestra historia. Nuestra tasa de ahorro es muy, muy baja. Hace un par de semanas cayó por debajo de cero. Eso no había ocurrido desde la década de 1930”.

Continuó con una acusación sorprendente:

“La frugalidad es ahora cosa del pasado, y el financiamiento mediante déficits en el sector público, junto con niveles muy elevados de deuda en el sector privado, se han convertido en algo rutinario”.

En enero de 1938, J. Reuben Clark, Jr., un estadista internacional que sirvió como embajador de los Estados Unidos en México, dijo lo siguiente:

“El interés nunca duerme, ni se enferma ni muere; nunca va al hospital; trabaja los domingos y los días festivos; nunca toma vacaciones; nunca visita ni viaja; no disfruta de placeres; nunca es despedido ni pierde su empleo; nunca trabaja con horario reducido; ... es tan duro y despiadado como un acantilado de granito. Una vez endeudado, el interés es tu compañero cada minuto del día y de la noche; no puedes evitarlo ni escapar de él; no puedes despedirlo; no cede ante súplicas, exigencias ni órdenes; y cada vez que te interpongas en su camino, cruces su curso o dejes de cumplir sus demandas, te aplasta”.

Todos haríamos bien en repasar estas palabras de vez en cuando como un recordatorio del precio que pagamos cuando pedimos prestado. Reconozco que puede ser necesario endeudarse para obtener una vivienda. Pero que las personas compren una casa que puedan costear y así alivien los pagos que, sin misericordia ni descanso, pesarán constantemente sobre sus cabezas durante hasta treinta años.

Somos una generación derrochadora. Nuestros antepasados pioneros vivían según el lema: “Arréglalo, úsalo hasta gastarlo, haz que sirva o aprende a vivir

sin ello". Hoy, la obsesión por las riquezas corroe y destruye, y conduce a decisiones financieras irresponsables.

Nadie sabe cuándo llegarán las emergencias, ya sean desastres naturales o crisis personales. Pienso en un hombre que tuvo un gran éxito en su profesión. Vivía cómodamente. Construyó una gran casa. Entonces, un día, sin previo aviso, sufrió un grave accidente y estuvo a punto de perder la vida. Quedó severamente incapacitado y perdió su capacidad para generar ingresos. Se enfrentó a enormes facturas médicas, además de otros pagos. En muy poco tiempo quedó indefenso ante sus acreedores. En un momento era rico; al siguiente estaba arruinado y, en consecuencia, era un hombre destrozado.

Nada es tan desalentador y debilitante como las deudas y obligaciones que uno no puede cumplir. La autosuficiencia no puede lograrse cuando una familia vive bajo una pesada carga de deuda. No existe verdadera independencia ni libertad de servidumbre cuando se está obligado por las deudas. Me siento agradecido de poder decir que, al administrar los asuntos de la Iglesia que represento, hemos seguido estrictamente la práctica de apartar cada año un porcentaje de los ingresos de la Iglesia para un posible día de necesidad. Además, nuestra Iglesia —en todas sus operaciones, en todas sus actividades y en todos sus departamentos— puede funcionar sin dinero prestado. Si no podemos sostener algo, reduciremos nuestros programas. Ajustaremos los gastos a los ingresos. No pediremos prestado.

¡Qué maravilloso es estar libre de deudas y tener algún dinero ahorrado que pueda utilizarse cuando surja una emergencia! Pienso en varias personas prudentes que han seguido esta práctica en su vida personal. Un hombre me habló de la hipoteca de su casa, la cual tenía una tasa de interés del cuatro por ciento. Los asesores financieros le dijeron que era una insensatez pagar esa hipoteca porque tenía una tasa de interés tan baja. Sin embargo, en cuanto él y su esposa tuvieron los medios para hacerlo, decidieron liquidarla. Desde ese día ha estado libre de deudas, lo que, según creo, ha contribuido con el tiempo a su posterior bienestar financiero y, más importante aún, a una gran sensación de libertad personal y paz mental. Creo que esa es una de las razones por las que lleva una sonrisa en el rostro y silba mientras trabaja.

Hemos sido seducidos a creer que el dinero prestado no tiene consecuencias, que la esclavitud financiera es una forma aceptable de vivir. Sugiero que no lo es. Haríamos bien en examinar el estado de nuestras finanzas personales, ser

modestos y prudentes en nuestros gastos, disciplinar nuestras compras y evitar las deudas en la medida de lo posible, pagar rápidamente las obligaciones y liberarnos de la servidumbre hacia otros.

Que pongamos nuestras casas en orden. Si hemos pagado nuestras deudas y tenemos una reserva, aunque sea pequeña, entonces, cuando las tormentas rugan sobre nuestras cabezas, tendremos refugio para nuestras familias y paz en nuestros corazones.

El trabajo y la frugalidad son, en verdad, virtudes que deben cultivarse, virtudes dignas de admiración, virtudes esenciales para la estabilidad de toda sociedad, familia e individuo saludables.

## Gratitud: Una Señal de Madurez

*La gratitud es el comienzo de la cortesía, de la decencia y de la bondad; es el reconocimiento de que no podemos darnos el lujo de ser arrogantes. Debemos caminar con el conocimiento de que necesitaremos ayuda en cada paso del camino.*

---

He tenido el privilegio de conocer y relacionarme con algunos de los hombres y mujeres más talentosos e influyentes del siglo veinte, pero también he caminado por calles estrechas y sucias donde abundan la inmundicia, la pobreza y la degradación. He caminado entre los pobres de la tierra, los desfavorecidos que viven constantemente con la sombría figura del hambre. He estado en las calles de Calcuta y en barrios marginales de Sudamérica, Filipinas y Asia. He sido testigo del sofocante y asfixiante dominio de la pobreza que mantiene a millones de personas en su implacable garra. Nunca olvidaré una visita a un orfanato en el sur de la India. Mi esposa y yo luchábamos por contener las lágrimas mientras contemplábamos pequeños bebés abandonados acostados sobre tablones de madera, desnutridos y con pocas probabilidades de sobrevivir, y mucho menos de tener esperanza para el futuro.

Estas experiencias me han hecho aún más consciente de las bendiciones que disfrutamos en esta tierra. Verdaderamente somos un pueblo bendecido que vive en una época maravillosa de la historia de la tierra y que disfruta de una nación magnífica, rebotante de privilegios y oportunidades. Aunque reconocemos que demasiadas personas viven al borde de la supervivencia, aun así debemos admitir que nunca antes en la historia del mundo una nación o un pueblo había disfrutado de tales riquezas y libertades.

Por todo esto y mucho más, debemos estar agradecidos. Y debemos expresar nuestra gratitud diariamente de incontables maneras: unos a otros, a nuestros padres y demás familiares que han contribuido tan profundamente a nuestras vidas, a los amigos que nos han concedido el beneficio de la duda una y otra vez, a los colegas y compañeros que nos motivan e inspiran a aspirar más alto y

hacerlo mejor, a los líderes prudentes que sirven desinteresadamente y, especialmente, a un Poder Superior de quien proceden todas las bendiciones y toda la bondad en su forma más plena.

La gratitud es una señal de madurez. Es una indicación de humildad sincera. Es una característica distintiva de la cortesía. Y, por encima de todo, es un principio divino. Dudo que haya algo con lo que ofendamos más al Todopoderoso que nuestra tendencia a olvidar Sus misericordias y a ser ingratos por aquello que nos ha dado.

Donde hay aprecio, también hay cortesía y consideración por los derechos y la propiedad de los demás. Sin estas cosas, hay arrogancia y maldad. Donde hay gratitud, hay humildad en lugar de orgullo, generosidad en lugar de egoísmo.

Haríamos bien en arrodillarnos y agradecer al Todopoderoso por Sus bendiciones. También haríamos bien en cultivar dentro de nosotros un espíritu de agradecimiento por la bendición misma de la vida y por los maravillosos dones y privilegios que disfrutamos. El Señor ha dicho que “los mansos heredarán la tierra” (Mateo 5:5). Es difícil escapar a la interpretación de que, más que una actitud de autosuficiencia, la mansedumbre implica un espíritu de gratitud, un reconocimiento de un poder mayor que uno mismo, un reconocimiento de Dios y una aceptación de Sus mandamientos y de Su inspirado modo de vivir. La gratitud es el comienzo de la sabiduría. Dicho de otra manera, la verdadera sabiduría no puede obtenerse a menos que esté edificada sobre un fundamento de verdadera humildad y gratitud.

En verdad, la gratitud es el comienzo de la cortesía, de la decencia y de la bondad; es el reconocimiento de que no podemos permitirnos ser arrogantes. Debemos caminar con el conocimiento de que necesitaremos ayuda en cada paso del camino. La ausencia de gratitud revela una falta de aprecio y una ignorancia que proviene de una actitud de autosuficiencia. Se manifiesta en un egoísmo desagradable y, con frecuencia, en una conducta maliciosa. Muchas personas egoístas, arrogantes y generalmente infelices en este mundo viven sin gratitud. Quizás lo hacen porque no se dan cuenta plenamente de todo lo que tienen para agradecer. Con esto en mente, enumero aquí algunas de las bendiciones comunes a todos nosotros por las cuales me siento profundamente agradecido.

Para comenzar, estoy agradecido por las maravillas del cuerpo humano y por el milagro de la mente humana como creaciones del Todopoderoso. Tengo en mi hogar un sistema de sonido bastante bueno. De vez en cuando me siento tranquilamente en la penumbra y escucho durante una hora aproximadamente música que ha perdurado a través de los siglos debido a sus extraordinarias cualidades. Cada vez que escucho el concierto para violín de Beethoven, me maravillo de que algo así pudiera surgir de la mente de un hombre. En muchos aspectos, el compositor era muy parecido al resto de nosotros. Sentía hambre, sufría dolor y tenía la mayoría de los problemas que todos tenemos, y quizás algunos que nosotros no tenemos. Sin embargo, del genio de su mente surgió una extraordinaria combinación que produjo raras y magníficas obras maestras de la música.

¿Ha contemplado alguna vez la maravilla que es usted mismo: los ojos con los que ve, los oídos con los que oye, la voz con la que habla? Ninguna cámara jamás construida puede compararse con el ojo humano. Ningún método de comunicación jamás ideado puede compararse con la voz y el oído. Ninguna bomba mecánica construida funcionará tanto tiempo ni con tanta eficiencia como el corazón humano. ¡Qué criatura tan extraordinaria es cada uno de nosotros! Podemos pensar de día y soñar de noche. Podemos hablar y escuchar, oler, saborear y sentir. Podemos almacenar lo que experimentamos y aprendemos en un extraordinario sistema de recuperación incomparable incluso con la computadora más espectacular. Podemos aprender, crecer, progresar y ser mejores mañana de lo que somos hoy.

Considere los dedos humanos. El intento más hábil de reproducir mecánicamente un dedo solo ha logrado una aproximación rudimentaria. La próxima vez que utilice sus dedos, obsérvelos y perciba su maravilla. En una prestigiosa sala de conciertos, estuve sentado en un lugar que me permitió ver los dedos de los intérpretes de la orquesta. Todos —ya fuera tocando instrumentos de cuerda, percusión, metal o viento madera— utilizaban sus dedos. No se necesitan los dedos para cantar, tararear o silbar, pero habría muy poca armonía musical sin la hábil acción de dedos entrenados.

Creo que el cuerpo humano es una creación divina. Nuestros cuerpos fueron diseñados y creados por el Todopoderoso para ser los tabernáculos, los receptáculos terrenales, de nuestros espíritus eternos. Debemos sentirnos agradecidos por la creciente acumulación de conocimientos acerca del cuidado del cuerpo. Estadísticamente hablando, fumar un solo cigarrillo resulta en una

pérdida de siete minutos de vida para quien lo fuma. Sabiendo esto, ¿cómo puede una persona reflexiva elegir deliberadamente fumar? ¿O introducir drogas debilitantes en su organismo? ¿O exponerse al SIDA u otros riesgos para la salud que son consecuencia del abuso del cuerpo y de un total desprecio por el propio futuro?

Contemplemos las maravillas de la época en que vivimos, la más grandiosa de todas las épocas en la historia de la humanidad. Durante mi vida se han realizado más inventos y descubrimientos científicos que en todos los siglos anteriores de la historia humana combinados. Este notable fruto es el resultado de los esfuerzos de hombres y mujeres pensantes que han aplicado su curiosidad y dedicación intelectual en los campos de la medicina, la seguridad industrial, la higiene y las medidas sanitarias, la química y la investigación en genética, microbiología, medio ambiente y otras disciplinas, todas relacionadas con los procesos de la mente humana. ¿Cómo podríamos dejar de sentir gratitud por tales milagros?

Estoy agradecido por esta extraordinaria nación, aunque se encuentre afectada por problemas sociales de toda índole. He estado en el cementerio militar estadounidense de Suresnes, Francia, donde están sepultados algunos de los que murieron en la Primera Guerra Mundial, incluido mi hermano mayor. Es un lugar tranquilo y sagrado, un recordatorio de los grandes sacrificios que se ofrecieron para “hacer del mundo un lugar seguro para la democracia”. Una y otra vez he recorrido Corea del Sur desde el paralelo treinta y ocho en el norte hasta Pusán en el sur, y he visto las montañas y los valles donde los estadounidenses lucharon y murieron, no para salvar su propia tierra, sino para preservar la libertad de personas que les eran desconocidas, pero a quienes reconocían como hermanos bajo la paternidad de Dios. Recorrí Vietnam del Sur de un extremo al otro durante aquellos años de guerra en los que 55.000 estadounidenses, luchando por la causa de la libertad humana, murieron bajo el calor sofocante y opresivo de aquella tierra extraña y lejana. Viene a mi mente una frase de la obra *Valley Forge*, de Maxwell M. Anderson. Mientras sus hombres se preparan para sepultar a un camarada caído, el general George Washington dice, casi con amargura: “Esta libertad parecerá fácil algún día, cuando ya nadie tenga que morir para obtenerla”. Siento una inmensa gratitud por los muchos miles que, a lo largo de la historia, han entregado sus vidas por la causa de la libertad.

Estoy agradecido por aquellos que ponen el bienestar de los demás por encima de su propia comodidad y éxito. Estoy agradecido por nuestros antepasados y por los pioneros que establecieron los cimientos de esta gran nación; ellos soportaron dificultades indescriptibles, privaciones personales y sacrificios para abrirse paso hacia un nuevo mundo donde pudiera prevalecer un ambiente de libertad y justicia para todos.

Estoy agradecido por la belleza. La tierra, en su pureza original, es una expresión de la naturaleza de su Creador. El lenguaje del capítulo inicial de Génesis es fascinante. Declara que “la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo” (Génesis 1:2). Quizás en esa etapa de su desarrollo presentaba cualquier cosa menos una imagen de belleza. “Y dijo Dios: Sea la luz; y fue la luz” (Génesis 1:3). Desde ese momento la Creación continuó hasta que Dios vio todo lo que había hecho, y “he aquí que era bueno en gran manera” (Génesis 1:31). Seguramente esto significa que era hermoso, porque “Jehová Dios hizo nacer de la tierra todo árbol agradable a la vista” (Génesis 2:9).

Estoy agradecido por la belleza de la naturaleza: las flores, los frutos, el cielo, las montañas y las llanuras de las que se elevan; doy gracias por la belleza de los animales. También hay belleza en las personas. No hablo de la belleza o de la imagen que proviene de lociones y cremas, de cosméticos y tratamientos, como se ve en las revistas de papel satinado y en la televisión. Que la piel sea clara u oscura, que los ojos sean redondos o rasgados, es absolutamente irrelevante. He visto personas hermosas en cada una de las decenas de países que he visitado. Los niños pequeños son hermosos en todas partes. Y también lo son los ancianos, cuyas manos y rostros arrugados hablan de lucha y supervivencia, de las virtudes y valores que han abrazado. Llevamos en nuestros rostros los resultados de lo que creemos y de cómo vivimos, y esto se hace más evidente en los ojos y en los semblantes de quienes han vivido muchos años.

¡Cuán agradecido estoy por la belleza, la belleza de las creaciones incontaminadas de Dios, la belleza de Sus hijos e hijas que caminan en virtud sin quejarse, afrontando los desafíos de cada nuevo día!

En estos días hablo en muchos funerales. Cada uno de ellos se convierte en un recordatorio de la brevedad de la vida. Estoy agradecido por la fortaleza y la vitalidad. Como un hombre que avanza en años, mirando hacia atrás a los

últimos ochenta y nueve y hacia adelante a los próximos diez, aprecio las palabras de Robert Browning:

*¡Envejece junto a mí!*

*Lo mejor está aún por venir,*

*La última etapa de la vida, para la cual fue hecha la primera;*

*Nuestros tiempos están en Sus manos,*

*Quien dice: "Planeé una totalidad;*

*La juventud muestra solo la mitad; confía en Dios;*

*Contéplalo todo y no temas".*

Durante más de sesenta años, mi esposa y yo hemos caminado juntos a través de muchas tormentas, así como de mucho sol. Hoy ninguno de los dos se mantiene tan erguido como antes. Para ambos, los remaches se están aflojando un poco y la soldadura se está volviendo más blanda. Mientras la observaba al otro lado de la mesa una noche reciente, noté las arrugas de su rostro y de sus manos. Pero ¿son menos hermosas que antes? No; de hecho, lo son más. Esas arrugas tienen una belleza propia, y en su presencia hay algo que habla de manera reconfortante de fortaleza e integridad, y de un amor que corre más profundo y más sereno que nunca. Estoy agradecido por la belleza que viene con la edad y la perspectiva, y con una comprensión cada vez mayor.

Cuando caminamos con gratitud, no caminamos con arrogancia, vanidad ni egoísmo, sino más bien con un espíritu de agradecimiento que nos ennoblece y bendice nuestra vida. Todos deberíamos estar agradecidos al Todopoderoso por Sus maravillosas bendiciones sobre nosotros. Tenemos todo lo que esta gran época tiene para ofrecer en el mundo. ¿Qué tan afortunados podríamos ser realmente? Debemos ser agradecidos, dar gracias y vivir con aprecio y respeto por las bendiciones de la vida y la felicidad que disfrutamos.

La gratitud es la esencia misma de la adoración: dar gracias al Dios de los cielos, quien nos ha dado todo lo bueno que poseemos. Siempre me impresionó un líder religioso a quien escuché orar muchas veces durante el tiempo que compartimos. Rara vez pedía algo en sus oraciones. En su mayor parte, sus oraciones eran siempre expresiones de gratitud por una cosa tras otra.

Por encima de todo, estoy agradecido por mi fe en Dios y en Su Amado Hijo, el Redentor del mundo, el Señor Jesucristo del Nuevo Testamento. En toda la historia de la humanidad no hay nada comparable al generoso don del sacrificio

expiatorio del Salvador. Estoy agradecido por el principio de la Regla de Oro, tal como fue enseñado por el Salvador: “Así que, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos” (Mateo 7:12).

Estoy agradecido de formar parte de una sociedad que permite a todas las personas adorar a Dios según los dictados de su conciencia, para que todos puedan adorar como, donde o lo que deseen. Los acontecimientos recientes en China y Europa deberían haber despertado en cada estadounidense una oración de gratitud por las disposiciones de la Carta de Derechos. Nuestras pantallas de televisión han llevado hasta nuestros propios hogares las manifestaciones y los clamores de muchas personas por la libertad y los derechos humanos fundamentales que nosotros damos por sentados.

La Primera Enmienda de nuestra Constitución establece que “el Congreso no hará ley alguna respecto al establecimiento de una religión ni prohibirá el libre ejercicio de la misma...”. Me resulta interesante que este sea el primer punto de la declaración de libertades exigida por el pueblo de nuestra joven nación. Quien ocupa la posición que yo ocupé sabe algo acerca de la constante amenaza de la pesada mano del gobierno contra la religión. Se siente a nivel local, estatal y federal. En los últimos años ha aumentado en intensidad, y los ataques se han vuelto más frecuentes. La religión y su libre ejercicio: ¡qué tan precioso y valioso es!

Siento la más profunda gratitud por los escritos sagrados del pasado. Estos libros, que han sobrevivido a través de los siglos, establecen la base de nuestro derecho civil, nuestras relaciones sociales, nuestras responsabilidades familiares y, lo más importante, las enseñanzas, principios y mandamientos divinamente dados mediante los cuales podemos dirigir nuestra vida con seguridad y confianza. Ellos proclaman la inexorable ley de la cosecha: “lo que sembréis, eso también segaréis”. Exponen una ley de responsabilidad según la cual algún día tendremos que rendir cuentas de nuestros esfuerzos en esta tierra —de nuestras acciones y de nuestras recompensas— al Todopoderoso, quien nos ha concedido el privilegio de la vida con todas sus alegrías, oportunidades y desafíos.

Con ese conocimiento, también agradezco saber de la eficacia de la oración, de la invitación a acudir a un Poder mucho mayor que el mío. Creo en la integridad de la promesa del Nuevo Testamento: “Y si alguno de vosotros tiene falta de

sabiduría, pídale a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada” (Santiago 1:5). Creo que Dios verdaderamente se comunica con los hombres y mujeres sinceros que lo buscan, y que ninguno de nosotros necesita enfrentar solo los desafíos de la vida. Creo que una nación que ora puede ser dotada de un poder singular y maravilloso, un poder que proviene de Dios, el Creador y Gobernante del universo. Él concede a los seres humanos su albedrío y les permite seguir su propio curso voluntarioso, y esta es la razón de muchos de nuestros problemas actuales. No obstante, Él puede tocar el corazón de Sus hijos en todas las naciones para bien, y puede poner en acción aquellas fuerzas que conducen a la paz, la justicia y la felicidad humana.

Finalmente, cuán agradecido estoy por la vida, por el sentido de propósito, por las oportunidades de servir, por la libertad de moverme como deseo y por vivir en esta época extraordinaria. Nunca dejo de maravillarme ante ello. Ciertamente somos un pueblo bendecido, y por ello deberíamos expresar gratitud y luego demostrar la profundidad de esa gratitud mediante la bondad y la calidad de nuestras vidas.

## Optimismo Frente al Cinismo

*Mi ruego es que dejemos de buscar las tormentas y disfrutemos más plenamente de la luz del sol. Sugiero que, al transitar por la vida, “acentuemos lo positivo”. Pido que busquemos un poco más profundamente el bien, que acallemos nuestras voces de insulto y sarcasmo, y que seamos más generosos al elogiar y respaldar la virtud y el esfuerzo.*

---

Vivimos en una época fascinante, una época curiosa en muchos aspectos, una época en la que la capacidad y el poder de comunicar y, por lo tanto, de influir y persuadir, reinan de manera suprema. Con la proliferación de la tecnología y las diversas formas de medios de comunicación que compiten por aprovecharla, ha surgido un interesante efecto secundario. Parece que hoy estamos sometidos a un constante bombardeo de destrucción del carácter que casi ha eclipsado la discusión nacional sobre asuntos vitales, asuntos que verdaderamente podrían y mejorarían la vida diaria de hombres y mujeres, jóvenes y niños. Un factor importante en todo esto son los medios de comunicación. Tome cualquier periódico importante o revista semanal de noticias, o sintonice las noticias en cualquiera de los muchos canales disponibles. Es imposible leer las columnas o escuchar los comentarios sin percibir que existe una terrible enfermedad de pesimismo en esta tierra. Constantemente se nos alimenta con una dieta continua y amarga de pesimismo, búsqueda de faltas, críticas retrospectivas y maledicencia unos contra otros. El triste hecho es este: el negativismo vende.

Algunos escritores de nuestras columnas de noticias son brillantes. Son hombres y mujeres de lenguaje incisivo y expresión deslumbrante. Son maestros de la palabra escrita y hablada. Asimismo, algunos comentaristas de televisión son verdaderos expertos. Pero algunos parecen incapaces de tratar con una verdad equilibrada, a pesar de sus protestas en contrario. La actitud de muchos es negativa. Con estudiada habilidad, derraman su vinagre de invectivas y enojo, juzgando como si toda la sabiduría les perteneciera. Bajo el disfraz de análisis y opinión informada, con frecuencia se concentran en las

fallas de sus temas más que en sus fortalezas. Si tomáramos en serio a tales expertos, podríamos pensar que toda la nación, e incluso el mundo entero, se está yendo por el desagüe. Ha habido ocasiones en que una dosis particularmente fuerte de este tipo de cinismo me ha llevado a pensar que, sin duda, esta es la época y el lugar de los consumados buscadores de defectos.

Una dieta constante de un punto de vista negativo tiene graves repercusiones. Lo negativo se convierte en la materia prima de los titulares y de largos ataques que, en muchos casos, son caricaturas de los hechos. Este espíritu de negativismo crece y comienza a pender como una nube sobre la tierra, ofreciendo una imagen engañosa de los hechos y, en el proceso, alcanzando al hombre y a la mujer individuales e influyendo en sus actitudes, perspectivas e incluso valores.

La tragedia es que este espíritu es epidémico. Lea las cartas al editor en casi cualquier periódico diario. Algunas están llenas de veneno, escritas por personas que parecen incapaces de encontrar algo bueno en el mundo o en sus semejantes. Según ellas, no existe ninguna persona íntegra en los cargos públicos. Todos los empresarios son corruptos. Las compañías de servicios públicos buscan engañar a la gente. El comentario mordaz, la burla sarcástica y el menosprecio de los demás son, con demasiada frecuencia, la esencia de nuestras conversaciones. Más cerca de casa, los esposos se irritan, las esposas lloran y los hijos finalmente se rinden bajo la avalancha de críticas que los miembros de la familia se lanzan unos a otros. La crítica es la precursora del divorcio, la cultivadora de la rebelión y el catalizador que acelera el fracaso.

No nos hará ningún bien ser ingenuos respecto a los desafíos que enfrentamos en este país. Sí tenemos problemas, y no son pocos. Hay asuntos que demandan nuestra atención sincera e inspirada. Pero existe demasiada crítica estéril y destructiva hacia Estados Unidos. ¿Qué podría llegar a ser esta nación si habláramos menos de sus debilidades y más de su bondad y fortaleza, de su capacidad y potencial? Sin duda tendremos días de prueba. Mientras tengamos más políticos que estadistas, tendremos problemas. Pero si apartamos nuestro tiempo y talentos de la crítica mordaz, de la constante búsqueda del mal, y en cambio destacamos el bien mayor, Estados Unidos continuará avanzando con la bendición del Todopoderoso y permanecerá como un estandarte de fortaleza, paz y generosidad para todo el mundo. Esta es una gran nación, una tierra escogida, una tierra elegida.

¡Yo soy optimista! ¡Qué época tan maravillosa para estar vivos, aquí al final de un siglo histórico! Con esa perspectiva, mi ruego es que dejemos de buscar las tormentas y disfrutemos más plenamente de la luz del sol. Sugiero que, al transitar por la vida, “acentuemos lo positivo”. Pido que busquemos un poco más profundamente el bien, que acallemos nuestras voces de insulto y sarcasmo, y que seamos más generosos al elogiar y respaldar la virtud y el esfuerzo.

No estoy recomendando que toda crítica desaparezca. El crecimiento viene mediante la corrección. La fortaleza surge del cambio y del arrepentimiento. Sabio es el hombre o la mujer que, habiendo cometido errores que otros le señalan, cambia su rumbo. No sugiero que nuestra conversación sea toda dulzura y miel. La expresión ingeniosa que es sincera y honesta es una habilidad que debe buscarse y cultivarse. Lo que sugiero es que en nuestra sociedad ha faltado un espíritu vibrante de optimismo. Lo que pido es que nos apartemos del negativismo que impregna nuestra cultura y busquemos el extraordinario bien que existe en la tierra y en la época en que vivimos; que hablemos más de las virtudes de los demás que de sus defectos; que el optimismo reemplace al pesimismo; y que la incertidumbre y la preocupación sean desplazadas por un sentimiento duradero de esperanza.

Cuando era joven y tendía a hablar de manera crítica, mi sabio padre solía decir: “Los cínicos no contribuyen; los escépticos no crean; los que dudan no logran”. Mirar siempre el lado oscuro de las cosas conduce a un espíritu de pesimismo, el cual con frecuencia lleva a la derrota. Reemplacemos nuestros temores con fe.

Si alguna vez hubo un hombre que logró esto, que unió a una nación en su hora de mayor aflicción, fue Winston Churchill. El gigantesco poderío alemán había invadido Austria, Checoslovaquia, Francia, Bélgica, Holanda y Noruega, y avanzaba hacia Rusia. Las bombas caían sobre Londres. La mayor parte de Europa se encontraba bajo el temible dominio de la tiranía, e Inglaterra sería la siguiente. En aquella hora de peligro, cuando el ánimo de quienes lo rodeaban desfallecía, este gran inglés pronunció un discurso para la eternidad. Dijo, en parte:

“No hablemos de días más oscuros; hablemos más bien de días más severos. Estos no son días oscuros; son días grandiosos, los días más grandes que nuestra nación haya vivido jamás; y todos debemos agradecer a Dios que se

nos haya permitido, a cada uno según nuestra posición, desempeñar un papel en hacer memorables estos días en la historia de nuestra raza.”

Tras la terrible catástrofe de la derrota en Dunkerque, los profetas de la desgracia anunciaban el fin de Gran Bretaña. Pero en aquella hora oscura y solemne, yo personalmente escuché a este extraordinario hombre pronunciar estas palabras mientras eran transmitidas a toda América:

“No desfalleceremos ni fracasaremos. . . . Lucharemos en Francia, lucharemos en los mares y océanos, lucharemos con creciente confianza y creciente fuerza en el aire, defenderemos nuestra isla, cueste lo que cueste, lucharemos en las playas, lucharemos en los lugares de desembarco, lucharemos en los campos y en las calles, lucharemos en las colinas; jamás nos rendiremos.”

Palabras como estas, y no las críticas destructivas de cínicos elocuentes, permitieron vislumbrar la victoria a través de las oscuras nubes de la guerra, preservaron al gran pueblo de Gran Bretaña durante aquellos días sombríos y mortales, y salvaron al Reino Unido de la catástrofe. Somos producto de nuestros pensamientos. Podemos convencernos de la derrota o podemos convencernos de la victoria. Churchill es solo un ejemplo, aunque magnífico y convincente, del inmenso poder del optimismo y la esperanza.

Más recientemente, fuimos testigos de otro período dramático y dinámico de la historia humana, cuando cayeron las barreras que separaban a Europa oriental de Europa occidental y el puño de hierro del despotismo fue hecho pedazos. Un nuevo día amaneció sobre una vasta región del mundo. En los años posteriores, se hizo evidente que la opresión de un período tan prolongado no podía desaparecer en un solo día; sin embargo, una nueva luz brilla sobre las regiones orientales. ¡Qué maravillosa época para estar vivos! Qué inspirador fue escuchar los discursos de Mijaíl Gorbachov, en los cuales había poca evidencia de negativismo. Sus palabras eran las de un hombre con confianza, con optimismo, con la seguridad que proviene de saber que uno está haciendo lo correcto.

Todos tendemos a preocuparnos por el futuro. Y sí, puede que haya días difíciles por delante para muchos de nosotros. Sin duda habrá desafíos de toda clase. Nadie puede evitarlos todos. Pero no debemos desesperarnos ni rendirnos. Debemos buscar la luz del sol entre las nubes.

Como mencioné anteriormente, viví la depresión económica más grave de los tiempos modernos. ¡Que el cielo no permita que volvamos a caer en el pantano financiero de los años treinta! Aquellos fueron días de largas filas para recibir sopa, de suicidios provocados por el desaliento y de una desolación de vida que resulta incomprensible para quienes no la experimentaron. A pesar del cinismo predominante, de alguna manera sobrevivimos y seguimos adelante.

Trabajábamos en cualquier empleo que pudiéramos encontrar, aunque la paga era escasa. Pero logramos alimentarnos y continuar. Con el tiempo, surgieron oportunidades aquí y allá. Avanzamos con fe en el Todopoderoso, lo cual cultivó un espíritu de optimismo. En 1982 asistí a la celebración del quincuagésimo aniversario de la graduación de mi clase universitaria y allí me reuní nuevamente con hombres y mujeres que habían llegado a ser destacados en muchas actividades. Se habían convertido en líderes. Habían buscado lo positivo en la vida, orando con fe y trabajando con diligencia. A pesar de obstáculos abrumadores, avanzaron con un espíritu de optimismo y con la disposición de trabajar tan arduamente como les fuera posible.

Independientemente de nuestras circunstancias, debemos hacer lo mismo: avanzar con fe y oración, invocando al Señor para recibir Su sustento y dirección. Descubriremos, al pasar los años, que ha habido una guía sutil de nuestros pasos por senderos de progreso y de gran propósito.

No debemos quedar atrapados por la sofistería del mundo, que en su mayor parte es negativa y que rara vez, si acaso alguna vez, produce buenos frutos. No debemos dejarnos enredar ni apoyarnos en las palabras de aquellos ingeniosos cuya misión autoasignada es menospreciar lo sagrado, enfatizar la debilidad humana en lugar de la fortaleza inspirada y socavar la fe.

Debemos caminar con esperanza y fe. Debemos hablar de manera positiva y cultivar una actitud de confianza. Todos tenemos la capacidad de hacerlo. Nuestra fortaleza dará fortaleza a otros, y el efecto acumulativo y expansivo será extraordinario.

¡Cuán magnífica y abundantemente hemos sido bendecidos! No hace falta viajar muy lejos ni experimentar mucho de lo que el mundo tiene para ofrecer para darse cuenta de cuán ricamente hemos sido favorecidos en esta gran nación. Con gratitud en el corazón, dejemos de concentrarnos en los problemas que tenemos, salvo en un espíritu de contribución a las soluciones. Más bien, contemos nuestras bendiciones y decidamos hacer todo lo que podamos para

hacer de este mundo un lugar mejor. En nuestras circunstancias individuales, busquemos y cultivemos las maravillas de nuestras oportunidades. Podemos ser vencidos por un espíritu derrotista o podemos abrazar con entusiasmo las oportunidades de aprender, desarrollar maravillosas amistades y construir grandes lealtades.

En una ocasión, mientras el Salvador caminaba entre una multitud, una mujer que había estado enferma durante mucho tiempo tocó Su manto. Él percibió que poder había salido de Él. La fuerza que era Suya la fortaleció a ella. Así puede suceder con cada uno de nosotros. En lugar de hacernos comentarios hirientes unos a otros, ¿no podríamos cultivar el arte de elogiar, fortalecer y animar? ¡Qué maravillas podemos lograr cuando otros tienen fe en nosotros! Ningún líder puede tener éxito durante mucho tiempo en una sociedad sin la confianza de la gente. Lo mismo ocurre con nosotros en nuestras relaciones diarias.

Se han depositado divinamente responsabilidades sobre cada uno de nosotros, y estas recaen sobre toda persona que desee vivir en una sociedad ordenada y pacífica: llevar las cargas los unos de los otros, fortalecernos mutuamente, alentarnos mutuamente, elevarnos mutuamente, buscar lo bueno en los demás y destacar ese bien. No hay hombre ni mujer que no pueda deprimirse por un lado o ser elevado por el otro por las palabras de quienes le rodean.

El columnista Sydney Harris publicó una vez estas memorables observaciones:

Sir Walter Scott fue un problema para todos sus maestros, y también lo fue Lord Byron. Thomas Edison, como todos saben, fue considerado un estudiante torpe en la escuela. Pestalozzi, quien más tarde llegó a ser el educador más destacado de Italia, fue considerado salvaje y necio por las autoridades escolares. Oliver Goldsmith era visto casi como un imbécil. El duque de Wellington fracasó en muchas de sus clases. Entre escritores famosos, Burns, Balzac, Boccaccio y Dumas obtuvieron pobres resultados académicos. Flaubert, quien llegaría a convertirse en el escritor más impecable de Francia, encontró extremadamente difícil aprender a leer. Tomás de Aquino, que poseía la mente escolástica más brillante entre todos los pensadores católicos, fue apodado en la escuela "el buey mudo". Linneo y Volta tuvieron un mal desempeño en sus estudios. Newton ocupó el último lugar de su clase. Sheridan, el dramaturgo inglés, no pudo permanecer más de un año en una misma escuela.

Al igual que esas personas famosas que se han mencionado, muchos de nuestros antepasados y de aquellos que establecieron los fundamentos de esta nación eran imperfectos. Eran humanos. Sin duda cometieron errores y en ocasiones no estuvieron a la altura de lo esperado. Pero esos errores eran insignificantes en comparación con la maravillosa obra que realizaron. Resaltar los errores de una persona y pasar por alto el bien mayor que hizo es dibujar una caricatura. Las caricaturas son divertidas, pero con frecuencia son feas y deshonestas. Un hombre puede tener una verruga en la mejilla y aun así poseer un rostro de belleza y fortaleza; pero si la verruga se enfatiza de manera desproporcionada en relación con sus demás rasgos, el retrato carece de integridad.

Solo ha habido un hombre perfecto que haya caminado sobre la tierra. El Señor utiliza personas imperfectas —usted y yo— para edificar sociedades fuertes. Si algunos de nosotros tropezamos ocasionalmente, o si nuestro carácter ha tenido alguna pequeña imperfección de una forma u otra, tanto mayor es el milagro de que logremos realizar tanto.

Hace algún tiempo vino a verme una joven pareja. Seis meses antes se habían casado. Habían declarado su amor mutuo. Habían prometido lealtad el uno al otro. Ahora, sin embargo, el joven llegó a mi oficina desilusionado, amargado y con el corazón destrozado. Su esposa, dijo él, hacía esto y aquello: pequeñas cosas sin importancia, como dejar los platos sin lavar cuando salía a trabajar por la mañana. Y nada parecía hacerla feliz. Luego entró su esposa, una hermosa joven de gran talento. Ella habló de los defectos de su marido. Era tacaño. No recogía su ropa. Era descuidado. Cada uno tenía sus faltas, y todas ellas podían corregirse fácilmente. El problema radicaba en que ambos tenían una mayor inclinación a destacar los defectos del otro que a hablar de sus respectivas virtudes. Con un poco de disciplina, cada uno podría haber cambiado. Con un poco de deseo, cada uno podría haber hablado con un tono diferente. Pero ninguno estaba dispuesto a hacerlo. Habían permitido que una actitud y una perspectiva negativas destruyeran la asociación más dulce y rica de la vida. Habían desechado, con palabras descuidadas y amargas, las esperanzas y los sueños de la eternidad. Con críticas y gritos, habían violado la más sagrada de todas las relaciones.

La crítica y el pesimismo destruyen familias, debilitan instituciones de toda clase, derrotan a casi cualquier persona y extienden un manto de tristeza sobre naciones enteras. Debemos resistir la tentación de participar del espíritu de

nuestra época. Más bien, necesitamos buscar lo bueno que nos rodea. Hay tanto que es dulce, decente y bueno sobre lo cual edificar. Por encima y más allá de lo negativo, lo crítico, lo cínico y lo dudoso, podemos y debemos aprender a mirar hacia lo positivo y lo afirmativo.

¡Tenemos tanto por qué vivir y tanto por qué esperar! La humanidad es esencialmente buena. Todos formamos parte de una gran familia. Podemos fortalecer la voz de la esperanza. Podemos expresar gratitud a quienes trabajan por la paz. Podemos prestar mayor atención a quienes alimentan al hambriento y vendan las heridas de los conflictos. En la medida en que cultivemos esta virtud del optimismo, bendeciremos a todos los pueblos del mundo.

## La Fe: Nuestra Única Esperanza

*Grandes edificios nunca fueron construidos sobre cimientos inseguros. Grandes causas nunca alcanzaron el éxito bajo líderes vacilantes. La fe siempre ha estado, y siempre debe estar, en la raíz de toda práctica y empresa significativa.*

---

Si hay algo que usted y yo necesitamos para ayudarnos a encontrar éxito y realización en este mundo, es la fe: ese elemento dinámico, poderoso y maravilloso mediante el cual, como declaró Pablo, fueron formados los mismos mundos (véase Hebreos 11:3). No me refiero a algún concepto etéreo, sino a una fe práctica, pragmática y activa: la clase de fe que nos mueve a arrodillarnos y suplicar al Señor por guía y luego, habiendo recibido una medida de confianza divina, ponernos de pie y trabajar para ayudar a que los resultados deseados se hagan realidad. Tal fe es un recurso sin comparación. Tal fe es, cuando todo está dicho y hecho, nuestra única esperanza genuina y duradera.

La fe es mucho más que un lugar común teológico, aunque muchos la consideran así. Es un hecho de la vida. La fe puede convertirse en la verdadera fuente de una vida con propósito. No existe motivación más poderosa para un esfuerzo digno que el conocimiento de que somos hijos de Dios, de que Dios espera que hagamos algo con nuestra vida y de que Él nos brindará ayuda cuando la busquemos.

¿No podría cualquiera de nosotros decir que, si tuviéramos una fe mayor en Dios, podríamos hacerlo mejor de lo que estamos haciendo ahora? No existe obstáculo demasiado grande ni desafío demasiado difícil si tenemos fe.

Con fe podemos elevarnos por encima de esos elementos negativos de nuestra vida que constantemente nos arrastran hacia abajo. Con esfuerzo podemos desarrollar la capacidad de dominar aquellos impulsos que conducen a acciones degradantes y malas. Con fe podemos disciplinar nuestros apetitos. Podemos

extender la mano a quienes están desanimados y derrotados, y darles calor mediante la fortaleza y el poder de nuestra propia fe.

Hace algunos años, mi esposa y yo viajábamos en un avión entre Honolulu y Los Ángeles. En aquel tiempo, solamente existían aeronaves impulsadas por hélices. Aproximadamente a mitad de camino sobre el Pacífico, uno de los motores se detuvo. Hubo una disminución de velocidad, una pérdida de altitud y una cierta dosis de nerviosismo entre todos los que íbamos a bordo. Gran parte de la potencia de la aeronave había desaparecido, y los riesgos aumentaron en consecuencia. Sin esa potencia no podíamos volar alto, rápido ni con seguridad. ¡Qué bienvenida fue la vista del aeropuerto de Los Ángeles cuando finalmente llegamos!

Así sucede con nuestra vida cuando minimizamos la necesidad de la fe y despreciamos el conocimiento del Señor. En tales condiciones, es como si estuviéramos volando con potencia parcial. Simplemente no podemos lograr tanto por nosotros mismos como cuando unimos nuestros esfuerzos con los de la Divinidad. La aceptación o el reconocimiento pasivo de Dios no es suficiente. Un testimonio vibrante surge de una búsqueda ferviente.

Por lo tanto, cuando hablo de fe, no me refiero a ella en un sentido abstracto. Me refiero a ella como una fuerza viva y vital que surge del reconocimiento de Dios como nuestro Padre y de Jesucristo como nuestro Salvador. Para quienes acepten esta premisa fundamental, vendrá una aceptación de las enseñanzas de las Escrituras y una obediencia que traerán paz y gozo en esta vida.

Nuestra vida es la única expresión significativa de lo que creemos y de Aquel en quien creemos. Y la única riqueza verdadera, para cualquiera de nosotros, reside en nuestra fe. ¿Por qué digo esto? Porque la fe en un Ser Divino, en el Todopoderoso, es el gran poder impulsor que puede cambiar nuestra vida. Con ella viene el único consuelo duradero y la verdadera paz mental. Dios es nuestro Padre Eterno, y Él vive. No comprendo la maravilla de Su majestad; no puedo abarcar Su gloria. Pero sé que está profundamente interesado en nuestro bienestar y que participa en nuestra vida; sé que puedo hablar con Él mediante la oración y que Él escuchará y atenderá.

Me impresiona el comandante William Robert Anderson, el hombre que condujo el submarino *Nautilus* bajo el Polo Norte desde las aguas del Pacífico hasta las del Atlántico. En su billetera llevaba una tarjeta gastada con estas

palabras: “Creo que siempre soy guiado divinamente. Creo que siempre tomaré el camino correcto. Creo que Dios siempre abrirá un camino, aun cuando parezca que no existe ninguno”. Comparto sus convicciones, porque yo también creo que Dios siempre abrirá un camino, aun cuando parezca que no existe ninguno.

La fe en algo más grande que nosotros mismos nos permite hacer lo que hemos dicho que haremos, seguir adelante cuando estamos cansados, heridos o asustados, continuar cuando el desafío parece abrumador y el rumbo completamente incierto. Cuando era niño, me conmovió el poema de Joaquín Miller titulado **“Colón”**:

*Detrás de él quedaban las grandes Azores,  
Detrás, las Puertas de Hércules;  
Delante de él, ni la sombra de costas,  
Delante de él, sólo mares sin fin.*

*El buen compañero dijo: “Ahora debemos orar,  
¡Pues hasta las estrellas han desaparecido!  
Valiente Almirante, habla; ¿qué debo decir?”  
“Pues di: “¡Navegad! ¡Navegad! ¡Y adelante!”*

*Entonces, pálido y agotado, permaneció en cubierta  
Y escudriñó la oscuridad. ¡Ah, aquella noche,  
La más oscura de todas las noches! Y entonces una mota,  
¡Una luz! ¡Una luz! ¡Una luz! ¡Una luz!*

*Creció, como una bandera iluminada por estrellas;  
Creció hasta convertirse en el estallido del alba de los tiempos.  
Ganó un mundo; dio a ese mundo  
Su más grandiosa lección: “¡Adelante! ¡Navegad!”*

Colón mantuvo su confianza; mantuvo su fe. Y descubrió un hemisferio.

Pensad en el almirante Nelson la mañana de la Batalla de Trafalgar, cuando dijo: “Inglaterra espera que cada hombre cumpla con su deber”. Después de aquella feroz y sangrienta contienda, mientras permanecía de pie en la cubierta de su barco mostrando humanidad hacia su enemigo, se disparó una bala a menos de quince metros de donde se encontraba. Cayó sobre la cubierta con la columna vertebral destrozada. Tres horas y cuarto después murió, y sus últimas

palabras pronunciadas con claridad fueron: “¡Gracias a Dios! ¡He cumplido con mi deber!”. Una alta columna y una estatua se alzan en su honor en la Plaza de Trafalgar, en Londres. Lo que esa estatua honra es a un hombre que fue fiel a sí mismo, fiel a su país y fiel a lo que había dicho que haría; todo ello hecho posible por la fe.

La fe y la disposición a creer ahuyentarán el pesimismo y lo reemplazarán con esperanza y confianza. Es una fuente de inmenso consuelo personal y de paz mental saber que Dios está con nosotros, y que aun cuando no haya salida —o quizá especialmente cuando parezca que no la hay— Él abrirá el camino.

Dijo el Señor, en una hora oscura y difícil, a aquellos a quienes amaba: “No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo” (Juan 14:27). La fe no puede crecer ni ejercerse en un ambiente de duda.

Vivimos en tiempos complicados y confusos. Con frecuencia nos encontramos en situaciones en las que no es fácil afrontar aquello que se espera de nosotros, ni defender lo que sabemos y creemos que es verdadero. Necesitamos más fe. Debemos saber que el Todopoderoso no nos dará requisitos ni mandamientos más allá de nuestra capacidad para obedecerlos. No nos pedirá hacer cosas para las cuales carezcamos de la capacidad necesaria. Nuestro problema radica en nuestros temores y en nuestros apetitos.

Sin la preservación y el cultivo de las cosas espirituales, nuestro éxito material será como ceniza en nuestra boca. El espíritu es tan parte de una persona como lo es el cuerpo, y también necesita alimento: el alimento que nace de la fe y de la devoción a un Ser Supremo. Esta es la fuente que refina al ser humano, que lo eleva por encima del nivel de los animales en la selva, que inspira sus mejores obras y que es divina en su esencia. En la desenfrenada carrera materialista en la que está inmerso el mundo, esa fe está siendo sofocada y pisoteada. Si no tenemos cuidado, con ella desaparecerán también nuestra libertad, la dignidad del individuo, el altruismo que hace soportable la vida y la paz que anhelamos. No podemos sobrevivir sin fe.

No he olvidado un editorial escrito hace algunos años sobre este tema, en el que se expresó el siguiente sentimiento: “Si Estados Unidos ha de llegar a ser verdaderamente grande, debemos dejar de sentir incomodidad ante la palabra “espiritual”. Nuestra tarea es redescubrir y reafirmar nuestra fe en los valores

no utilitarios sobre los cuales ha descansado la vida estadounidense desde sus comienzos”.

Un provocador artículo del *Wall Street Journal*, publicado una víspera de Navidad, declaraba:

“Mientras nos reunimos para celebrar la festividad más conocida de nuestra fe religiosa históricamente predominante, la propia idea de la religión se encuentra bajo asedio. La palabra de Dios ya no puede escucharse en las escuelas de la nación. Los nacimientos no pueden exhibirse en propiedades públicas; por primera vez desde la conversión de Constantino, el Estado ha prohibido la exhibición de símbolos cristianos. Mientras tanto, las escuelas distribuyen preservativos, incluso frente a las objeciones de los padres. ... El cristianismo nos ha instruido sobre cuestiones morales durante dos milenios, y el judaísmo durante aún más tiempo. Tengamos o no fe personal, hemos estado viviendo de ese capital moral. ... En lugar de menospreciar al cristianismo y a la religión en general, las élites socialmente conscientes deberían preguntarse qué puede enseñarnos el impulso religioso y cómo, en medio de los vientos de la modernidad, podríamos comenzar a restaurar el caudal de guía moral que nos legó”.

Yo creo eso. Lo creo no solo para Estados Unidos, sino para todas las naciones. Lo recomiendo para una reflexión seria y cuidadosa. Estoy convencido de que ninguna nación puede basar por mucho tiempo su progreso únicamente en el materialismo, el poder militar y el avance científico. Necesitamos —¡oh, cuánto necesitamos!— volver a introducir al Todopoderoso y su influencia en nuestras vidas.

Los grandes edificios nunca se construyeron sobre cimientos inseguros. Las grandes causas nunca alcanzaron el éxito bajo el liderazgo de personas vacilantes. La fe siempre ha sido, y siempre debe ser, la raíz de toda práctica y esfuerzo significativo. Se puede debatir sobre teología, pero el testimonio personal unido a las obras no puede ser refutado.

Hace varios años, el columnista Cal Thomas escribió un interesante artículo en el *Los Angeles Times* bajo el título: “Mientras los estadounidenses expulsan la religión de las escuelas, los rusos quieren recuperarla”. Describía los exitosos esfuerzos por eliminar todo elemento religioso de las escuelas públicas de Estados Unidos, contrastándolos con una invitación hecha desde Rusia para

Llevar maestros y Biblias a las escuelas públicas de su país con el fin de “restaurar los valores y la base ética que creen que sus hijos perdieron durante siete décadas de adoctrinamiento ateo”. Resumía de la siguiente manera:

“¿Qué podría ser más irónico? Los estadounidenses hacen todo lo posible por eliminar la religión de las escuelas públicas, mientras que los rusos hacen todo lo posible por revivirla en las suyas. Habiendo estado privados de libertad religiosa durante la mayor parte de este siglo, los rusos aparentemente reconocen el valor de lo que perdieron. Los estadounidenses, cuyo país fue establecido sobre principios de valores y expresión religiosa, coquetean con el paganismo, sin darse cuenta de cómo es vivir en una nación antirreligiosa. Parece que los rusos han aprendido algo de nosotros. También parece que nosotros no hemos aprendido nada de ellos”.

No descuidéis el cultivo de la espiritualidad. Hacerlo es cosechar finalmente frutos amargos. El Maestro hizo esta sencilla pero profunda declaración que llega al corazón mismo de nuestras prioridades y de nuestro sentido de propósito: “¿Qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo y perdiera su alma? ¿O qué dará el hombre a cambio de su alma?” (Marcos 8:36–37).

Debemos esforzarnos por alcanzar la paz que viene únicamente cuando reconocemos, aceptamos y tenemos fe en el Príncipe de Paz. No permitamos que, en nuestra supuesta sofisticación y orgullo, en nuestro avanzado conocimiento y nuestros logros, lleguemos a ser tan arrogantes que ya no sintamos dependencia de Aquel que es mayor que todos nosotros. Cuando todo lo demás falla, el Señor está allí para ayudarnos. Él ha extendido una asombrosa invitación y promesa: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (Mateo 11:28). Cada uno de nosotros tiene cargas. Cada uno de nosotros enfrenta desafíos y opciones confusas. Para cada uno de nosotros hay días en que las cosas no salen bien. Pero el Señor ayudará a cada uno de nosotros a llevar nuestras cargas y afrontar nuestros desafíos. Sin embargo, para que eso ocurra, debemos creer; debemos tener fe en que Él tiene el poder para ayudarnos y en que realmente nos ayudará.

La fortaleza para librar la batalla —ya sea la batalla contra hábitos destructivos, la batalla por la pureza personal o la batalla por fortalecer la familia en un mundo que parece cada vez menos comprometido con ella— comienza al recurrir a la fortaleza de Dios. Él es la fuente de todo poder verdadero. Es como si Pablo hubiera comprendido nuestra época cuando declaró: “Fortaleceos en

el Señor, y en el poder de su fuerza. Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo. Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes” (Efesios 6:10–13).

Es precisamente para afrontar la lucha que Pablo describió que regreso a un tema que considero haría más que cualquier otra cosa para fortalecernos ante los inevitables desafíos que tenemos por delante. Es un principio honrado por el tiempo y probado por la experiencia, pero cada vez más descuidado: la práctica de la oración. Las devociones privadas están desapareciendo de nuestra sociedad. ¿Estamos olvidando al Todopoderoso, quien en los momentos de mayor necesidad es nuestra mayor fortaleza?

Creo en la oración. No podemos tener éxito por nosotros mismos. Necesitamos desesperadamente la ayuda de Alguien mucho más sabio y mucho más poderoso que nosotros. Creo en el concepto de hablar con nuestro Padre Eterno en el nombre de Su Hijo. “He aquí”, dijo Él, “yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo” (Apocalipsis 3:20). Esta es Su invitación, y la promesa relacionada con ella es segura.

Muchas personas buenas en el mundo oran. Pero el problema de muchas de nuestras oraciones es que las ofrecemos como si estuviéramos levantando el teléfono para pedir víveres: hacemos nuestro pedido y colgamos. Necesitamos meditar, reflexionar, pensar en aquello por lo que estamos orando y luego hablar con el Señor como una persona habla con otra. “Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta” (Isaías 1:18). Esa es la invitación. Crean en el poder de la oración. Es real, es maravilloso, es extraordinario.

Hace varios años estuve en Europa en una época en que los tanques recorrían las calles de una gran ciudad y los estudiantes eran masacrados por el fuego de ametralladoras. Me encontraba un día de diciembre en la estación ferroviaria de Berna, Suiza. A las once de la mañana, todas las campanas de las iglesias de Suiza comenzaron a sonar y, cuando terminó aquel repique, todo vehículo se detuvo: cada automóvil en las carreteras, cada autobús, cada tren. La enorme y cavernosa estación ferroviaria quedó en un silencio absoluto. Miré por la

puerta principal hacia la plaza. Los hombres que trabajaban en el hotel de enfrente permanecían sobre los andamios con la cabeza descubierta. Todas las bicicletas se detuvieron. Hombres, mujeres y niños descendieron de ellas y permanecieron de pie con la cabeza descubierta e inclinada. Luego, después de tres minutos de silencio reverente y de oración, grandes convoyes de camiones cargados con alimentos, ropa y medicinas comenzaron a salir de Ginebra, Berna, Basilea y Zúrich hacia la nación sufriendo del este. Las puertas de Suiza se abrieron para recibir a los refugiados.

Mientras estaba allí aquella fría mañana de invierno, sentí la calidez y la inmensa sensación de seguridad de una nación que apelaba unida a Dios. Me maravilló el contraste casi milagroso entre el poder opresor que segaba la vida de estudiantes en una nación y el espíritu de un pueblo cristiano en otra, que inclinaba la cabeza en oración y reverencia y luego se arremangaba para brindar socorro y salvación.

De todas las grandes, maravillosas e inspiradoras promesas que he leído, una de las más reconfortantes es la incomparable invitación del Salvador: “Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá” (Mateo 7:7). Nunca olvidemos orar. Dios vive. Está cerca. Es real. No solo está consciente de nosotros, sino que también se preocupa por nosotros. Él es nuestro Padre. Está al alcance de todos los que lo buscan.

Lo maravilloso de la oración es que es personal, es individual; es la comunicación más íntima entre nosotros y nuestro Padre. No debemos vacilar en pedirle que nos bendiga, que nos ayude a alcanzar nuestras justas aspiraciones. Podemos pedirle aquellas cosas importantes que significan tanto para nosotros en la vida. Él está dispuesto a ayudar, fortalecer y consolar.

Pienso en un joven que fue llamado al servicio militar. Era un muchacho religioso, proveniente de un hogar donde la oración formaba parte de la vida diaria, y no veía nada extraño en arrodillarse antes de acostarse, incluso en el cuartel. Como era de esperar, los demás soldados jóvenes se burlaban de él, y el problema se agravó cuando decidió no participar en algunas de las alborotadas actividades de fin de semana fuera de la base. Como resultado, pronto se convirtió en el blanco de muchas bromas y burlas. En un intento por ganarse su amistad, finalmente aceptó una noche ir a la ciudad para una velada desenfrenada. Pero mientras viajaban en autobús hacia la ciudad, una imagen acudió a su mente. Vio la cocina de su hogar. Era la hora de la cena. Allí estaba

su familia, arrodillada junto a las sillas de la cocina: su padre, su madre, dos hermanas y un hermano menor. Era como si pudiera escuchar lo que decía su hermanito en su oración: “Por favor, bendice a mi hermano mayor y ayúdalo a regresar sano y salvo a casa con nosotros”. Aquella imagen mental fue suficiente para el joven soldado. Se apartó del grupo y de las actividades que habrían violado sus normas personales. El poder de la oración, especialmente el modelo de oración observado en una familia, había cruzado un océano.

La oración diaria en los hogares de la nación, en tan solo una generación, elevaría nuestras cabezas por encima de la inundación que nos está envolviendo. Estoy convencido de que no existe sustituto adecuado para la práctica de arrodillarse juntos ante el Señor por la mañana y por la noche: padre, madre e hijos.

En 1872, el coronel Thomas L. Kane, de Filadelfia, visitó el Territorio de Utah con su esposa y sus dos hijos. Viajaron en carreta unas trescientas millas hacia la parte sur del territorio, deteniéndose cada noche en los hogares de las personas que vivían en los asentamientos fronterizos a lo largo del camino. La señora Kane escribió una serie de cartas a su padre, que permanecía en su hogar. En una de ellas escribió:

“En cada uno de los lugares donde nos alojamos durante este viaje tuvimos oraciones inmediatamente después de la cena y nuevamente antes del desayuno. Nadie estaba exento. . . . Las personas se arrodillan de inmediato mientras el jefe del hogar, o algún huésped distinguido, ora en voz alta. . . . Dedicamos muy poco tiempo a las fórmulas de alabanza, pero piden lo que necesitan y le agradecen por lo que les ha dado. . . . Dan por sentado que Dios conoce nuestros nombres y títulos habituales, y pedirán una bendición para [una persona en particular por su nombre]. Me gustó esto cuando me acostumbré a ello”.

Así era en los hogares pioneros de toda esta tierra. Con la fe que provenía de estas invocaciones diarias, aquellos que colonizaron el gran Oeste americano arrancaron la artemisa del suelo, condujeron las aguas por canales de riego hacia la tierra reseca, hicieron florecer el desierto como la rosa, gobernaron a sus familias con amor, vivieron en paz unos con otros y con el mundo, e hicieron inmortales sus nombres al perderse a sí mismos en el servicio a Dios.

No podemos orar en nuestras escuelas públicas, pero sí podemos orar en nuestros hogares y, al hacerlo, volveremos a entretener en el carácter de nuestros hijos la fortaleza moral que llegará a ser la fibra de una sociedad mejor. “Buscad a Jehová mientras puede ser hallado” (Isaías 55:6).

Las recompensas de tal práctica quizá no sean inmediatamente evidentes ni fácilmente perceptibles. Pueden ser extremadamente sutiles. Pero serán reales, porque “Dios es galardonador de los que le buscan diligentemente” (Hebreos 11:6). Además, nosotros mismos y nuestros hijos cambiamos, desarrollando dentro de ellos un nuevo respeto, un espíritu de gratitud y una apropiada humildad; así reformaremos nuestra sociedad.

Ninguna otra práctica tendrá un efecto tan saludable sobre nuestras vidas como la de arrodillarnos juntos en oración. Las mismas palabras “Padre Nuestro que estás en los cielos” tienen un efecto extraordinario. No podemos pronunciarlas con sinceridad y comprensión sin experimentar algún sentimiento de responsabilidad ante Dios.

Nuestras conversaciones diarias con Él traerán paz a nuestros corazones y gozo a nuestras vidas, un gozo que no puede provenir de ninguna otra fuente. Nuestras relaciones de toda clase se volverán más dulces con el paso de los años. Nuestro aprecio mutuo crecerá.

Nuestros hijos serán bendecidos con un sentimiento de seguridad que proviene de vivir en un hogar donde mora un espíritu maravilloso y apacible. Conocerán y amarán a padres que se respetan mutuamente. Experimentarán la seguridad de palabras amables pronunciadas con suavidad. Estarán protegidos por un padre y una madre que, viviendo honestamente ante Dios, viven honestamente el uno con el otro y con sus vecinos. Madurarán con un sentido de gratitud, habiendo escuchado a sus padres expresar en oración agradecimiento por bendiciones grandes y pequeñas. Crecerán en la fe.

¡Qué maravilloso es recordar ante el Señor a quienes están enfermos y afligidos, a quienes tienen hambre y están necesitados, a quienes están solos y atemorizados, a quienes viven en cautiverio y profunda angustia! Cuando tales oraciones se ofrecen con sinceridad, seguirá un mayor deseo de tender la mano a quienes están necesitados. Es algo significativo enseñar a los niños a orar por sus propias necesidades. Cuando los miembros de la familia se arrodillan juntos en súplica al Todopoderoso y hablan con Él acerca de sus necesidades, se

destilará en el corazón de los niños una inclinación natural a acudir a Dios como su Padre y su Amigo en momentos de angustia y extrema necesidad.

Que la oración, por la noche y por la mañana, tanto en familia como individualmente, llegue a ser una práctica en la que los niños crezcan desde temprana edad. Bendecirá sus vidas para siempre.

Un hombre a quien he admirado durante mucho tiempo escribió esto a sus nietos acerca de la oración familiar en su propio hogar: “No nos hemos ido a la cama sin antes arrodillarnos en oración para suplicar guía y aprobación divinas. Pueden surgir diferencias aun en las familias mejor gobernadas, pero serán disipadas por . . . el espíritu de la oración. . . . Su misma psicología tiende a promover una vida más recta entre los hombres. Tiende a la unidad, al amor, al perdón y al servicio”.

Creo profundamente en el principio fundamental de que cada uno de nosotros es hijo de Dios. No importa la raza. No importa la inclinación de nuestros ojos ni el color de nuestra piel, el tamaño de nuestras cuentas bancarias ni la prominencia de nuestra posición en la sociedad. Cada uno de nosotros es un hijo o una hija del Todopoderoso, quien nos ama y está dispuesto a escuchar nuestras súplicas y ayudarnos con nuestros problemas.

¿Estoy pidiendo demasiado? ¿Estoy entrando en un terreno que no me corresponde cuando me tomo la libertad de sugerir que ha llegado el momento de que todos reconozcamos nuestros fracasos y debilidades, y nos arrodillemos para buscar la sabiduría del cielo?

Lo maravilloso es que funciona. Lo he visto. Lo he experimentado. Soy testigo del poder de la oración. Un día hablé con un amigo que había escapado de su tierra natal. Tras la caída de su nación, había sido arrestado e internado. Su esposa y sus hijos habían logrado huir, pero durante más de tres años él había permanecido prisionero, sin medios de comunicación con aquellos a quienes amaba. La comida era deplorable y las condiciones de vida opresivas, sin perspectivas de mejora.

—¿Qué le sostuvo durante todos esos días oscuros? —le pregunté.

Él respondió:

—Mi fe. Mi fe en Jesucristo. Puse mis cargas sobre Él, y entonces parecieron mucho más ligeras.

Los problemas que enfrentamos en nuestra vida individual, en nuestras familias y en nuestra nación son mayores de lo que cualquiera de nosotros puede resolver con su propia sabiduría. Son problemas para los cuales necesitamos inspiración y guía espiritual. Las cosas de Dios se comprenden por el Espíritu de Dios. Lo que todos necesitamos es la inspiración espiritual motivadora y poderosa que puede llegar a la vida de quienes la buscan.

¿Somos tan arrogantes en nuestra sofisticada sociedad, saturada de tecnología y riqueza, que ya no sentimos necesario acudir al Dios de los cielos en busca de ayuda, sabiduría, consuelo y paz? No hay lugar para tal arrogancia en la vida de ninguno de nosotros. Tal presunción es mortal. Es autodestructiva. La humildad es mucho más apropiada.

Cuando el Señor resucitado apareció a Sus apóstoles, Tomás estaba ausente. Cuando sus compañeros le dijeron que habían visto al Señor, él respondió, como tantos lo han hecho entonces y ahora: “Si no viere en sus manos la señal de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré” (Juan 20:25).

¿No hemos oído todos a otros hablar como habló Tomás? “Denos”, dicen ellos, “la evidencia empírica. Demuéstrenlo ante nuestros propios ojos, nuestros oídos y nuestras manos; de otro modo no creeremos”. Este es el lenguaje de la época en que vivimos. Tomás el incrédulo se ha convertido en el ejemplo de las personas de todas las edades que se niegan a aceptar otra cosa que no sea aquello que pueden probar y explicar físicamente, como si pudieran demostrar el amor, la fe o incluso fenómenos físicos como la electricidad.

Continuando con el relato, ocho días después los apóstoles estaban nuevamente reunidos, incluyendo a Tomás. “Llegó Jesús, estando las puertas cerradas, y se puso en medio, y les dijo: Paz a vosotros”. Dirigiéndose específicamente a Tomás, le dijo: “Acerca tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente” (Juan 20:26–27).

A todos los que tienen dudas, les recomiendo las palabras que Tomás escuchó mientras tocaba las manos heridas del Señor: “No seas incrédulo, sino

creyente". Creed en Jesucristo, el Hijo de Dios, la figura más grande del tiempo y de la eternidad. Creed que Él fue el Creador de la tierra en la que vivimos.

¿Puede alguien que haya caminado bajo las estrellas en la noche... puede alguien que haya visto el toque de la primavera sobre la tierra dudar de la mano de la Divinidad en la creación? Al contemplar las bellezas de la tierra, uno se siente inclinado a hablar como lo hizo el salmista: "Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos. Un día emite palabra a otro día, y una noche a otra noche declara sabiduría" (Salmos 19:1-2). Toda la belleza de la tierra lleva la huella digital del Maestro Creador.

Creed en Jehová, Aquel cuyo dedo escribió sobre las tablas de piedra en medio de los truenos del Sinaí: "No tendrás dioses ajenos delante de mí" (Éxodo 20:3). El Decálogo, que es la base de toda buena ley que gobierna las relaciones humanas, es producto de Su genio divino. Cuando contemplamos el vasto cuerpo de leyes diseñadas para proteger a la humanidad y a la sociedad, debemos detenernos y reconocer que sus raíces se encuentran en aquellas pocas, breves y eternas declaraciones dadas por el sabio Jehová a Moisés, el líder de Israel.

Creed en la sagrada palabra de Dios, la Santa Biblia, con su tesoro de inspiración y verdades sagradas. Creed en vosotros mismos y en vuestros semejantes como hijos e hijas de Dios, hombres y mujeres con un potencial ilimitado para hacer el bien en el mundo. Creed en nuestro poder para disciplinarnos contra los males que podrían destruirnos. Todo hombre y toda mujer, todo niño y toda niña, posee una herencia divina. ¡Qué maravilloso derecho de nacimiento es ese!

Reconozco que soy un hombre de iglesia. Ustedes esperarían de mí este tipo de reflexión. Pero deseo decir que el respeto y la reverencia hacia el Todopoderoso, así como la fe en Su bondad y poder, combinados con la observancia de Sus mandamientos encarnados en las virtudes que hemos identificado, harán más que cualquier otra cosa para mantener firme el rumbo de nuestra nación y asegurar el progreso de las comunidades de América. Y la oración familiar, que surge de manera tan natural de nuestra fe, nos fortalecerá y nos dará poder a nosotros y a nuestras familias contra los engaños, las distracciones y los desalientos de la sociedad actual.

No hay nada más grande que podamos hacer que aumentar nuestra fe en el Todopoderoso y acudir a Él regularmente mediante la oración personal y familiar.

## PARTE DOS

### Los Guardianes de la Virtud

*La salud de cualquier sociedad, la felicidad de su pueblo, su prosperidad y su paz, encuentran todas sus raíces en la fortaleza y estabilidad de la familia.*

---

## MATRIMONIO

### Lo que Dios Ha Unido

*Una cosa es hablar de la importancia y santidad del matrimonio, y otra muy distinta es crear un matrimonio así, día tras día. El matrimonio puede ser frágil. Requiere cuidado, tiempo y muchísimo esfuerzo.*

---

Mientras viajaba en un avión hace algún tiempo, tomé un ejemplar de una popular revista nacional. Al hojearla, llegué a una sección titulada **Anuncios Personales** y conté 159 anuncios colocados por personas solitarias que buscaban pareja. Quienes habían publicado esos anuncios se habían esforzado por presentarse bajo la mejor luz posible. Pero era fácil percibir que detrás de las descripciones ingeniosas y atractivas había tristeza, soledad y un profundo deseo de encontrar un compañero amable con quien recorrer el camino de la vida.

Mi corazón se extiende hacia aquellos que anhelan el matrimonio y que parecen no poder encontrarlo. Tales deseos son naturales y dados por Dios, porque la seguridad y la paz mental que son posibles en el matrimonio son mucho más difíciles, quizá incluso imposibles, de encontrar en la soledad o en cualquier otro lugar.

Debido a mi prolongada asignación eclesiástica, he sido autorizado y privilegiado para efectuar cientos de matrimonios. Una experiencia sobresale entre muchas otras. En aquel día, en dos ceremonias separadas y consecutivas, celebré los matrimonios de dos hermosas jóvenes que eran gemelas, cada una con un apuesto y capaz joven de su elección. Esa noche se realizó una recepción nupcial doble, y cientos de amigos acudieron para expresar su amor y sus buenos deseos.

Lo que hizo que aquellas bodas fueran especialmente memorables fue que aquellas hermosas jóvenes eran mis nietas. Confieso que este viejo abuelo se emocionó profundamente y tuvo dificultades para completar las ceremonias. Siempre me he preguntado acerca de tales emociones. Era una ocasión feliz, el cumplimiento de sueños y oraciones. Quizá mis lágrimas eran en realidad una expresión de gozo y gratitud a Dios por estas encantadoras novias y sus apuestos jóvenes esposos. Mediante promesas sagradas, se comprometieron a brindarse amor, lealtad, fidelidad y devoción mutua.

¡Qué cosa tan maravillosa es el matrimonio!, un plan provisto en la sabiduría del Todopoderoso para la felicidad y la seguridad de Sus hijos y para la continuidad de la raza humana. Él es nuestro Creador, y diseñó el matrimonio desde el principio. En el momento de la creación de Eva, “dijo Adán: Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne... Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne” (Génesis 2:23–24). Como escribió Pablo: “Ni el varón es sin la mujer, ni la mujer sin el varón, en el Señor” (1 Corintios 11:11). Seguramente nadie familiarizado con las Santas Escrituras puede dudar de la naturaleza divina de la institución del matrimonio.

La relación matrimonial abarca la más sagrada de todas las asociaciones. Los sentimientos más dulces y reconfortantes de la vida, los impulsos más generosos y satisfactorios del corazón humano, encuentran expresión en un matrimonio que permanece puro e inmaculado por encima de los males del mundo. Tal matrimonio es el deseo —el anhelo esperado, deseado y fervientemente pedido en oración— de hombres y mujeres en todas partes.

Aprendí por primera vez acerca del amor conyugal mediante el ejemplo de mis propios padres. Sabíamos que nuestro padre amaba a nuestra madre. No recuerdo haberlo escuchado jamás hablarle con dureza ni hablar mal de ella. Él la alentaba en sus intereses personales y en sus responsabilidades vecinales y

cívicas. Ella poseía muchos talentos naturales, y él la impulsaba a desarrollarlos. Su bienestar era una preocupación constante para él. Del mismo modo, ella lo alentaba y hacía todo lo posible para hacerlo feliz. Nosotros veíamos a nuestros padres como iguales: compañeros que trabajaban juntos y que se amaban y apreciaban mutuamente, así como nos amaban a nosotros.

A la edad de cincuenta años, mi madre desarrolló cáncer. Mi padre atendía cuidadosamente cada una de sus necesidades. Todavía recuerdo vívidamente las oraciones que ofrecíamos como familia durante su enfermedad, con sus súplicas entre lágrimas y las nuestras.

Han pasado casi setenta años, pero todavía puedo visualizar con claridad la imagen de mi padre, destrozado por el dolor, cuando descendió del tren y saludó a sus afligidos hijos después de la muerte de mi madre. La había llevado a California para que recibiera el tratamiento más avanzado de la época, con la esperanza de que de alguna manera ocurriera un milagro. Pero no fue así. El día en que regresó a casa, caminamos solemnemente por el andén de la estación hasta el vagón de equipajes, donde descargaron el féretro de nuestra madre y lo entregaron al director funerario. En aquel momento llegamos a comprender aún más la ternura del corazón de nuestro padre.

En el hogar feliz de nuestra niñez, nosotros, los hijos, sabíamos —y ese conocimiento provenía de un sentimiento y no de una declaración— que nuestros padres se amaban, se respetaban y se honraban mutuamente. ¡Qué bendición ha sido ese conocimiento! Cuando éramos niños, nos proporcionaba una sensación de seguridad. Al crecer, nuestros pensamientos y acciones fueron moldeados por aquel ejemplo que permaneció en nuestra memoria.

Los recuerdos de mi propio día de boda son igualmente claros y luminosos. Mi esposa, Marjorie, y yo éramos más altos entonces; caminábamos un poco más rápido y teníamos muchas menos arrugas. Yo tenía apenas unos pocos dólares ahorrados, y el dinero escaseaba. Pero aun así dimos el paso. Estábamos enamorados.

Pero no estábamos tan enamorados entonces como lo estamos hoy. Ahora llevamos más de sesenta años de matrimonio. Hemos envejecido juntos. A lo largo de todos estos años hemos sido bendecidos de maneras maravillosas y extraordinarias. Solo siento gratitud por mi esposa: por su lealtad, su amor, su

aliento, su compañía y su capacidad para mantener mis pies sobre la tierra. Doy gracias al Señor cada día por ella.

Nuestros hijos, nietos y bisnietos adoran a mi esposa. Cuando nuestros hijos llaman a casa —incluidos nuestros dos hijos ya adultos, ambos profesionalmente exitosos— nunca quieren hablar conmigo. Si yo contesto el teléfono, sus primeras palabras son: “¿Está mamá ahí?”. Lo han estado diciendo durante años, ¡y es maravilloso! Estoy tan agradecido por esta querida mujer que ha sido mi compañera, mi amada, mi amor, la madre de mis hijos y la única persona en el mundo que puede decirme lo que debo hacer, y yo lo hago, y lo he estado haciendo durante muchísimo tiempo. De hecho, ella no duda en decírmelo. Si me desvío del camino aunque sea un solo paso, ella me hace volver, y así lo ha hecho durante todos estos años. Pienso en lo vacía que habría sido la vida sin ella. Estoy seguro de que hemos experimentado los mismos tipos de problemas que la mayoría de las personas experimentan, pero de alguna manera hemos llegado hasta esta etapa del camino de la vida. No podría desear bendiciones mayores que las que he recibido en mi compañerismo con mi hermosa esposa.

Dios es el diseñador de la familia. Él dispuso que la mayor felicidad, los aspectos más satisfactorios de la vida y los gozos más profundos provinieran de nuestras relaciones mutuas y de nuestra preocupación los unos por los otros como padres y madres e hijos, hermanas y hermanos, tías y tíos, y así sucesivamente.

Con tanto en juego en el matrimonio, es razonable concluir que la decisión más importante de la vida es la decisión respecto al compañero o compañera de vida. ¿Parece presuntuoso, entonces, sugerir que esta es una decisión que debe tomarse cuidadosa y fervientemente en oración? Si más parejas afrontaran este paso trascendental buscando la guía del cielo, el resultado sería una mayor disposición para superar los desafíos que casi con certeza surgirán.

Porque, lamentablemente, no todo en el matrimonio es felicidad. Jenkins Lloyd Jones lo expresó muy bien: Existe una superstición entre muchos miles de nuestros jóvenes que se toman de la mano y se besan en los autocines, según la cual el matrimonio es una pequeña casa rodeada de perpetuas malvarrosas, a la que un esposo perpetuamente joven y apuesto regresa cada día para encontrarse con una esposa perpetuamente joven y encantadora. Cuando las malvarrosas se marchitan y aparecen el aburrimiento y las cuentas por pagar, los tribunales de divorcio se llenan. . . . Cualquiera que imagine que la felicidad

perfecta es lo normal va a perder mucho tiempo corriendo de un lado a otro y gritando que ha sido engañado. . . . La vida es como un viaje ferroviario de antaño: retrasos, desvíos, humo, polvo, cenizas y sacudidas, interrumpidos solo ocasionalmente por hermosos paisajes y emocionantes ráfagas de velocidad. El secreto consiste en agradecer al Señor por permitirnos hacer el viaje.

En verdad, el secreto es disfrutar el recorrido, caminando de la mano, bajo el sol y en la tormenta, como compañeros que se aman.

Nadie permanece joven y hermosa, o joven y apuesto, para siempre. Las tormentas llegarán a todos los hogares. Inevitablemente ligado a todo el proceso del matrimonio está el dolor: físico, mental y emocional. Toda pareja puede esperar encontrar desafíos a lo largo del camino. Hay mucho estrés y lucha, temor y preocupación. Para muchas parejas existe la constante batalla económica, porque nunca parece haber suficiente dinero para cubrir las necesidades de una familia. La enfermedad golpea periódicamente. Ocurren accidentes. La mano de la muerte puede extenderse con temible sigilo para llevarse a un ser querido sin previo aviso.

Todo esto parece formar parte del proceso de la vida familiar. Muy pocos son los que logran avanzar sin experimentar algo de ello. Así ha sido desde el principio. Caín disputó con Abel y luego cometió un acto terrible. ¡Cuán grande debió de haber sido el dolor en el corazón de sus padres, Adán y Eva!

Demasiados de quienes llegan al matrimonio han sido consentidos y malcriados, y de alguna manera se les ha hecho sentir que todo debe estar perfectamente bien en todo momento; que la vida es una serie de entretenimientos; que los apetitos deben satisfacerse sin consideración por los principios; que no se puede esperar que nadie soporte las dificultades y los desafíos que llegan, en un momento u otro, a la mayoría de los matrimonios. ¡Qué trágicas son las consecuencias de una forma de pensar tan vacía e irrazonable!

Entre las más devastadoras de estas tragedias está el divorcio. Se ha convertido en un gran flagelo. En los Estados Unidos, casi la mitad de todos los matrimonios terminan en divorcio. Detrás de esta impactante estadística hay más traición, más dolor, más abandono, pobreza y lucha de lo que la mente común puede imaginar. Millones de personas divorciadas en esta nación están solas, frustradas, inseguras e infelices. Millones son padres solteros que luchan

por criar a sus familias solos, cargando pesos superiores a su capacidad. Millones de niños están creciendo en hogares monoparentales de los cuales el progenitor, generalmente la madre, necesariamente está ausente gran parte del tiempo. Estos niños que regresan solos de la escuela vuelven cada día a casas vacías donde, en muchos casos, hay alimentos insuficientes y solo el televisor les sirve de refugio.

No solo estos niños están sufriendo, sino que toda la sociedad está pagando un precio terrible por sus circunstancias. A medida que crecen, aumenta entre ellos la incidencia del consumo de drogas. Un gran número recurre a la delincuencia. Con una preparación inadecuada, muchos están desempleados. Algunos desperdician sus vidas sin rumbo. Millones se han convertido en los desechos humanos de la sociedad, arrojados a la orilla por océanos de abandono, abuso y frustración, incapaces de corregir sus circunstancias. En verdad, de todos los problemas que enfrenta nuestra sociedad, el más grave es el deterioro de la familia.

Las amargas consecuencias se observan en la vida de los niños que no tienen un padre que los ame, los enseñe, los proteja y los guíe por el sendero de la vida mediante el ejemplo y el precepto. De aquellos que terminan en prisión, un porcentaje alarmante proviene de hogares destruidos donde un padre abandonó a su familia y una madre luchó en vano por enfrentar las abrumadoras dificultades que tenía en contra.

Pienso en una mujer que conozco, una atractiva y capaz joven divorciada, madre de siete hijos cuyas edades oscilaban entre los cinco y los dieciséis años. Una tarde cruzó la calle para llevar algo a una vecina. Cuando se dio vuelta para regresar a casa, resonaron en sus oídos los ecos de las voces de sus hijos, tal como las había escuchado unos minutos antes al salir de su casa: “Mamá, ¿qué vamos a cenar?”, “¿Puedes llevarme a la biblioteca?”, “Tengo que conseguir cartulina esta noche”. Cansada y agotada, miró su casa y vio una luz encendida en cada habitación. Pensó en sus hijos, que la esperaban para que regresara a casa y atendiera sus necesidades. Sintió el peso de sus cargas sobre los hombros.

Ella dijo: “Recuerdo que miré hacia el cielo entre lágrimas y dije: “Oh, Padre mío, simplemente no puedo hacerlo esta noche. Estoy demasiado cansada. No puedo enfrentarlo. No puedo regresar a casa y cuidar sola de todos esos niños.

¿Podría ir a Ti y quedarme contigo solo por una noche? Volveré por la mañana.”

Hay muchísimas personas como esa joven madre. Su reconocimiento de un Poder Divino es lo único que las mantiene adelante, porque sus cargas diarias son demasiado pesadas para soportarlas. En su soledad y desesperación, lloran y oran.

¿Por qué tenemos tantos hogares quebrantados? ¿Qué sucede con los matrimonios que comienzan con una pareja enamorada y con el deseo de ser leales, fieles y sinceros el uno con el otro, pero que terminan en dolor y angustia?

No existe una respuesta sencilla. Pero temo que el matrimonio, que en otro tiempo fue considerado un sacramento sagrado, esté convirtiéndose cada vez más en una experiencia secular. Con demasiada frecuencia se le considera poco más que un experimento: si funciona, excelente; si no, se prueba con otra cosa (o con otra persona). La gente parece estar perdiendo el sentido de responsabilidad, no solo el uno hacia el otro, sino también hacia Dios.

Una cuestión fundamental que explica un alto porcentaje de los problemas matrimoniales es el egoísmo. Digo esto por experiencia, más experiencia de la que me hubiera gustado tener, al tratar con tales tragedias. Encuentro que el egoísmo es un factor principal en el divorcio.

Con mucha frecuencia, el egoísmo es la base de los problemas económicos, los cuales son un factor muy serio y real que afecta la estabilidad de la vida familiar. El egoísmo está en la raíz del adulterio, del quebrantamiento de convenios solemnes y sagrados para satisfacer la lujuria. El egoísmo es la antítesis del amor. Es una corrosiva expresión de la codicia. Destruye la autodisciplina. Borra la lealtad. Desgarra los convenios sagrados. Afecta tanto a hombres como a mujeres. El egoísmo es el gran destructor de la felicidad familiar.

De vez en cuando existe una causa legítima para el divorcio. No soy de los que afirman que nunca está justificado. Pero digo sin vacilar que esta plaga entre nosotros, que parece crecer por todas partes, no proviene de Dios, sino que es la obra del adversario de la rectitud, la paz y la verdad.

Existe un remedio para todo esto. El Señor declaró: “Por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre” (Mateo 19:6). El remedio para la mayoría de las tensiones matrimoniales no está en el divorcio. Está en el arrepentimiento y el perdón, en las expresiones sinceras de caridad y servicio. No está en la separación. Está en la simple integridad que lleva a un hombre y a una mujer a enderezar sus hombros y cumplir con sus obligaciones. Se encuentra en la Regla de Oro, un principio venerable que, antes que nada, debería manifestarse en el matrimonio.

Para que el matrimonio sea mutuamente satisfactorio, debe existir, tanto en el esposo como en la esposa, el reconocimiento de la solemnidad y santidad de su unión y del propósito divino que hay detrás de ella. Esposos y esposas, considérense mutuamente compañeros valiosos y vivan de manera digna de esa relación. Padres, vean en sus hijos e hijas a los hijos del Todopoderoso, quien les pedirá cuentas por ellos. Manténganse unidos como sus guardianes, sus protectores, sus guías y sus anclas.

Un hombre sabio dijo una vez que “ningún éxito en la vida puede compensar el fracaso en el hogar”. Yo lo creo y recomiendo esa declaración a todos los que buscan un sentido de realización y paz, y que intentan encontrarlo fuera de su matrimonio y de su hogar. Será una búsqueda inútil, porque ninguna otra relación —por desafiante y frustrante que el matrimonio pueda ser de vez en cuando— puede proporcionar la misma seguridad, tranquilidad y sensación de bienestar.

Una cosa es hablar de la importancia y santidad del matrimonio, y otra muy distinta es construir un matrimonio así, día tras día. Es como dijo C. S. Lewis:

“[Dios] permite que la decepción ocurra en el umbral de toda empresa humana. Ocurre cuando el muchacho que quedó encantado en la niñez con las Historias de la Odisea se dedica seriamente a aprender griego. Ocurre cuando los enamorados se han casado y comienzan la verdadera tarea de aprender a vivir juntos. En cada ámbito de la vida, marca la transición de la aspiración soñadora al esfuerzo laborioso.”

El matrimonio es un contrato, un pacto, una unión entre un hombre y una mujer bajo el plan del Todopoderoso. Puede ser frágil. Requiere cuidado, tiempo y muchísimo esfuerzo. Teniendo esto en cuenta, sugiero cuatro piedras angulares sobre las cuales establecer y fortalecer los matrimonios y los

hogares. No dudo en prometer que, con estas piedras angulares, la vida de las parejas se enriquecerá, producirá abundantes frutos de bien y su gozo será eterno.

### **La primera piedra angular: respeto mutuo y lealtad el uno hacia el otro.**

Desde hace mucho tiempo he sentido que la felicidad en el matrimonio implica la disposición de pasar por alto debilidades y errores. Me gusta lo que dijo un hombre: “El amor no es ciego; ve más, no menos, pero porque ve más, está dispuesto a ver menos”. El matrimonio es hermoso cuando se busca y se cultiva la belleza. Puede volverse feo e incómodo cuando se buscan defectos y, por ello, se queda uno ciego ante las virtudes. Si los esposos y las esposas dieran mayor énfasis a las virtudes que pueden encontrar el uno en el otro y menos a los defectos, habría menos corazones y promesas rotas, menos lágrimas, menos divorcios y mucha más felicidad en sus hogares.

Cada uno de nosotros es un individuo. Cada uno de nosotros es diferente. Debe existir respeto por esas diferencias y, aunque es importante y necesario que tanto el esposo como la esposa trabajen para mejorar esas diferencias, también debe existir el reconocimiento de que están ahí y de que no son necesariamente indeseables. De hecho, las diferencias pueden hacer que la compañía mutua sea más interesante.

Lamentablemente, algunas mujeres desean rehacer a sus esposos según su propio diseño. Algunos esposos consideran que es su prerrogativa obligar a sus esposas a ajustarse a sus estándares de lo que ellos consideran ideal. Eso no funciona. Solo conduce a la contención, al malentendido y al dolor. Debe existir respeto por los intereses del otro; deben existir oportunidades y estímulo para el desarrollo y la expresión de los talentos individuales. Cualquier hombre que niegue a su esposa el tiempo y el aliento necesarios para desarrollar sus talentos se niega a sí mismo y a sus hijos una bendición que podría embellecer su hogar y bendecir a su posteridad.

En el Evangelio de Mateo encontramos esta declaración clásica: “Por esto dejará el hombre padre y madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne... Así que ya no son dos, sino uno” (Mateo 19:4–6). Dios ordenó que los cónyuges fueran compañeros. Eso implica igualdad.

No hay lugar en la ética judeocristiana para la inferioridad o la superioridad entre el esposo y la esposa. ¿Ama y valora Dios a Sus hijas menos que a Sus

hijos? Tal idea es inconcebible y está fatalmente fuera del ámbito del carácter del Todopoderoso. Después que el Señor creó la tierra y todo lo que hay sobre ella, creó al hombre. Y luego, como el acto culminante de la creación, creó a la mujer. Ella fue la obra suprema de todas Sus creaciones. Es imprudente, injusto y poco ilustrado que cualquier hombre se considere superior a su esposa, a sus hijas o a cualquier mujer. Ningún hombre puede menospreciar o degradar a su esposa sin ofender a su Padre Celestial.

Los trágicos relatos de matrimonios problemáticos que nos rodean hablan de actitudes dictatoriales entre esposos que son tiranos en sus propios hogares. Una vez llegó a mi escritorio una carta de una mujer que escribió extensamente acerca de sus dificultades. En un espíritu de desesperación, preguntó: “¿Tiene una mujer alguna promesa de llegar algún día a ser un miembro de primera categoría de la raza humana? ¿Siempre será una posesión envuelta en un velo, actuando únicamente con el permiso del hombre que está sobre ella?”

Hay una amarga tragedia en las líneas de esa carta. Temo que haya muchas mujeres que se sienten de esa manera. Detrás de las palabras de esta mujer hay una esposa desanimada, hambrienta de aprecio, lista para rendirse e insegura de hacia dónde dirigirse. Imagino a un esposo que ha faltado a sus sagradas obligaciones. Insensible en sus sentimientos y distorsionado en sus percepciones, está negando, mediante su manera de vivir, la esencia misma del matrimonio cristiano. No dudo que también haya habido faltas de parte de ella, así como de él, pero me inclino a pensar que las de él son más graves.

Un esposo que domina, que menosprecia y humilla a su esposa, y que le impone exigencias autoritarias, no solo la perjudica a ella, sino que se degrada a sí mismo y, en demasiados casos, siembra un patrón similar de conducta futura en sus hijos. Los hombres que usan su trabajo o sus responsabilidades cívicas como excusa para ignorar a sus familias, los hombres inclinados a dictar órdenes y ejercer autoridad, los hombres egoístas y crueles en sus acciones dentro del hogar, necesitan abandonar sus conductas egoístas y cambiar sus vidas.

Me parece interesante que dos de los Diez Mandamientos contengan implícitamente los principios del respeto mutuo y la lealtad: “No cometerás adulterio” y “No codiciarás” (Éxodo 20:14, 17). Demasiados hombres dejan a sus esposas en casa por la mañana y van al trabajo, donde encuentran mujeres jóvenes atractivamente vestidas y arregladas, y se consideran a sí mismos

jóvenes, apuestos e irresistibles. Se quejan de que sus esposas ya no lucen igual que hace veinte años cuando se casaron con ellas. A eso yo respondo: ¿Quién lo haría después de vivir con ellos durante veinte años?

La tragedia es que algunos hombres quedan atrapados por su propia necesidad. Arrojan al viento los convenios más sagrados y solemnes que jamás harán. Dejan de lado a esposas que han sido fieles, que los han amado y cuidado, que han luchado junto a ellos en tiempos de pobreza, solo para ser descartadas en tiempos de prosperidad. Dejan a sus hijos sin padre, empleando a menudo toda clase de artimañas para evitar el pago de la pensión alimenticia y el sustento de los hijos ordenados por los tribunales.

Los cónyuges deben resistir cualquier inclinación a cultivar algo más que una relación cordial, amistosa y prudente con cualquier persona que no sea su esposo o esposa. Cada vez son más frecuentes las invitaciones a almorzar, aparentemente para hablar de negocios, y las asignaciones que requieren que colegas hombres y mujeres viajen juntos. Quizás algunas de estas circunstancias sean inevitables, pero las situaciones comprometedoras pueden evitarse.

Si la primera preocupación y prioridad de los cónyuges es el bienestar, la comodidad y la felicidad de su pareja, y si subordinan sus intereses personales a ese objetivo más elevado, no solo sobrevivirá el matrimonio, sino que se profundizará su compromiso mutuo y aumentará su deseo de construir una relación duradera. La sabiduría acumulada de los siglos declara con claridad y certeza que la mayor felicidad, la mayor seguridad, la mayor paz mental y las reservas más profundas de amor solo las experimentan quienes viven de acuerdo con normas de virtud probadas por el tiempo. Solo dentro de la relación matrimonial puede crecer y florecer el amor genuino: un amor basado en servirse mutuamente, trabajar juntos, enfrentar las dificultades como compañeros y caminar de la mano a través de los altibajos de la vida diaria.

Hago un llamado a esposos y esposas para que se respeten mutuamente y vivan de manera digna del respeto del otro, y para que cultiven una clase de respeto que se exprese en bondad, tolerancia, paciencia, perdón y verdadero afecto, sin autoritarismo ni demostraciones de poder.

## **La segunda piedra angular: La respuesta suave**

El escritor de Proverbios declaró hace mucho tiempo: “La blanda respuesta quita la ira; mas la palabra áspera hace subir el furor” (Proverbios 15:1).

Escucho muchas quejas de hombres y mujeres que dicen que no pueden comunicarse entre sí. La comunicación es, en gran medida, una cuestión de conversación. Debieron haberse comunicado cuando estaban cortejándose. ¿No pueden seguir hablando juntos después del matrimonio? ¿No pueden conversar abierta, franca, sincera y alegremente acerca de sus intereses, sus problemas, sus desafíos, sus decepciones y sus deseos? Me parece que la comunicación consiste principalmente en hablar el uno con el otro. Es imposible amar a alguien con quien no se habla o no se quiere hablar. Es imposible amar a alguien con quien no se pasa tiempo.

Pero que la conversación sea tranquila, porque la conversación tranquila es el lenguaje del amor. Es el lenguaje de la paz. Es el lenguaje de Dios. ¿Quién puede calcular la profundidad y el dolor de las heridas infligidas por palabras duras y crueles pronunciadas con ira? Qué lamentable espectáculo ofrecen las personas que son fuertes en muchos aspectos, pero que pierden todo control de sí mismas cuando alguna pequeña cosa, generalmente de poca importancia, perturba su serenidad. En todo matrimonio hay diferencias ocasionales. Pero no encuentro justificación para los arrebatos de ira que estallan ante la menor provocación. “Cruel es la ira, e impetuoso el furor” (Proverbios 27:4).

Un temperamento violento es algo terrible y corrosivo. Y la tragedia es que no logra ningún bien; únicamente alimenta el mal con resentimiento, rebelión y dolor. A todas las personas que tienen dificultades para controlar su carácter, les sugiero que busquen ayuda para vencer sus debilidades y que desarrollen dentro de sí mismas el poder de disciplinar sus palabras.

Los cónyuges que están constantemente quejándose, que solo ven el lado oscuro de la vida, que sienten que no son amados ni deseados, necesitan examinar su propio corazón y su propia mente. Si hay algo que está mal, deben procurar cambiar y adoptar una sonrisa. Para hacerse más atractivos, podrían mejorar su perspectiva de la vida. Se niegan a sí mismos la felicidad y atraen la desdicha si se quejan constantemente y no hacen nada para corregir sus propias faltas.

Para los esposos y esposas que puedan haberse ofendido mutuamente, ha llegado el momento de pedir perdón y resolver cultivar respeto y afecto el uno por el otro. Es tiempo de poner en práctica el principio de la respuesta apacible.

Cuando levantamos la voz, pequeños montículos de diferencia se convierten en montañas de conflicto. Hay algo significativo en la descripción de la contienda de Elías con los sacerdotes de Baal: “Y un viento grande y poderoso rompía los montes y quebraba las peñas delante de Jehová”. Esa es una descripción vívida de las discusiones que tienen lugar entre algunos esposos y esposas. Pero el escritor de las Escrituras continúa: “Pero Jehová no estaba en el viento; y tras el viento un terremoto; pero Jehová no estaba en el terremoto; y tras el terremoto un fuego; pero Jehová no estaba en el fuego; y tras el fuego un silbo apacible y delicado” (1 Reyes 19:11–12).

La voz del cielo es un silbo apacible y delicado. La voz de la paz en el hogar es una voz tranquila. Se requiere mucha disciplina en el matrimonio, no de la pareja, sino de uno mismo. “Mejor es el que tarda en airarse que el fuerte”, como declaró el escritor de Proverbios (Proverbios 16:32). Cuando los matrimonios cultivan el arte de la respuesta apacible, bendicen su hogar, su vida en común y su compañerismo.

### **El tercer cimiento: La honestidad financiera**

Creo que el dinero es la causa de más problemas en el matrimonio que todas las demás causas combinadas. Vivimos en una época de publicidad persuasiva y de hábil mercadotecnia, todo diseñado para tentarnos a gastar. Un esposo o una esposa derrochadores pueden poner en peligro cualquier matrimonio. Por experiencia personal, creo que es un buen principio que cada cónyuge tenga cierta libertad e independencia en los gastos cotidianos y necesarios, mientras que, al mismo tiempo, siempre se conversen, consulten y acuerden los gastos importantes. Habría menos decisiones precipitadas, menos inversiones imprudentes, menos pérdidas consecuentes y menos quiebras si los esposos y las esposas deliberaran juntos sobre estos asuntos y buscaran consejo de otras personas.

Estoy convencido de que no existe una disciplina mejor, ni una que produzca más bendiciones en el manejo de nuestros recursos, que la obediencia al mandamiento dado al antiguo Israel por medio del profeta Malaquías: “Traed todos los diezmos al alfolí, ... y probadme ahora en esto, dice Jehová de los

ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde” (Malaquías 3:10).

Quienes viven honestamente con Dios tienen más probabilidades de vivir honestamente unos con otros y con sus semejantes. Una pareja que dedica parte de sus ingresos, aunque sea un pequeño porcentaje, al bienestar de los demás cultivará una disciplina en el manejo de sus recursos.

Si viven honestamente el uno con el otro como compañeros, si tratan honestamente con los demás, si hacen del pago puntual de sus obligaciones un principio fundamental de sus vidas, y si se consultan mutuamente y toman decisiones de común acuerdo, serán bendecidos al hacerlo.

### **El cuarto cimiento: La oración**

No conozco ninguna otra práctica que tenga un efecto tan saludable en nuestra vida como la práctica de arrodillarnos juntos como matrimonio para orar. Las tormentas que parecen afectar a todo matrimonio se vuelven de poca importancia cuando nos arrodillamos ante el Señor y nos dirigimos a Él como hijos e hijas suplicantes.

Nuestras conversaciones diarias con Él bendecirán nuestra vida con un gozo, una fortaleza y una capacidad de recuperación que no pueden provenir de ninguna otra fuente. El compañerismo se volverá más dulce con el paso de los años a medida que el amor se fortalezca. La apreciación mutua aumentará. Los hijos y, más adelante, los nietos serán bendecidos con un sentido de seguridad que proviene de formar parte de una familia donde mora el Espíritu de Dios, manifestado mediante el amor, la cooperación y el bienestar.

Aquellos que tengan la fortuna de contar con matrimonios edificados sobre estos cimientos podrán, al pasar los años, decir junto con Elizabeth Barrett Browning:

*¿Cómo te amo? Déjame contar las maneras...*

*Te amo hasta el nivel de las necesidades más tranquilas de cada día,  
a la luz del sol y de las velas.*

*Te amo libremente, como los hombres luchan por lo recto;  
te amo puramente, como se apartan de la alabanza...*

*Te amo con el aliento,*

*las sonrisas y las lágrimas de toda mi vida; y, si Dios lo dispone,*

*Podemos Salvar Nuestra Nación al Salvar Nuestros Hogares  
te amaré aún más después de la muerte.*

## **Podemos Salvar Nuestra Nación al Salvar Nuestros Hogares**

*Los problemas de la sociedad surgen, casi sin excepción, de los hogares de las personas. Si ha de haber una reforma, si ha de haber un cambio, si ha de haber un retorno a los valores antiguos y sagrados, debe comenzar en el hogar.*

---

No existe lugar ni ambiente más propicio para el desarrollo y la práctica de la virtud que la familia. La salud de cualquier sociedad, la felicidad de su pueblo, su prosperidad y su paz, encuentran sus raíces en la enseñanza que los padres dan a sus hijos y en la fortaleza y estabilidad de la familia. Sé esto no solo por lo que he observado durante mis ochenta y nueve años de vida, sino también por lo que experimenté en el hogar de mi infancia.

Cuando era niño, mis padres seguían una práctica que llamaban la “noche de hogar”. En una noche determinada de la semana nos reuníamos como familia para aprender juntos, jugar juntos y disfrutar de la compañía unos de otros. Mi padre era un gran narrador de historias y con frecuencia nos contaba relatos que recordaba de memoria. Mi madre calentaba la sala donde se encontraba su gran piano de cola, para que pudiéramos cantar juntos como familia.

Éramos intérpretes terribles cuando niños. Podíamos hacer toda clase de cosas juntos mientras jugábamos, pero cuando alguno de nosotros intentaba cantar un solo delante de los demás, era como pedirle a un helado que permaneciera duro sobre la estufa de la cocina. Al principio nos reíamos y hacíamos comentarios graciosos sobre la actuación de los demás. Pero nuestros padres persistieron. Y debido a que persistieron, cantamos juntos. Reímos juntos. Estudiamos juntos. Y jugamos y oramos juntos.

De aquellas reuniones sencillas e informales, pero regulares, en la sala de nuestro antiguo hogar, surgió algo indescriptible y maravilloso. Nuestro amor por nuestros padres se fortaleció. Mi amor por mi hermano y mis hermanas aumentó. En todos nuestros corazones creció una apreciación por la bondad sencilla.

Es cierto que en aquellos días no hablábamos abiertamente del amor que sentíamos unos por otros. Pero no teníamos necesidad de hacerlo. Sentíamos la seguridad, la paz y la tranquila fortaleza que llegan a las familias que oran juntas, trabajan juntas, se ayudan mutuamente y se sienten unidas unas a otras.

Lamentablemente, en muchos hogares encontramos algo muy inferior a este ideal. Hace algunos años me impresionó profundamente el “Informe del Grupo de Trabajo Carnegie sobre las Necesidades de los Niños Pequeños”, el cual presentaba este sombrío panorama:

Nuestros bebés y niños pequeños, así como sus familias, están en dificultades. En comparación con la mayoría de los demás países industrializados, Estados Unidos tiene una tasa más alta de mortalidad infantil, una mayor proporción de bebés con bajo peso al nacer, una menor proporción de niños vacunados contra enfermedades infantiles y una tasa mucho más elevada de bebés nacidos de madres adolescentes. De los doce millones de niños menores de tres años que viven actualmente en Estados Unidos, una cantidad alarmante está expuesta a uno o más factores de riesgo que perjudican un desarrollo saludable. Uno de cada cuatro vive en la pobreza. Uno de cada cuatro vive en una familia con un solo progenitor. Una de cada tres víctimas de abuso físico es un bebé menor de un año.

Tales estadísticas, presentes en cada ciudad y comunidad del país, deberían ser motivo de la más seria preocupación para cada habitante de esta nación. Reconozco, por supuesto, que siempre ha habido nacimientos ilegítimos, padres irresponsables y madres sin preparación, y que el abuso infantil, en sus muchas y depravadas formas, ha existido a lo largo de toda la historia humana. Pero el grado de su prevalencia en esta tierra debe convertirse en motivo de preocupación para todos nosotros.

Es completamente evidente que tanto el gran bien como el terrible mal que encontramos en el mundo actual son los frutos dulces y amargos de la crianza

de los niños de ayer. Tal como eduquemos a una nueva generación, así será el mundo dentro de algunos años. Si nos preocupa el futuro, entonces debemos examinar hoy la manera en que se está criando a los niños.

Los males del mundo continuarán aumentando a menos que exista un reconocimiento fundamental, e incluso una convicción firme y ferviente, de que la familia es un instrumento del Todopoderoso. Es Su creación. También es la unidad más fundamental y básica de la sociedad. Y merece —no, exige— nuestra atención y nuestro esfuerzo conjuntos.

Hacemos grandes esfuerzos para preservar edificios y lugares históricos en nuestras ciudades. Necesitamos aplicar ese mismo fervor para preservar la más antigua y sagrada de las instituciones: ¡la familia!

No podemos lograr un cambio radical en un día, ni en un mes, ni en un año. Pero con suficiente esfuerzo podemos comenzar un cambio dentro de una generación y lograr maravillas en dos generaciones, un período de tiempo que no es muy largo en la historia de la humanidad.

Me gustaría sugerir diez cosas específicas que podríamos hacer para ayudar a producir ese cambio.

### **1. Aceptar nuestra responsabilidad como padres y cumplir nuestras obligaciones hacia nuestros hijos.**

Toda persona en el mundo es hija de un padre y de una madre. Ninguno de ellos puede escapar jamás a las consecuencias de la paternidad. Inherente al acto de crear está la responsabilidad por el hijo que ha sido creado. Nadie puede eludir esa responsabilidad sin sufrir las consecuencias.

Pablo escribió a Timoteo: “Porque si alguno no provee para los suyos, y mayormente para los de su casa, ha negado la fe y es peor que un incrédulo” (1 Timoteo 5:8).

Estoy convencido de que Pablo habla de algo más que del sustento físico. No basta con que los padres proporcionen alimento y refugio para el bienestar físico de sus hijos. Existe una responsabilidad igualmente importante de proporcionar alimento y guía para el espíritu, la mente y el corazón.

Los padres no solo tienen la responsabilidad, sino también el deber sagrado de criar a sus hijos en amor y rectitud, de enseñarles a amarse y servirse unos a otros, a guardar los mandamientos de Dios y a ser ciudadanos respetuosos de la ley dondequiera que vivan.

Estas virtudes deben enseñarse en el hogar. Habrá poca o ninguna ayuda por parte de las escuelas públicas, que en gran medida han abandonado la enseñanza de los valores. Tampoco debemos depender del gobierno para que nos ayude en esta situación cada vez más sombría. Barbara Bush habló sabiamente cuando dijo a la clase graduada de Wellesley de 1990: “El éxito de su familia —nuestro éxito como sociedad— no depende de lo que ocurra en la Casa Blanca, sino de lo que ocurra dentro de su propia casa”.

Las iglesias pueden ayudar. La religión es la gran conservadora de los valores y la maestra de las normas. Desde los días del Sinaí hasta el presente, la voz de Dios ha sido una voz imperativa en cuanto a lo correcto y lo incorrecto. Pero, al final de todo, son los padres quienes han sido amonestados por Dios a criar a sus hijos en un ambiente de luz espiritual y verdad.

“Probablemente lo mejor que la sociedad puede hacer por sus niños pequeños es volver a hacer de “padre” un título honorable”, concluyó un estudio. “Ningún trabajo es más importante, y sin embargo ninguno se da tan a menudo por sentado. Enseñamos habilidades laborales, pero no habilidades para la vida. . . . Convertirse en padre debería ser . . . una señal de una relación duradera, no simplemente de un enamoramiento pasajero; una fuente de orgullo y no de remordimiento. Solo entonces nuestros hijos estarán seguros”.

## **2. Casarse y permanecer casados.**

Después de dos años de intenso estudio, el Consejo sobre la Familia en América llegó a esta conclusión, según informó el *Wall Street Journal* en 1995: “La sociedad estadounidense estaría mejor si más personas se casaran y permanecieran casadas”. ¡Qué conclusión tan notable! Casi cualquier persona con pensamiento claro podría haber dicho eso sin necesidad de un estudio largo y costoso.

En apoyo de su conclusión, el estudio declaró que “los niños que no viven con ambos padres tienen más probabilidades de crecer en la pobreza, tener problemas en la escuela y meterse en problemas con la ley”. El editorial del *Journal* concluyó: “El matrimonio puede ser una institución imperfecta, pero

hasta ahora, en la historia humana, nadie ha encontrado una mejor manera de criar hijos en una sociedad estable”.

El matrimonio es mucho más que un contrato civil, mucho más que un acuerdo entre dos personas. Es una institución esencial para los propósitos de Dios. Los hijos tienen derecho a nacer dentro de los vínculos del matrimonio y a ser criados por un padre y una madre que honren sus votos matrimoniales con completa fidelidad.

En 1996 había 7.874.000 familias sin padre con hijos menores de dieciocho años en los Estados Unidos. En ese mismo año, 1.260.000 niños, o el 32 por ciento de todos los nacimientos vivos, nacieron de madres solteras. ¡Qué trágica es la desoladora estadística de los nacimientos ilegítimos! La falta de autodisciplina y de sentido de responsabilidad es un síntoma de los problemas que nos afligen en número creciente. Siempre hemos tenido nacimientos ilegítimos en nuestra sociedad, y probablemente siempre los tendremos. Pero no podemos tolerar el aumento actual de este desagradable fenómeno social sin pagar un precio terrible.

Debería ser la bendición de todo niño nacer en un hogar donde sea recibido con alegría, cuidado, amado y bendecido con padres —un padre y una madre— que vivan con lealtad el uno hacia el otro y hacia sus hijos. Esta norma significa que debemos mantenernos firmes contra las artimañas del mundo. La sabiduría acumulada de los siglos declara con claridad y certeza que la mayor felicidad, la mayor seguridad, la mayor paz mental y las reservas más profundas de amor solo son experimentadas por aquellos que viven conforme a las normas de virtud probadas por el tiempo antes del matrimonio y de total fidelidad dentro del matrimonio, y que el mayor sentido de seguridad y paz mental se fomenta dentro de la familia.

Si tan solo pudiéramos ver un resurgimiento en esta tierra de un hombre que considere a su esposa como su igual, su consuelo y su más querida amiga, y de una mujer que camine al lado de su esposo, ni delante ni detrás de él, como compañera, y que lo considere la luz y la fortaleza de su vida, comenzaríamos a fortalecer las familias. Los hijos se sentirían seguros en el abrazo y el amor de padres felices, quienes les inculcarían las normas morales y éticas que los guiarían a lo largo de toda su vida. Tales matrimonios serían honorables y seguros, y los hijos serían cuidados, amados y criados en aquellos valores que constituyen la esencia misma de nuestra civilización.

Sostengo que no hay nada que cualquiera de nosotros pueda hacer que tenga un mayor beneficio a largo plazo —particularmente para nuestros hijos, que son nuestra esperanza para el futuro— que reavivar, donde sea posible, el espíritu de un hogar feliz y volver a proporcionar un ambiente familiar estable donde los niños puedan desarrollarse bajo la vigilancia amorosa y atenta de padres virtuosos.

### **3. Devolver al padre su lugar como cabeza del hogar.**

Hace más de cuarenta años, en 1958, *Reader's Digest* publicó un artículo escrito por el juez Liebowitz, de la ciudad de Nueva York, titulado “Devolver al padre su lugar como cabeza de la familia”. En su función como juez, el autor pasaba sus días escuchando pruebas y dictando sentencias. Viajó a Europa y descubrió que las condiciones de la juventud allí eran con frecuencia mucho mejores que en Estados Unidos. Investigó, reflexionó y meditó, y a partir de su vasta experiencia llegó a la conclusión de que la manera más fácil y sencilla de reducir la delincuencia juvenil era devolver al padre su papel como cabeza de la familia.

Demasiadas familias han sido privadas del liderazgo y de la influencia estabilizadora de un padre bueno y dedicado que permanece al lado de una madre capaz y amorosa, instruyendo discretamente, disciplinando con bondad y ayudando mediante la oración a los hijos de quienes ambos son responsables.

No creo que las mujeres resientan el liderazgo firme de un hombre en el hogar. Él se convierte en el proveedor, el defensor, el consejero, el amigo que escucha y brinda apoyo cuando es necesario. ¿Quién mejor que un padre ejemplar para enseñar eficazmente a sus hijos el valor de la educación, la naturaleza destructiva de las pandillas callejeras y el milagro de la autoestima que puede cambiar sus vidas para bien?

Pero ¿cómo logramos que él asuma su lugar como cabeza de la familia? Puede ser un proceso lento, pero vale la pena el esfuerzo. Podemos comenzar con los niños y enseñarles, motivarlos y guiarlos en esa dirección. No podremos salvarlos a todos, pero sí podemos salvar a muchos más de los que estamos salvando ahora.

Hace varios años, el *Wall Street Journal* publicó la historia de un abogado de Ohio. Él habló de su niñez y contó cómo su padre llevó a la familia a dar un paseo en su viejo automóvil una tarde de domingo. Mientras recorrían la calle, un lujoso Cadillac rojo los adelantó.

El niño preguntó a su padre por qué algunas personas tenían Cadillacs mientras que ellos tenían un automóvil viejo y destaralado. Su padre respondió que no todos podían tener lo mismo, pero que él, su hijo, poseía algo de enorme valor que muchos otros no tenían, y que era más valioso que cualquier Cadillac. Era descendiente de las familias de su padre y de su madre, y por sus venas corría lo mejor de ambos linajes. Este sabio padre enseñó a su hijo que, aunque no todos podían alcanzar una igualdad temporal, cada persona podía cultivar esa maravillosa cualidad llamada autoestima. El muchacho llegó a ser un hombre, estudió derecho y se convirtió en un profesional exitoso.

Suplico a los padres que vuelvan a asumir su papel como cabeza de sus hogares. Los padres tienen la responsabilidad básica e ineludible de estar al frente de la familia. Esto no implica dictadura ni dominio injusto. Más bien, les confiere el mandato de proveer para las necesidades de sus familias. Esas necesidades son más que alimento, vestido y refugio. Incluyen también una dirección recta y la enseñanza, tanto por el ejemplo como por el precepto, de principios fundamentales como la honestidad, la integridad, el servicio, el respeto por los derechos de los demás y la comprensión de que somos responsables, no solo unos ante otros, sino también ante Dios, por lo que hacemos en esta vida. Un escritor observó: “No es imposible que los verdaderos revolucionarios del siglo veintiuno sean los padres de hijos decentes y civilizados”.

#### **4. Reconocer y valorar la importancia suprema de las madres.**

El hogar es el vivero donde se forman las nuevas generaciones, y los padres son los jardineros. Bajo esa perspectiva, debo enfatizar la importancia, el valor y el impacto singular que las mujeres tienen dentro del tejido de nuestra sociedad y en la formación de nuestros hogares. Las madres no tienen responsabilidad más apremiante ni tarea más recompensante que la crianza de sus hijos en un ambiente de seguridad, paz, compañerismo, amor y motivación para crecer y progresar.

Las madres brindan inspiración y equilibrio; constituyen una reserva de fe y buenas obras. Son un ancla de devoción, lealtad y logro. Como guardianas del hogar, alientan a sus esposos y enseñan y nutren a sus hijos. Mi vida ha sido influenciada de manera profunda y duradera por mujeres buenas, talentosas, fieles y dedicadas. Aunque mi madre murió cuando yo tenía veinte años, su influencia e incluso la sensación de su presencia han permanecido conmigo.

hasta el día de hoy. Puedo decir con toda honestidad que la única ocasión en que me he permitido reflexionar sobre las responsabilidades y logros que han llegado a mi vida ha sido cuando he imaginado a mi madre y he esperado que, de alguna manera, mi vida haya honrado su memoria y sus enseñanzas.

Este mundo necesita la influencia de las mujeres y su amor, su consuelo y su fortaleza. Nuestro duro entorno necesita sus voces alentadoras, la belleza que parece formar parte de su naturaleza y el espíritu de caridad que constituye su herencia. El Dios en quien muchos de nosotros creemos ha dotado a Sus hijas de una capacidad única y maravillosa para extender la mano a quienes sufren, brindar consuelo y ayuda, vendar heridas y sanar corazones afligidos.

Si alguien puede transformar la sombría situación hacia la que nos estamos deslizado, son las buenas mujeres de este país —y, de hecho, del mundo entero— si se levantan para afrontar el desafío y se mantienen por encima de la vulgaridad, la inmundicia y la tentación que nos rodean por todas partes.

Las esposas y madres son las anclas de la familia. Ellas traen hijos al mundo. ¡Qué enorme y sagrada responsabilidad es esa! Deben proteger a sus hijos porque las fuerzas del mal están presentes en todas partes. Los padres serán verdaderamente afortunados si, al llegar a la vejez y contemplar a aquellos a quienes trajeron al mundo, encuentran en ellos rectitud de vida, virtud en su conducta e integridad en su comportamiento.

La crianza y educación de los hijos es más que una responsabilidad de medio tiempo. Es un hecho de la vida que algunas madres deben trabajar, pero demasiadas lo hacen únicamente para obtener los medios para un poco más de lujo y algunos juguetes más sofisticados, todo ello a costa de sus hijos. Las madres que deben trabajar llevan una carga adicional. Sin embargo, no pueden darse el lujo de descuidar a sus hijos. Los niños necesitan la supervisión de una madre en sus estudios, en sus labores dentro y fuera del hogar y en la formación que solo ella puede brindar adecuadamente: el amor, la bendición, el aliento y la cercanía de una madre.

Solo al hacerme mayor he llegado a comprender la gran riqueza del hogar en el que fui criado, una riqueza medida no en dólares, sino en cualidades mucho más valiosas que el dinero. Mi madre era educadora, profesora de inglés. Cuando nosotros, sus hijos, llegamos a su vida, dejó su profesión y permaneció

en casa. Nos dio un sentido de seguridad, un ancla de amor que sentíamos y apreciábamos.

Aunque las contribuciones de las mujeres en todos los ámbitos de la vida merecen respeto, espero que nunca menospreciemos a una ama de casa. Aprecio la perspectiva de la escritora Marie K. Hafen:

“Me preocupa que la desvalorización de la maternidad en el mundo moderno esté transmitiendo a mi hija y a sus amigas la idea de que prepararse para ser ama de casa, madre y esposa “no tiene gran importancia”. . . . En realidad, aprender a ser una madre extraordinaria es algo de enorme importancia. . . . Tal tarea implica crear y mantener un entorno completo de calidez humana, estímulo intelectual y fortaleza espiritual por parte de alguien que reconoce las fuentes profundas del significado personal que se encuentran más allá de una primera mirada a un pañal, una sartén y una zapatilla de tenis gastada.”

Las mujeres que hacen de una casa un hogar realizan una contribución a la sociedad mucho mayor que la de quienes comandan grandes ejércitos o están al frente de impresionantes corporaciones. ¿Quién puede poner precio a la influencia que una madre tiene sobre sus hijos, una abuela sobre su posteridad, o las tías y hermanas sobre su familia extendida?

No podemos siquiera comenzar a medir o calcular la influencia de las mujeres que, a su manera, edifican una vida familiar estable y nutren para el bien eterno a las generaciones del futuro. Las decisiones tomadas por las mujeres de esta generación tendrán consecuencias eternas. Permítanme sugerir que las madres de hoy no tienen mayor oportunidad ni desafío más serio que hacer todo lo posible por fortalecer los hogares de Estados Unidos.

## **5. Celebrar y tratar a los niños como nuestros tesoros más invaluables.**

Se cuenta la historia de que en la antigua Roma un grupo de mujeres mostraba con vanidad sus joyas unas a otras. Entre ellas estaba Cornelia, la madre de dos niños. Una de las mujeres le preguntó: “¿Y dónde están tus joyas?”. Cornelia respondió, señalando a sus hijos: “Estas son mis joyas”. Bajo su tutela y siguiendo las virtudes de su vida, ellos crecieron hasta convertirse en Gayo y Tiberio Graco —los Gracos, como se les conocía—, dos de los reformadores más persuasivos y eficaces de la historia romana. Mientras ellos sean recordados y se hable de ellos, la madre que los crió conforme al modelo de su propia vida también será recordada y mencionada con elogio.

Nuestras vidas se han vuelto intensamente aceleradas, llenas de ocupaciones y de una actividad frenética que era poco característica de épocas anteriores. Todo, desde la creciente movilidad hasta la abundancia de dispositivos que ahorran tiempo, nos ha tentado a llenar nuestras vidas con tantas actividades y ocupaciones que muchos de nosotros hemos perdido de vista algo de importancia crítica para las familias: el tiempo juntos. Si nuestros hijos son realmente nuestros mayores tesoros, es lógico que merezcan nuestra mayor atención.

Los miembros de la familia necesitan tiempo unos con otros. No existe ningún veredicto que declare que el tiempo de calidad es superior a la cantidad de tiempo. Una teoría comprobada de las ciencias del comportamiento es tan sencilla como profunda: una mayor interacción produce un mayor afecto. Cuanto más tiempo pasamos juntos, mayor es el potencial para profundizar los lazos de amor, lealtad, confianza y devoción.

Los niños tienen un valor mucho mayor que cualquier clase de riqueza material. Sin embargo, hace más de treinta años, Gertrude Hoffman, de la Oficina de la Infancia de los Estados Unidos, informó que casi un millón de niños en ese país eran dejados diariamente en casa sin supervisión adecuada mientras ambos padres trabajaban. Luego añadió: “No hay manera de medir el daño emocional que sufren los niños insuficientemente supervisados ni el costo posterior de la delincuencia que resulta de esta situación”.

Estamos pagando un precio terrible por el debilitamiento de la familia que ocurre cuando ambos padres se ausentan del hogar cada día laboral mientras los niños esperan solos su regreso. Cuando los padres finalmente llegan a casa, con demasiada frecuencia están cansados y sometidos a tal estrés y frustración que no pueden brindar a sus hijos la atención y el afecto que anhelan y necesitan. Ahora estamos viendo los frutos de esa crianza distante.

Jenkins Lloyd Jones expresó sentimientos que reflejan el sentido común:

“El niño que no es amado lo sabe. No existe trauma más doloroso que el rechazo de los padres. Ninguna otra forma de mezquindad humana puede destruir una vida con tanta eficacia. Sin embargo, persiste la superstición de que las “ventajas” son un sustituto del afecto. No lo son. Las mejores ventajas que una familia puede ofrecer no se encuentran en una tienda por departamentos, en la sala de exhibición de un concesionario de automóviles ni

en una escuela privada. La única verdaderamente invaluable es el sentido de pertenencia. De otro modo, la familia se convierte en una combinación de cafetería y dormitorio. No hay nada que la mantenga unida”.

El informe del Grupo de Trabajo Carnegie mencionado anteriormente concluyó: “Los niños son nuestro recurso natural más valioso, pero los niños no existen sin las familias. Ha llegado el momento de desarrollar estrategias para preservar y fortalecer el entorno familiar de las generaciones futuras”.

## **6. Disciplinar y educar a los hijos con amor.**

Cuando yo era niño, nuestra familia vivía en la ciudad durante el período escolar y en una pequeña granja frutal durante el verano. En esa granja teníamos un gran huerto con una variedad de árboles frutales. Cuando mi hermano y yo estábamos en los primeros años de la adolescencia, se nos enseñó el arte de la poda. Cada día festivo y cada sábado de febrero y marzo, mientras la nieve aún cubría el suelo, íbamos a la granja donde, junto con nuestro padre, podábamos los árboles. Aprendimos que, en gran medida, se podía determinar la clase de fruta que se recogería en septiembre por la calidad de la poda realizada en febrero. La idea era podar de tal manera que la fruta en desarrollo quedara expuesta al aire y a la luz del sol, sin estar amontonada mientras ocupaba su lugar en las ramas del árbol.

El mismo principio se aplica a los niños. Un antiguo y verdadero proverbio dice: “Según se doble la rama tierna, así se inclinará el árbol”. El hogar es el lugar principal donde se construye un sistema de valores. No hace mucho leí acerca de un padre que suplicó a un juez que encerrara a su hijo porque ya no podía controlarlo. No dudo que había intentado hacerlo; pero ya era demasiado tarde. Las actitudes se habían fijado. Los hábitos se habían vuelto rígidos. Nuestros esfuerzos deben comenzar cuando los niños son pequeños y moldeables, cuando están dispuestos a escuchar y aprender.

Poco después de que mi esposa, Marjorie, y yo nos casamos, construimos nuestra primera casa. Teníamos muy poco dinero. Yo mismo hice gran parte del trabajo, una labor que hoy se describiría como “capital de esfuerzo”. El diseño y cuidado del jardín fueron enteramente mi responsabilidad. El primero de muchos árboles que plantamos fue una acacia de tres espinas sin espinas. Era apenas un arbolito delgado, quizás de unos dos centímetros de diámetro. Era tan flexible que podía doblarlo fácilmente en cualquier dirección. Imaginando el

día en que su sombra ayudaría a refrescar la casa durante el verano, lo planté en una esquina de la casa donde el viento que descendía del cañón al este soplaba con mayor fuerza. Cavé un hoyo, coloqué la raíz desnuda, apisoné la tierra a su alrededor, la regué abundantemente y prácticamente me olvidé de ella durante mucho tiempo.

Entonces, un día de invierno, cuando el árbol estaba desprovisto de hojas, casualmente miré por la ventana y me sentí consternado al verlo inclinado torpemente hacia el oeste, deformado y desequilibrado. Apenas podía creerlo. Salí y me apoyé contra él como si pudiera empujarlo para enderezarlo. Pero el tronco ya tenía casi treinta centímetros de diámetro. Mi fuerza no era nada frente a él. Tomé de mi cobertizo de herramientas un aparejo de poleas, sujeté un extremo al árbol y el otro a un poste firmemente colocado, y luego tiré de la cuerda. Las poleas se movieron un poco, y el tronco del árbol tembló ligeramente. Pero eso fue todo. Parecía decirme: “No puedes enderezarme. Es demasiado tarde. He crecido de esta manera debido a tu descuido, y no voy a doblarme”.

Desesperado, finalmente recurrí a medidas drásticas. Corté con una sierra la gran y pesada rama del lado oeste. La sierra dejó una fea cicatriz de más de veinte centímetros de ancho. Retrocedí y contemplé mi obra. Había cortado la mayor parte del árbol, dejando solamente una rama que crecía hacia el cielo.

Han pasado más de cincuenta años desde que planté aquel árbol. Mi hija y su familia viven ahora en esa casa. El otro día volví a observar el árbol. Es grande. Su forma es mejor. Es un gran aporte para la propiedad. Pero qué severo fue el trauma de su juventud y qué brusco fue el tratamiento que utilicé para enderezarlo.

Cuando el árbol fue plantado por primera vez, un simple trozo de cuerda habría bastado para mantenerlo recto frente a la fuerza del viento. Yo debí haber puesto esa cuerda y podría haberlo hecho con muy poco esfuerzo. Pero no lo hice, y se dobló ante las fuerzas que actuaron contra él.

He visto ocurrir algo parecido en la vida de muchos niños. Los padres que los trajeron al mundo parecen haber renunciado casi por completo a su responsabilidad. Los resultados han sido trágicos. Unos pocos apoyos sencillos les habrían dado la fortaleza necesaria para resistir las fuerzas que moldearon

sus vidas. Pero, al ser dejados solos durante demasiado tiempo, se doblan ante la fuerza de los elementos. Y llega el día en que parece ser demasiado tarde.

Los niños son como los árboles. Cuando son jóvenes, sus vidas pueden moldearse y dirigirse, generalmente sin mucha dificultad. El escritor de Proverbios declaró: “Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él” (Proverbios 22:6).

Hay padres que, a pesar de derramar amor y realizar un esfuerzo diligente y fiel para enseñar a sus hijos, los ven crecer por caminos contrarios y lloran mientras sus hijos e hijas descarriados siguen deliberadamente senderos de trágicas consecuencias. Por esos padres siento una gran compasión, y a ellos suelo citarles las palabras de Ezequiel: “El hijo no llevará el pecado del padre, ni el padre llevará el pecado del hijo” (Ezequiel 18:20). Pero esta es la excepción y no la regla. Tampoco la excepción excusa al resto de nosotros de hacer todo esfuerzo posible por demostrar amor, ejemplo y enseñanza correcta en la crianza de aquellos por quienes Dios nos ha dado una sagrada responsabilidad.

Conozco a un matrimonio maravilloso cuyos hijos mayores crecieron, se casaron a una edad tradicional y siguieron adelante con sus vidas de una manera que llenó de satisfacción a sus padres. Llegaron a ser miembros competentes, responsables y útiles de la sociedad. Pero también tenían un hijo menor, inteligente y capaz. Sus amigos de la escuela secundaria lo llevaron en una dirección diferente y, con el tiempo, adoptó un estilo de vida ajeno a los valores de su familia. Se volvió descuidado en su apariencia. Parecía incapaz de concentrarse en algo que no fuera él mismo. Hizo varias cosas que causaron angustia y vergüenza a sus padres. Su padre estaba profundamente afligido. Lo reprendía y amenazaba, pero eso solo consiguió alejarlo más del hogar. Su madre lloraba y oraba. Sin embargo, controló sus sentimientos y mantuvo una voz serena. Repetidamente expresó a su hijo cuánto lo amaba. Aunque él se había ido de casa, ella mantenía su habitación ordenada, su cama tendida y en el refrigerador guardaba la comida que a él le gustaba. Le decía que, cuando quisiera regresar, siempre sería bienvenido.

Pasaron los meses mientras los corazones sufrían. Pero entonces el hijo comenzó a regresar ocasionalmente para dormir en casa. Sin regañarlo jamás, su madre bromeaba con él, le servía deliciosas comidas, lo abrazaba y le expresaba su amor abierta y frecuentemente. Finalmente, él comenzó a mejorar su apariencia. Permaneció más tiempo en casa. Llegó a darse cuenta

de que no existía otro lugar tan cómodo, tan seguro o tan feliz como el hogar que había abandonado. Dejó algunos de sus malos hábitos. La última vez que lo vi, él y su madre cantaron un dúo en una reunión pública, mientras quienes conocían su historia derramaban silenciosas lágrimas de alegría ante aquella reconciliación.

Nuestros hijos nunca están perdidos mientras no renunciemos a ellos. El amor, más que cualquier otra cosa, los traerá de regreso al seno de la familia. Es poco probable que el castigo lo logre. Las reprimendas sin amor no lo conseguirán. La paciencia, las expresiones de aprecio y ese extrañó y maravilloso poder que acompaña al amor y a la oración terminarán por triunfar.

Contrasto esto con otro conocido mío, un amigo de la infancia que vivía en el mismo vecindario. Teníamos un grupo muy unido de amigos mientras crecíamos, y todos nos queríamos y disfrutábamos entrando y saliendo de las casas de los demás, excepto de una. Confieso que detestaba al padre de aquella casa. Sus hijos eran nuestros amigos, pero él era mi enemigo. ¿Por qué una antipatía tan fuerte? Porque golpeaba a sus hijos con una correa, un palo o cualquier cosa que tuviera a mano cuando su ira violenta se encendía por lo que parecía ser la más mínima provocación.

Quizá me desagradaba tanto aquel hombre debido al marcado contraste con el hogar en el que yo vivía, donde teníamos un padre que, mediante alguna tranquila magia, era capaz de disciplinar a su familia sin recurrir a castigos severos, aunque en ocasiones tal vez los hubiéramos merecido.

He visto los frutos del mal genio de aquel vecino perpetuarse en las problemáticas vidas de sus hijos. He descubierto que él era uno de ese numeroso grupo de padres que parecen incapaces de tratar a sus hijos de otra manera que no sea con dureza. También he llegado a comprender que aquel hombre que permanece en los recuerdos de mi infancia no es más que un ejemplo entre miles y miles en el mundo que maltratan a los niños de alguna forma. El cuadro completo y trágico incluye golpes, patadas, empujones y, lamentablemente, en algunas circunstancias, agresiones sexuales contra niños pequeños.

No tengo disposición alguna de detenerme en este cuadro desagradable. Solo deseo decir que, aunque existe la necesidad de disciplina dentro de las familias,

nunca hay justificación para disciplinar con severidad, crueldad, amargura o ira. Tales métodos no corrigen nada; únicamente agravan el problema.

La formación principal, la más eficaz, la más persuasiva y permanente de los hijos tiene sus raíces en el hogar. Si el hogar está marcado por la dureza, el abuso, la ira descontrolada, la deshonestidad, la inmoralidad y la deslealtad, los frutos serán seguros y evidentes y, con toda probabilidad, se repetirán en la generación siguiente. Si, por el contrario, hay paciencia, perdón, respeto, consideración, bondad, misericordia y compasión, los frutos también serán evidentes y serán gratificantes. El ejemplo de padres sabios, justos, honestos y amorosos hará más que cualquier otra cosa para grabar en la mente de los hijos los importantes principios que necesitan adoptar en sus propias vidas.

## **7. Enseñar valores a los hijos**

¿No se beneficiaría toda la sociedad si se pudiera confiar en que los padres enseñarían principios y valores consagrados por el tiempo, que formen personas virtuosas y conduzcan a una sociedad fuerte? Entonces, ¿qué debemos enseñar?

Enseñemos a los hijos la cortesía y el respeto hacia los demás. En años recientes hemos presenciado una situación difícil de comprender, al ver cómo Yugoslavia se desintegró en grupos llenos de odio que se mataban unos a otros. Parece no existir sentido alguno de misericordia. Los inocentes son abatidos a tiros sin consideración. El odio parece intensificarse cada vez más entre croatas, musulmanes, serbios y albaneses.

¿Por qué toda esta agitación? Se nos dice que proviene del hecho de que, durante generaciones, en los hogares de aquella tierra se enseñó el odio: odio hacia quienes tenían raíces étnicas distintas de las propias. La tragedia de Bosnia-Herzegovina es el amargo fruto de semillas de odio sembradas en el corazón de los niños por sus propios padres. Podemos proteger a Estados Unidos de conflictos entre grupos étnicos, religiosos o de cualquier otra clase. Que se enseñe en los hogares de nuestro pueblo que todos somos hijos de Dios y que, tan ciertamente como existe la paternidad, también puede y debe existir la hermandad. Los conflictos entre razas desaparecerán cuando todos reconozcamos que formamos parte de una gran familia, valorada por igual por el Todopoderoso, especialmente cuando nos tratemos mutuamente de acuerdo con esa verdad.

¿Es esto anticuado? Por supuesto que sí. Es tan antiguo como la verdad misma. Las familias que viven en constantes disputas no son más que una expresión de los sofismas del diablo.

Enseñemos a los hijos la tolerancia. Nadie necesita renunciar a sus propias creencias para mostrar tolerancia hacia quienes tienen creencias diferentes.

Enseñémosles respeto: respeto por los demás, respeto por la propiedad ajena, respeto por las opiniones de los demás, respeto de los hombres hacia las mujeres y de las mujeres hacia los hombres.

Enseñémosles lealtad: lealtad a la familia, lealtad a los amigos y compañeros, lealtad a las instituciones de las que forman parte, a la nación de la cual son ciudadanos y a la bandera que ondea sobre ellos.

Enseñémosles la belleza de las libertades: las maravillosas libertades establecidas por la Carta de Derechos, las primeras diez enmiendas de la Constitución de esta nación.

Enseñémosles obediencia a la ley; cuando existan desacuerdos, hay formas apropiadas y pacíficas de resolver las diferencias.

Enseñémosles la importancia de la salud y del respeto por sus cuerpos y sus mentes; no pueden introducir en ellos sustancias destructivas sin pagar un precio terrible y debilitante.

Enseñémosles la virtud de la caridad y el significado del servicio.

Enseñémosles que existe un Poder superior al suyo, al cual pueden acudir con la esperanza de recibir ayuda.

Enseñémosles la emoción y el gozo del aprendizaje, porque cuanto más aprendan, más capacitados estarán para seguir aprendiendo. Procuremos establecer en el hogar un ambiente propicio para el estudio.

Un editorial del *Wall Street Journal*, al informar sobre la superioridad académica y los extraordinarios logros de los estudiantes asiáticos en la Universidad de California en Berkeley, dijo acerca de ellos:

El factor más importante en el ascenso de esta nueva élite estadounidense son las relaciones familiares intensas y dedicadas que caracterizan al hogar asiático.

. . . Estas incluyen respeto por los mayores y altas expectativas para los hijos, incluyendo el trabajo arduo en la escuela y responsabilidades fuera del horario escolar que muchas veces todavía incluyen colaborar en el negocio de algún familiar.

Que los padres enseñen a sus hijos la santidad de la sexualidad: que el don de crear vida es sagrado; que los impulsos que arden dentro de nosotros pueden y deben ser disciplinados y controlados; y que de ello provienen la felicidad, la paz, la bondad y un sentido de dignidad personal. Enséñenles la fidelidad mutua: que el matrimonio es sagrado y que las buenas relaciones familiares constituyen el fundamento de una vida buena y productiva. Que se grabe en la mente de cada joven un hecho fundamental: que toda joven es una hija de Dios y que, al ofenderla, no solo demuestra su propia debilidad, sino que también ofende a su Dios. Que comprenda que engendrar un hijo trae consigo una responsabilidad que durará mientras viva.

Es responsabilidad de los padres criar a sus hijos en luz y verdad. Que se enseñe la verdad mediante el ejemplo y el precepto: que robar es malo, que hacer trampa es incorrecto y que mentir es una vergüenza para quien lo practica. Enséñenles a ser honestos; que la erosión de la integridad personal corroe el alma y el espíritu; que una falta de integridad no solo provoca desconfianza en los demás, sino que también nos deja preguntándonos si podemos confiar en nosotros mismos.

Quizás lo más importante de todo sea enseñar a los hijos el significado y la importancia del amor, y hacerlo amándolos y permitiéndoles experimentar la calidez, la seguridad y el apoyo que dicho amor implica. Una popular calcomanía para automóviles pregunta: “¿Has abrazado hoy a tu hijo?”. Cuán afortunado es el niño que siente el afecto, la aceptación y el amor incondicional de sus padres. Esa calidez, ese amor, producirá dulces frutos en los años venideros.

## **8. Enseñar a los hijos a trabajar**

No tengo idea de cuántas generaciones han pasado desde que alguien dijo por primera vez: “La mente ociosa es el taller del diablo”. Pero sigue siendo cierto. Los niños necesitan aprender a trabajar. Idealmente, lo hacen trabajando junto a sus padres: lavando los platos con ellos, trapeando los pisos, cortando el césped, podando árboles y arbustos, pintando, reparando, limpiando y

haciendo un centenar de otras cosas mediante las cuales aprenden que el trabajo es el precio de la limpieza, el progreso y la prosperidad. Consentir excesivamente a los hijos solo trae consecuencias desastrosas. Permítaseles crecer con respeto y comprensión del significado del trabajo, de esforzarse y contribuir al hogar y a su entorno, y con alguna manera de ganar parte de su propio dinero para gastos. Cientos de miles de jóvenes en esta nación están creciendo con la idea de que la manera de obtener algo es robándolo.

Un poco de trabajo arduo fomenta un mayor respeto por la propiedad privada y pública. Todavía recuerdo una experiencia durante mi primer año de escuela secundaria. Estaba almorzando con otros muchachos. Pelé una banana y tiré la cáscara al suelo justo cuando el director pasaba por allí. Me pidió que recogiera la cáscara de banana. Digo que me “pidió”, pero había cierta firmeza de acero en su tono. Me levanté del banco en el que estaba sentado, recogí la cáscara y la puse en el basurero. Había otros desperdicios alrededor del recipiente. Él me dijo que, ya que estaba recogiendo mi propia basura, también podía recoger la basura de otros. Lo hice. Nunca más he tirado una cáscara de banana al suelo. Esto me lleva a preguntarme si los grafitis desaparecerían pronto si todos los que los pintan tuvieran que limpiarlos.

Dentro del trabajo que enseñamos a nuestros hijos, mostremos también con nuestro ejemplo que algunas de nuestras mejores obras surgen al servir a los demás. El egoísmo es un elemento destructivo, corrosivo y persistente en la vida de muchas personas. Pero el antídoto contra el egoísmo es el servicio: extender la mano a quienes nos rodean, tanto dentro como fuera del hogar. Un niño que crece en un hogar donde hay padres egoístas y codiciosos tiene más probabilidades de desarrollar esas mismas tendencias en su propia vida. Por otro lado, los hijos que ven a su padre y a su madre renunciar a comodidades personales para ayudar a quienes sufren, tendrán más probabilidades de seguir ese mismo modelo cuando lleguen a la edad adulta.

## **9. Leer a los hijos y con los hijos**

La televisión es quizás el medio más grande jamás descubierto para enseñar, educar e incluso entretener. Pero la suciedad, la corrupción, la violencia y la vulgaridad que se derraman desde las pantallas de televisión hacia nuestros hogares son deplorables. Constituyen un triste comentario sobre nuestra sociedad. El hecho de que en la mayoría de los hogares de Estados Unidos un televisor permanezca encendido seis o siete horas al día dice algo de enorme

importancia. Un estudio de la Asociación Estadounidense de Psicología determinó que un niño típico que comienza a ver veintisiete horas de televisión por semana a los tres años de edad habrá presenciado 8.000 asesinatos y 100.000 actos de violencia al llegar a los doce años.

Sin duda alguna, la televisión e Internet pueden crear adicción. Siento pesar por quienes son adictos a la pantalla de televisión, y me preocupan quienes son adictos a navegar por Internet, el cual, al igual que la televisión, ofrece muchos beneficios educativos valiosos, pero también viene acompañado de una multitud de males sociales.

Siento pena por los padres que no leen a sus hijos pequeños; por el contrario, siento pena por los niños que no aprenden las maravillas que se encuentran en los buenos libros. ¡Qué estimulante es entrar en la mente de grandes pensadores mientras se expresan en un lenguaje cultivado y refinado acerca de asuntos grandes e importantes! Leí una vez que la formación de Thomas Jefferson estuvo centrada en las magníficas expresiones de la Biblia del Rey Santiago. ¡Qué oportunidad no solo de caminar con grandes hombres, e incluso caminar con Jehová mismo, sino también de leer y saborear el majestuoso lenguaje de los profetas de la antigüedad tal como fue traducido a un inglés hermoso y poderoso! Se debe animar a los niños a leer la gran literatura de todas las épocas, así como aquello que expresan las grandes mentes de nuestro tiempo.

Un amigo mío, doctor en filosofía en una de nuestras grandes universidades, me envió un libro que tuvo un profundo significado para él. Se titula *Y Hubo Luz (And There Was Light)*, y cuenta la historia de Jacques Lusseyran, un muchacho de París que, a causa de un accidente, quedó ciego a los ocho años de edad. Sin embargo, cuando la oscuridad lo rodeó, una nueva luz llegó a su vida. Era un adolescente cuando los alemanes conquistaron Francia y hordas de soldados alemanes marcharon hacia París. El gobierno de Vichy fue formado por traidores a las grandes tradiciones de una nación orgullosa y fuerte. Este muchacho ciego, un estudiante brillante, organizó un grupo de resistencia. Él y sus compañeros llevaron a cabo una operación clandestina, obteniendo información y distribuyéndola mediante un pequeño periódico impreso con un mimeógrafo. Su esfuerzo creció hasta el punto de distribuir más de 250.000 ejemplares por edición. Luego fue traicionado, arrestado y enviado a Buchenwald. Allí, entre suciedad y desesperación, vivió junto a otras víctimas semejantes. No podía ver, pero había una luz dentro de él que se elevaba por

encima de la tragedia de sus circunstancias. Sobrevivió como líder entre aquellos que estaban en aquel terrible campo. La pequeña publicación que inició llegó a convertirse en un gran periódico, el *France-Soir*. Leí ese libro y fui elevado y fortalecido por la historia de aquel extraordinario joven.

He visitado la gran Biblioteca Vaticana en Roma, y fue una experiencia profundamente inspiradora contemplar aquellos antiguos manuscritos iluminados, con cientos y cientos de años de antigüedad, que habían sido preservados para bendición de la humanidad. De manera similar, una vez estudié en el Museo Británico, la gran biblioteca nacional de Gran Bretaña, con sus inmensos estantes llenos de cientos de miles de libros.

Hay algo casi sagrado en una gran biblioteca porque representa la preservación de la sabiduría, el conocimiento y las reflexiones de hombres y mujeres de todas las épocas, reunidos bajo un mismo techo. Amo los libros. Hay algo maravilloso en un libro. Podemos tomarlo en nuestras manos. Podemos sentir su peso. Podemos leerlo. Podemos dejarlo a un lado. Podemos reflexionar sobre lo que hemos leído. Hace algo por nosotros. Podemos compartir las grandes mentes, las grandes acciones y las grandes empresas que viven en las páginas de un libro.

Una vez le preguntaron a Emerson cuál, entre todos los libros que había leído, había influido más en su vida. Él respondió que no podía recordar los libros que había leído más de lo que podía recordar las comidas que había consumido, pero que ambos lo habían formado. Todos nosotros somos el producto de los elementos a los que estamos expuestos.

Los padres saben que sus hijos leerán. Leerán libros, revistas y periódicos. Cultiven en ellos el gusto por lo mejor. Mientras sean muy pequeños, léanles las grandes historias que se han vuelto inmortales debido a las virtudes que enseñan. Que haya algún rincón en el hogar, por pequeño que sea, donde puedan ver al menos unos cuantos libros de la clase con la que se han nutrido las grandes mentes.

## **10. Oren juntos.**

Los padres deben enseñar a sus hijos a orar mientras son pequeños. ¿Es la oración algo tan difícil? ¿Sería tan complicado para los padres arrodillarse con sus pequeños y dirigirse al trono de la Deidad para expresar gratitud por las bendiciones y orar por quienes sufren, así como por sus propias necesidades?

¡Cuán poderosa es la oración! De ello puedo testificar. Cuán trágica es la pérdida de cualquier familia que no aprovecha esta práctica tan preciosa y sencilla.

Creo que no existe sustituto adecuado para la práctica de arrodillarse juntos, mañana y noche, como familia en oración. Esto, más que las alfombras finas o las más modernas decoraciones para las ventanas, contribuirá a tener hogares mejores y más hermosos.

No conozco nada que funcione mejor para aliviar las tensiones familiares, para fomentar de manera sutil el respeto hacia los padres que conduce a la obediencia, para invitar al espíritu de arrepentimiento que eliminaría en gran medida la plaga de los hogares quebrantados, que orar juntos, confesar juntos nuestras debilidades ante el Señor e invocar Sus bendiciones sobre el hogar y sobre quienes viven en él.

¿Podemos hacer nuestros hogares más hermosos? Sí, si nos dirigimos, como familias, a la Fuente de toda verdadera belleza. ¿Podemos fortalecer nuestra sociedad y hacer de ella un lugar mejor para vivir? Sí, fortaleciendo la virtud de nuestra vida familiar al arrodillarnos juntos y suplicar al Todopoderoso en el nombre de Su Amado Hijo.

No conozco una mejor manera de cultivar el deseo de hacer lo correcto que pedir humildemente perdón a Aquel que tiene el derecho de perdonar, y pedir fortaleza para vivir por encima de nuestras debilidades.

No conozco una mejor manera de desarrollar un espíritu de gratitud en los hijos que el que todos los miembros de la familia se arrodillen y den gracias al Todopoderoso por Sus bendiciones. Tal expresión humilde hará maravillas para edificar en el corazón de los niños el reconocimiento de que Dios es la Fuente de los preciosos dones que poseemos.

El mundo al que nuestros hijos se están incorporando es complejo y difícil. Inevitablemente enfrentarán los fuertes mares de la adversidad. Necesitarán toda la fortaleza y toda la fe que los padres puedan darles mientras aún estén en el hogar. Y también necesitarán una fortaleza mayor, la que proviene de un Poder Superior. Ellos deben elevar al mundo, pero necesitarán la ayuda del Señor para hacerlo. Mientras son jóvenes, oren con ellos para que lleguen a conocer la fortaleza que siempre estará disponible en cada hora de necesidad.

Los problemas de la sociedad surgen, casi sin excepción, en los hogares de las personas. Si ha de haber una reforma, si ha de haber un cambio, si ha de haber un retorno a los antiguos y sagrados valores, debe comenzar en el hogar, con los padres inculcando en sus hijos las virtudes que los convertirán en miembros fuertes y valiosos de la sociedad.

Ese hogar puede ser muy sencillo. Puede estar en un vecindario pobre, pero con un buen padre y una buena madre, puede llegar a ser un lugar de maravillosa formación. Sam Levenson relata que creció en un abarrotado edificio de apartamentos en Nueva York, donde el entorno estaba lejos de ser bueno. Allí, en ese barrio marginal, su madre crió a sus ocho preciados hijos. Él dijo: “La norma moral del hogar tenía que ser más elevada que la de la calle”. Su madre les decía cuando se comportaban de manera inapropiada: “No están en la calle; están en nuestro hogar. Esto no es un sótano ni una sala de billar. Aquí nos comportamos como seres humanos”.

Los buenos hogares no se crean ni se mantienen con facilidad. Requieren disciplina, no tanto de los hijos como de uno mismo. Requieren respeto por los demás, un respeto que crece de manera más natural cuando aceptamos la palabra revelada del Señor concerniente al propósito de la vida, la naturaleza sagrada de la familia y la herencia de cada miembro de la familia como hijo de Dios.

Con esfuerzo, podemos cambiar el rumbo que seguimos. Debemos comenzar con los padres. Debemos proporcionar a cada hombre y mujer una comprensión de los propósitos eternos de la vida, de las obligaciones del matrimonio y de las responsabilidades de la paternidad. Luego debemos enseñar a nuestros jóvenes, de todas las razas, idiomas y culturas, que existe un camino mejor que aquel por el que muchos están transitando actualmente. Se necesitará paciencia. Se necesitará persuasión. Se necesitará el consejo de padres sabios. Se necesitará inspiración y una guía espiritual que vaya más allá de nuestra propia sabiduría.

Es dentro de las familias donde mejor se aprende la verdad, donde se cultiva la integridad, donde se inculca la autodisciplina y donde se nutre el amor. Es en el hogar donde aprendemos los valores y las normas por las cuales guiamos nuestra vida. Es en el hogar donde llegamos a determinar aquello por lo que estaremos dispuestos a defendernos y permanecer firmes.

## EPÍLOGO

# La Soledad del Liderazgo Moral

*En el liderazgo, al defender principios, existe soledad. Pero los hombres y mujeres íntegros deben vivir de acuerdo con sus convicciones. A menos que lo hagan, serán miserables.*

---

Hace algunos años, el general Mark W. Clark dijo lo siguiente acerca del liderazgo:

Todos los pueblos lo buscan constantemente porque es la clave de la grandeza y, en ocasiones, de la supervivencia... esa cualidad eléctrica y escurridiza conocida como liderazgo. ¿Dónde comienza la delincuencia juvenil? En familias sin liderazgo. ¿Dónde se deterioran los barrios marginales? En ciudades sin liderazgo. ¿Qué ejércitos fracasan? ¿Qué partidos políticos fallan? Aquellos mal dirigidos. Contrariamente al viejo dicho de que los líderes nacen y no se hacen, el arte de dirigir puede enseñarse y puede dominarse.

Lo que hoy necesitamos desesperadamente en todos los frentes —en nuestros hogares y comunidades, en las aulas y salas de juntas, y ciertamente en toda la sociedad— son líderes, hombres y mujeres dispuestos a defender algo. Necesitamos personas honestas; personas que estén dispuestas a defender la decencia, la verdad, la integridad, la moralidad y la ley y el orden; personas que respondan a su conciencia aun cuando hacerlo sea impopular, quizás especialmente cuando sea impopular hacerlo.

Es importante que los líderes aprendan a expresarse de una manera persuasiva sin ser autoritarios ni ofensivos. Me encanta el relato de Pablo ante Agripa acerca de su experiencia en el camino a Damasco. Cuando cayó al suelo, el Señor le instruyó:

“Pero levántate, y ponte sobre tus pies; porque para esto he aparecido a ti, para ponerte por ministro y testigo... para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz” (Hechos 26:16, 18).

El problema de la mayoría de nosotros es que tenemos miedo de defender aquello en lo que creemos, de ser testigos de lo que es verdadero y correcto. Queremos hacer lo correcto, pero estamos perturbados por nuestros temores. Así que permanecemos pasivos, mientras el mundo deriva a nuestro alrededor y la sociedad adopta cada vez más actitudes y normas de conducta que la mayoría de nosotros no aprobamos.

Por naturaleza yo era un muchacho tímido. Cuando partí para servir como misionero de mi iglesia a la edad de veintitrés años, mi padre me dio un solo consejo. Ese consejo ha llegado a ser, quizá, la mayor ayuda de mi vida. Me citó las palabras del Señor al principal de la sinagoga cuya hija había sido declarada muerta:

“No temas, cree solamente” (Marcos 5:36).

Recomiendo estas maravillosas palabras a todos los que son llamados a defender aquello en lo que creen, y a hacerlo con claridad y confianza.

El 27 de febrero de 1860, Abraham Lincoln, candidato republicano a la presidencia, pronunció uno de los discursos más significativos de su carrera política. Entre otras cosas, atacó la postura esclavista de su oponente, Stephen A. Douglas. Concluyó su exposición con una firme exhortación a su partido para que permaneciera fiel a las creencias que había adoptado:

“No permitamos tampoco que se nos aparte de nuestro deber mediante falsas acusaciones contra nosotros, ni que se nos intimide con amenazas de destrucción para el Gobierno o de prisiones para nosotros mismos. Tengamos fe en que el derecho da la fuerza, y con esa fe, atrevámonos hasta el final a cumplir con nuestro deber tal como lo entendemos”.

La fe es una virtud insustituible para todos, particularmente para aquellos que dirigen, ya sea una nación, una empresa o una familia.

Existe una gran soledad en el liderazgo. Esto es así porque debemos vivir con nosotros mismos, aun cuando ello signifique abandonar otras relaciones y actividades. Tenemos que vivir con nuestra propia conciencia. Tenemos que ser fieles a nuestros sentimientos más profundos. Tenemos que defender los valores y creencias que hemos aceptado, adoptado y tejido en nuestro carácter.

Siempre ha sido así. El precio del liderazgo es la soledad. El precio de la fidelidad a la conciencia es la soledad. El precio de la fidelidad a los principios es la soledad. Creo que es inevitable. El Salvador del mundo fue un hombre que caminó en soledad. No conozco ninguna declaración más impregnada de la tristeza de Su soledad que esta:

“Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar su cabeza” (Mateo 8:20).

No existe imagen más solitaria en la historia que la del Salvador sobre la cruz, solo, el Redentor de la humanidad, el Salvador del mundo, el Hijo de Dios, sufriendo por los pecados de todos nosotros.

Vuelvo a estas palabras de Pablo:

“Estamos atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos” (2 Corintios 4:8–9).

No es fácil ser virtuoso cuando a nuestro alrededor hay quienes critican o desprecian la virtud.

No es fácil ser honrado cuando a nuestro alrededor hay quienes solo están interesados en enriquecerse rápidamente y están dispuestos a comprometer casi cualquier norma por reputación personal, poder, prestigio, notoriedad o ganancia.

No es fácil ser moderado cuando la sociedad se burla de la sobriedad. No es fácil ser diligente en una sociedad orientada al entretenimiento, donde a nuestro alrededor hay quienes no creen en el valor del trabajo.

En el liderazgo, al defender principios, existe soledad. Pero los hombres y mujeres íntegros deben vivir de acuerdo con sus convicciones. A menos que lo hagan, serán miserables, terriblemente miserables. Y aunque pueda haber espinas, aunque pueda haber decepciones, aunque pueda haber problemas y aflicciones, dolor y quebranto del corazón, y una profunda soledad, también habrá consuelo y fortaleza, y “la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento” (Filipenses 4:7).

Nunca en la historia del mundo ha existido una necesidad más profunda de que surjan líderes de principios. Nunca antes, al menos no en nuestra generación, las fuerzas del mal habían sido tan evidentes, tan descaradas y tan agresivas como lo son en la actualidad. Cosas de las que no nos atrevíamos a hablar en épocas anteriores ahora se proyectan constantemente en nuestras salas de estar. Toda sensibilidad ha sido dejada de lado mientras reporteros y comentaristas políticos hablan con una franqueza repugnante sobre asuntos que solo pueden despertar curiosidad y conducir al mal. No es prudente, ni siquiera posible, separar completamente la conducta privada del liderazgo público, aunque haya quienes se hayan esforzado mucho por sugerir que esta es la única visión posible de las personas “ilustradas”. Están equivocados. Han sido engañados. Por su propia naturaleza, el verdadero liderazgo lleva consigo la carga de ser un ejemplo. ¿Es pedir demasiado a cualquier funcionario público, elegido por sus conciudadanos, que se mantenga firme y sea un modelo para el pueblo, no solo en los aspectos ordinarios del liderazgo, sino también en su conducta personal? Si los valores no se establecen ni se observan en la cima, el comportamiento de quienes están debajo queda seriamente comprometido y debilitado. De hecho, en cualquier organización donde esto ocurra, ya sea una familia, una empresa, una sociedad o una nación, los valores que se descuidan acabarán desapareciendo con el tiempo.

Estamos involucrados en una intensa batalla. Es una batalla entre el bien y el mal, entre la verdad y el error, entre el designio del Todopoderoso por un lado y el de Lucifer por el otro. Por esa razón, necesitamos desesperadamente hombres y mujeres que, dentro de sus respectivas esferas de influencia, defiendan la verdad en un mundo de sofismas. He vivido lo suficiente para saber que muchas campañas políticas, por ejemplo, son iguales. He escuchado una y otra vez las palabras agradables que conducen a la victoria, pero que después parecen no cumplirse jamás. Necesitamos hombres y mujeres morales, personas que se mantengan firmes en los principios, involucradas en el proceso político. De lo contrario, cedemos el poder a aquellos cuyos propósitos son casi enteramente egoístas.

Los grandes líderes están dispuestos a defender la virtud y las normas morales en un mundo donde la inmundicia, la corrupción, la pornografía y toda su malvada descendencia se extienden sobre nosotros como una inundación. Se levantarán para defender la integridad en el trabajo, en el hogar y, en realidad, en cualquier lugar donde sea necesaria. No tenemos el lujo de retirarnos a

nuestros refugios privados y ocuparnos únicamente de nuestros intereses particulares. Se necesitan voces fuertes. El peso de nuestra postura puede ser suficiente para inclinar la balanza en favor de la verdad y la rectitud.

El liderazgo inspirado exige lealtad: lealtad a nuestros asociados, a nuestra herencia, a nuestro buen nombre, ciertamente a nuestras familias y a la fe que profesamos. ¡Qué maravillosa cualidad es la lealtad! En este mundo, casi sin excepción, debemos trabajar juntos como equipos. ¿Quién pondría en duda que quienes están en un campo de fútbol o en una cancha de baloncesto deben trabajar unidos y con lealtad unos hacia otros si desean ganar? Lo mismo ocurre en la vida con cada uno de nosotros. Trabajamos como equipos, y debe existir lealtad entre nosotros.

Como joven infante de marina, William Manchester combatió en la terrible batalla de Okinawa. Fue gravemente herido, pero más tarde regresó nuevamente al combate en el infernal fuego de la Línea Shuri, donde miles de personas de ambos bandos perecieron. Años después regresó a Okinawa y caminó por aquellas colinas que una vez estuvieron marcadas por la batalla. Reflexionando sobre aquellos días brutales, escribió: “Ahora sé que los hombres no luchan por una bandera ni por un país, ni por el Cuerpo de Marines, ni por la gloria, ni por ninguna otra abstracción. Luchan unos por otros. Cualquier hombre en combate que no tenga camaradas dispuestos a morir por él, o por quienes él esté dispuesto a morir, no es hombre en absoluto. Está verdaderamente condenado”.

Cada uno de nosotros representa el capítulo más reciente de una larga línea de generaciones. Entre esas generaciones se encuentran antepasados que hicieron grandes sacrificios por aquello de lo que hoy disfrutamos. Nos han legado buenos nombres que han sido preservados a través de las generaciones. Los nombres que llevamos son posesiones valiosas que deben mantenerse sin mancha y transmitirse a la siguiente generación sin deshonor ni vergüenza. Debemos mantenernos firmes con lealtad hacia quienes nos precedieron.

No podemos ser indiferentes a la gran causa de la verdad y la rectitud. No podemos permitirnos permanecer al margen observando la contienda entre las fuerzas del bien y del mal. Escribió Juan el Revelador: “Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca” (Apocalipsis 3:15–16).

La imagen que utiliza Juan es vívida. Señala nuestro deber fundamental de mantenernos firmes e incluso convertirnos en líderes al alzar la voz en favor de aquellas causas que hacen brillar nuestra civilización. Cada uno de nosotros puede ser un líder dentro de su esfera de influencia. El adversario de toda verdad procurará poner en nuestro corazón la renuencia a esforzarnos; debemos desechar ese temor y ser valientes en la causa de la verdad, la justicia y la rectitud.

Los hombres y mujeres que desean contribuir de manera significativa a nuestra sociedad descubrirán que su capacidad para hacerlo aumenta mediante varios principios sencillos. En una ocasión, Peter Drucker estudió a los directivos de las mayores instituciones empresariales de Estados Unidos. Después de mucho análisis e investigación, llegó a la conclusión de que “la capacidad ejecutiva parece tener poca correlación con la inteligencia, la imaginación o el brillo intelectual”. Más bien, descubrió que los líderes eficaces hacen cuatro cosas: (1) practican el aprovechamiento del tiempo; (2) mantienen la vista puesta en los nuevos desarrollos; (3) edifican sobre las fortalezas de sus colaboradores; y (4) dejan sin alimentar los problemas y nutren las oportunidades.

Un líder eficaz practica el aprovechamiento del tiempo. El tiempo es realmente todo lo que tenemos, y cada persona dispone de una porción igual de él. El secreto consiste en obtener más de cualquier cantidad de tiempo que tengamos disponible. Los hombres y mujeres que saben controlar su tiempo ya han ganado la mitad de la batalla.

Los líderes deben mantenerse actualizados. Deben leer y estudiar. Deben mirar hacia el futuro en lugar de vivir en el pasado.

Los buenos líderes edifican sobre las fortalezas de sus colaboradores. Ningún hombre o mujer puede hacerlo todo por sí solo. Todo ejecutivo, líder, administrador o padre necesita a su alrededor un grupo de colaboradores de confianza. Esa sinergia conduce al éxito. Si todos los miembros de una organización hacen lo que deben hacer, contribuirán al éxito de los demás.

Sin embargo, el cuarto principio es, en última instancia, el más intrigante y, al mismo tiempo, el menos comprendido. Un líder sabio debilita los problemas y fortalece las oportunidades. ¡Qué gran concepto es este! Es tan fácil hacer justamente lo contrario: alimentar los problemas y dejar que las oportunidades

se marchiten. Paso buena parte de cada día luchando con desafíos. Parece que toda persona que viene a mi oficina o me envía una carta tiene un problema.

No hace mucho, al final de un día largo y tedioso durante el cual me había enfrentado a varios dilemas difíciles, me dije a mí mismo: “¿Cómo puedes seguir haciendo esto? Tratar constantemente con problemas de esta clase terminará por consumirte”. Entonces pensé en la declaración de Peter Drucker y me dije: “Enfrenta los problemas tan sabiamente como puedas. Toma tus decisiones. Puede que tengas razón; puede que te equivoques. Con suerte, tendrás razón porque has orado fervientemente sobre el asunto y lo has analizado con tus colaboradores. Pero una vez que esas decisiones estén tomadas, déjalas atrás y no te preocupes más por ellas. Date la vuelta, mantente erguido, levanta la cabeza y mira hacia adelante, hacia las maravillosas oportunidades que tienes”.

Es prácticamente imposible que un líder vea el panorama completo, o que tenga éxito, a menos que aprecie tanto el magnífico potencial de los seres humanos como que insista en aspirar a la excelencia. Leí por primera vez las palabras del famoso soliloquio de Hamlet hace casi setenta años, en una clase universitaria de inglés: “¡Qué obra maestra es el hombre! ¡Qué noble en la razón! ¡Qué infinito en facultades! ¡Qué expresivo y admirable en su forma y movimiento! ¡Qué semejante a un ángel en la acción! ¡Qué parecido a un dios en el entendimiento! ¡La belleza del mundo! ¡El modelo supremo de los animales!”

Es cierto que estas palabras de Hamlet fueron pronunciadas con ironía. Y, sin embargo, contienen mucha verdad. Describen el gran potencial de excelencia de hombres y mujeres. Si Shakespeare no hubiera escrito nada más, sería recordado por esas pocas palabras de ese soliloquio. Estas armonizan perfectamente con las palabras de David:

“Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos,  
La luna y las estrellas que tú formaste,  
Digo: ¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria,  
Y el hijo del hombre, para que lo visites?  
Pues le has hecho un poco menor que los ángeles,  
Y lo coronaste de gloria y de honra” (Salmos 8:3–5).

Las magníficas palabras de David proclaman la grandeza del género humano. Somos más que un hijo o una hija del señor y la señora Fulano de Tal, que viven en determinado lugar. Somos parte de la familia de Dios, con un tremendo potencial para alcanzar la excelencia.

La distancia entre la mediocridad y la excelencia puede ser extraordinariamente pequeña. Como vemos en cada olimpiada, esa diferencia puede medirse en centésimas de segundo. Un pequeño esfuerzo adicional puede producir una diferencia enorme.

Todos haríamos bien en transitar un camino más elevado de excelencia. No hace mucho tomé un viejo libro y releí *La vida de Florence Nightingale*, de Lytton Strachey. Esa nueva lectura me dio un renovado sentido de admiración y respeto por esta gran joven inglesa que marcó una diferencia.

Nació en la alta sociedad, nació para asistir a fiestas y bailes, para acudir a las carreras y lucir elegante en sociedad. Pero ella no quiso nada de eso. Ni siquiera sus padres podían comprenderla. Su deseo dominante era aliviar el dolor y el sufrimiento, acelerar la recuperación y hacer menos terribles los hospitales de su época. Nunca se casó. Se dedicó a la enfermería y llegó a ser una experta de acuerdo con la preparación disponible entonces.

Gran Bretaña se vio envuelta en la Guerra de Crimea. La señorita Nightingale tenía amigos en las más altas esferas del gobierno y los persiguió y persuadió incansablemente hasta que fue nombrada directora del hospital de Scutari, adonde eran llevadas miles de víctimas de la guerra. La escena que encontró allí era de absoluta desesperación. Un viejo almacén servía como hospital. Las condiciones sanitarias eran terribles. Las instalaciones para cocinar eran deplorables. Hombres heridos estaban hacinados en enormes salas llenas de olores nauseabundos y de los gritos de los que sufrían.

Esta frágil joven, junto con aquellas personas que había reclutado para acompañarla, se puso a trabajar. Derribaron los muros de la burocracia. Escribió el señor Strachey:

“Para quienes la observaban trabajar entre los enfermos, moviéndose día y noche de cama en cama, con aquel valor inquebrantable y aquella vigilancia incansable, parecía que ni siquiera la fuerza concentrada de una dedicación indivisa e incomparable bastaba para cumplir con aquella primera parte de su tarea. Dondequiera que, en aquellas inmensas salas, el sufrimiento era más

intenso y la necesidad de ayuda era mayor, allí, como por arte de magia, estaba la señorita Nightingale.”

Las camas que albergaban a los hombres que sufrían se extendían por más de seis kilómetros, con apenas espacio suficiente entre ellas para caminar. Pero, de alguna manera, en el transcurso de seis meses, ... la confusión y la presión en las salas habían llegado a su fin; reinaban el orden y la limpieza; los suministros eran abundantes y llegaban con prontitud; y se habían realizado importantes mejoras sanitarias. Una simple comparación de cifras bastaba para revelar el extraordinario cambio: la tasa de mortalidad entre los pacientes tratados había descendido del 42 por ciento a 22 por mil.

Esta asombrosa líder había logrado un verdadero milagro. Miles de vidas fueron salvadas. El sufrimiento fue mitigado. El ánimo, la calidez y la luz llegaron a la vida de hombres que, de otro modo, habrían muerto en aquel lugar oscuro y terrible.

La guerra terminó. Florence Nightingale podría haber regresado a Londres como una heroína. La prensa había cantado sus alabanzas. Su nombre era conocido por todos. Pero regresó de incógnito para escapar de la admiración pública que podría haber recibido.

Continuó su labor durante otros cincuenta años, transformando tanto los hospitales militares como los civiles, hasta que murió a una edad avanzada. Quizás ninguna otra mujer en la historia del mundo haya hecho tanto para reducir la miseria humana como esta dama de la lámpara. Su vida fue una vida de excelencia. Aunque en ocasiones estuvo sola, su vida fue una vida de liderazgo moral.

Mi esposa suele contar la historia de una amiga suya que, cuando era una niña pequeña, quedó huérfana. Apenas conoció a su madre. A medida que fue creciendo, se preguntaba acerca de ella: ¿Qué clase de niña había sido? ¿Qué clase de mujer era? Un día encontró una antigua libreta de calificaciones de su madre. La maestra había escrito en ella: “Esta alumna es excelente en todos los aspectos”. Cuando leyó esas palabras, toda su actitud cambió. Comprendió que su madre había sido una mujer de excelencia. Ella misma adoptó ese sello de excelencia y llegó a ser una mujer extraordinaria por mérito propio. Se casó con un hombre destacado, y sus hijos también se han distinguido por su excelencia.

Recuerdo un concierto al que asistí en el Tabernáculo de Salt Lake. La música estuvo a cargo del Coro del Tabernáculo, la Sinfónica de Utah y los King's Singers. ¡El resultado fue una excelencia extraordinaria! La primera vez que escuché a los King's Singers quedé cautivado por su música. Son seis ingleses que cantan juntos de todo, desde antiguos madrigales hasta música popular moderna. Proceden de distintos entornos, pero cada uno es un intérprete consumado. Uno solo puede imaginar cuántas centenas de horas, largas y solitarias horas de ensayo y práctica individual durante muchos años, fueron necesarias para desarrollar la excelencia que ahora muestran con aparente facilidad.

No hay nada en todo el mundo tan satisfactorio como una tarea o una actuación bien realizada. No existe recompensa más agradable que la que llega con el dominio de un problema o desafío difícil. Mi invitación es que adoptemos constantemente la actitud de que cada uno de nosotros puede hacerlo mejor de lo que lo está haciendo ahora. Estamos en una búsqueda constante de la excelencia. Esa búsqueda debe ser continua e interminable. Debe ser absorbente e incansable. Como nación y como pueblo, no alcanzaremos una posición de excelencia ante el mundo hasta que hayamos comenzado a restaurar y reconstruir un fundamento de fortaleza moral, ética y espiritual. Felizmente, una aspiración tan elevada y crucial no requiere genialidad. Pero sí requiere perseverancia y compromiso.

Un versículo de Eclesiastés nos recuerda que “la carrera no es de los veloces, ni la batalla de los fuertes” (Eclesiastés 9:11). Los vencedores de la vida suelen ser aquellos que perseveran hasta el fin. ¡Qué enorme fortaleza hay en el compromiso! ¡Qué enorme fortaleza hay en la firmeza de propósito, en entregarse sin reservas al logro de una causa grande y buena! ¡Qué maravillosos resultados siguen al compromiso hecho con Dios y Sus enseñanzas, y con las virtudes que nos hacen fuertes moral y físicamente!

Escribió el poeta Emerson:

*Tan cercana está la grandeza a nuestro polvo,  
Tan cercano está Dios al hombre,  
Cuando el deber susurra suavemente: “Debes”,  
La juventud responde: “Puedo”.*

Cuando el apóstol Pablo era prisionero de Nerón en Roma, escribió: “Porque no nos ha dado Dios espíritu de temor, sino de poder, de amor y de dominio propio. Por tanto, no te avergüences de dar testimonio de nuestro Señor” (2 Timoteo 1:7–8). A toda persona virtuosa y de principios le recomiendo esta inspiradora exhortación. Este es el espíritu que transformará y reformará el mundo.

Tomemos sobre nosotros el nombre del Señor y luego, con fe, salgamos adelante para compartir de manera significativa aquello que influirá en la vida de toda la humanidad y traerá paz y gozo al mundo. El mundo necesita una generación de hombres y mujeres de conocimiento, influencia y fe que puedan y quieran levantarse y, con sinceridad y sin ambigüedades, declarar que Dios vive y que Jesucristo es el Cristo.

Sin lugar a dudas, encontramos nuestro mayor ejemplo a seguir en el Hijo de Dios. Él es el ejemplo supremo de excelencia en todo el mundo. Condescendió a venir a la tierra en las circunstancias más humildes. Creció como hijo de José el carpintero. Enfrentó al adversario en el Monte de la Tentación. Salió victorioso, resplandeciente, hermoso y majestuoso para enseñar al mundo. Durante Su breve ministerio, trajo más verdad, más esperanza, más misericordia y más amor que cualquier otra persona que haya caminado sobre la tierra. Murió en la cruz del Calvario por cada uno de nosotros. Fue el gran modelo de rectitud, el único hombre perfecto que ha vivido sobre la tierra. Su vida fue el maravilloso ejemplo hacia el cual todos podemos orientar la nuestra en nuestra eterna búsqueda de la excelencia.

Ninguno de nosotros llegará a ser perfecto en un día, ni en un mes, ni en un año. No lo lograremos en toda una vida, pero podemos comenzar ahora mismo, empezando por nuestras debilidades más evidentes y transformándolas gradualmente en fortalezas a medida que avanzamos en la vida. Esta búsqueda puede ser larga; de hecho, durará toda la vida. Puede estar llena de muchos errores, de caídas y de volver a levantarse. Y requerirá mucho esfuerzo. Pero no debemos menospreciarnos. Debemos hacer un esfuerzo adicional. Haríamos bien en arrodillarnos ante nuestro Dios en súplica. Él nos ayudará. Él nos bendecirá. Él nos consolará y sostendrá. Nos ayudará a hacer más y a ser más de lo que jamás podríamos lograr o llegar a ser por nosotros mismos.

Inmensa es nuestra oportunidad de ir más allá de la meta deseada de riqueza y éxito mundano para edificar y fortalecer a otros, aliviar el sufrimiento, ayudar a

hacer del mundo un lugar mejor y ser como una luz. Inmenso también es nuestro potencial para liderar y defender, en cada ámbito de nuestra vida, las virtudes que harán que nuestras vidas individuales, nuestras familias y nuestra sociedad sean fuertes y vigorosas.

Ninguna nación puede elevarse por encima de la fortaleza de sus hogares ni de la virtud de su pueblo. Ha llegado el momento de que las personas buenas de todas partes demuestren que defienden algo: algo virtuoso, limpio y digno. Con ese propósito, avancemos con fe en el Todopoderoso y con la determinación de vivir vidas virtuosas y devolver a nuestra sociedad el elemento de bondad sobre el cual fue fundada.

